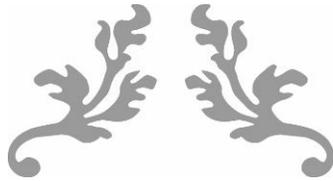


3 NOVELAS DE ROMANCE, FANTASÍA Y ERÓTICA



Víctimas
de Fantasía
Oscura

GEMA PEREZ



VÍCTIMAS DE FANTASÍA OSCURA

3 Novelas de Romance, Fantasía y Erótica



Por **Gema Perez**

© Gema Perez, 2019.

Todos los derechos reservados.

Publicado en España por Gema Perez.

Primera Edición.

Autora Best Seller en Fantasía Épica y Fantasía Oscura

Dedicado a;

Belén, por ser mi magia durante muchos años.

Guillem, por reforzar mi pasión por la escritura y la fantasía.

Mi regalo **GRATIS** por tu interés;

--> [**Haz click aquí**](#) <--

La Bestia Cazada

Romance Prohibido, Erótica y Acción con el Chico Malo Motero



~~2,99€~~

Gratis

--> www.extasiseditorial.com/amazon <--

*para suscribirte a mi boletín informativo
y conseguir libros el día de su lanzamiento
GRATIS*

Índice

La Elegida del Vampiro — *Romance y Fantasía con el Inmortal y la Campesina*

Princesa, Esclava y Enmascarada — *Romance y Sexo con el Soldado Dominante*

Matrimonio de Fuego — *Romance, Sexo y Fantasía con la Princesa y el Rey Medieval*

Bonus *Preview de “La Mujer Trofeo”*

La Elegida del Vampiro

Romance y Fantasía con el Inmortal y la Campesina

I

Poder absoluto

A través de los años, la vida se torna de otro color y la manera en como ves las cosas cambian drásticamente con las experiencias y con todo lo que aprendes durante el camino, eso se acentúa cuando tienes 198 años, luces joven como nunca antes, las riquezas adquiridas son más de la que alguien puede imaginar y realmente estás muerto entre un grupo de vivos que terminan siendo seres inferiores con complejos de superioridad y solo sirven para saciar tu insaciable necesidad sangre.

A pesar de que las cosas habían cambiado desde el momento en que era tan solo un niño, donde miraba por su ventana cuando su padre clavaba sobre estacas a sus enemigos y los hacía sufrir hasta morir, Adam seguía siendo fiel a la única manera que tenía de vivir, estaba bien de aquella forma y nunca había tenido necesidad de buscar algo más. Lo tenía todo, incluyendo lo el tesoro máspreciado por cualquier humano... La eternidad.

Adam fue el séptimo hijo varón y por herencia fue el descendiente que cargó con la genética exacta para poder seguir los pasos de su padre, quien venía siendo uno de los más crueles vampiros desde la antigua Rumania y que había recorrido más de la mitad del mundo buscando un lugar perfecto para poder pasar el resto de su existencia.

Una mansión muy al norte de Europa fue el punto exacto para asentarse. Su dueño legítimo fue visitado por Blake Johansson quién lo tomó por el cuello apenas abrió la puerta principal y lo lanzó con una fuerza descomunal y a través del salón de la enorme casa golpeándose contra la pared y aterrizando sobre un sofá que amortiguó su caída. Blake, quién no tenía otra

intención más que apropiarse de la residencia, se le acercó y con delicadeza movió el cuello de su víctima dejándole completamente expuesto el cuello y lo mordió sin pensarlo.

La tibia sangre fluía con facilidad dejando los labios y la quijada del invasor con restos del viscoso líquido. El hombre se retorció tratando de zafarse de aquello que lo oprimía, pero, ya era muy tarde, su visión estaba completamente nublada y se sentía ya sin fuerzas para luchar. Las cosas ya estaban perdidas para él. Suspiró y todo se volvió negro.

Blake tenía todo lo que deseaba para aquella noche: sangre fresca y el lugar soñado. Visualizó la inmensa construcción con delicia y todo estuvo listo.

Estaba en las montañas, pero, muy cerca había una ciudad donde más del 80% de la población eran jóvenes llenos de vida y, por supuesto, de sangre fresca, esto último era muy importante para él y para los hijos que pretendía tener, puesto que es su fuente de energía y la única manera de mantenerse en este mundo. Rodeada por espesos árboles, la enorme y antigua construcción gozaba de una muy tenue luz solar, indiferentemente de cuan despejado estuviese el cielo.

La mansión cobró al poco tiempo un aspecto lúgubre y fantasmagórico por lo cual comenzó a ser blanco de todo tipo de especulaciones por parte de las pocas personas que transitaban por el lugar, pero, nunca se imaginarían de la verdadera razón de todo lo que estaba pasando.

Las enfermedades y muerte comenzaron a plagar la ciudad después de la primera visita de su nuevo residente. Blake apareció de pronto vestido de gala con una capa negra y detalles rojos en su interior, caminaba con una calma perturbadora y destilaba elegancia entre la oscuridad de la noche mirando a quien pudiera estar a su alcance para obtener su dosis de sangre fresca. Los caballos en los establos y algunos que estaban aún atados frente a las casas y establecimientos, relinchaban y se paraban en sus patas traseras en señal de peligro.

La tierra en el camino se hizo más delgada y el viento comenzó a soplar con fuerza. Un hombre caminaba cerca y observó cómo los animales parecían haberse vuelto locos y se cubría el rostro con la mano para evitar que el polvo le entrara en los ojos.

Blake se quedó en el sitio donde estaba mientras observaba como su próxima víctima se acercaba. El viento paró de soplar y el hombre levantó la mirada visualizando la figura que ahora tenía frente a él. Hipnotizado e

inmóvil, el miedo se apoderó de él sin poder hacer absolutamente nada para evitarlo.

Con facilidad y destreza, la imagen frente a él levantó un vuelo que era solo posible en su imaginación antes de eso, sin que nadie lo tocara también se suspendió en el aire y después sintió una profunda mordida en su cuello que lo dejó helado y sin respiración en un instante. Segundos después, muerto, cayó al suelo convirtiéndose en la primera señal de alerta para el resto de los pueblerinos.

Los tiempos comenzaron a cambiar para los habitantes de la zona y cada vez que caía la noche cerraban sus casas y aseguraban con listones de maderas las ventanas, pero, nada podía evitar que el vampiro pudiera atravesarlas y concretar su asesinato nocturno, nunca saciaba su sed, nunca estaba satisfecho y eso lo hacía más peligroso aún. No había defensa alguna ante tan poderoso ser y todos rezaban por amanecer vivos al día siguiente.

No importaba el sexo ni la edad de las víctimas, pero, las preferidas de Blake eran las mujeres más jóvenes. Sobre todo, cuando estaban pasando por la adolescencia, el sabor de su sangre era más dulce y puro, podía saborearlas con placer y hasta lujuria, algo que era muy característico de los vampiros. A su temprana edad tenían un aroma especial que lo hacía beber y beber hasta que llegara esa saciedad que parecía no satisfacer cuando las encontraba.

Pero, lo más peligroso fue cuando decidió no estar más tiempo solo y comenzó con el reclutamiento de las peores almas que pudo conseguir en la ciudad. Dos mujeres que fueron escogidas tanto por su maldad como por su belleza indiscutible, eran la combinación perfecta para él y así buscar a un heredero y el primer vampiro nacido en esos tiempos, puesto que todos los que existían en la época había sido a través de pactos y almas vendidas que estaban pagado su precio.

Las cosas no iban para nada bien y además de las enfermedades y la destrucción, los pobladores estaban aterrados, puesto que se estaban acabando los alimentos ahora que eran tres vampiros los que necesitaban asesinar y beber, pero, tuvo que esperar un tiempo más hasta que naciera su séptimo hijo.

El sacerdote del pueblo regresó de un largo viaje de dos años y se consiguió con semejante desastre. Uno de los lugares a los que había ido era Rumania y fue donde casualmente se enteró de la existencia de estos malévolos demonios, pero, nunca pensaría que le tocaría enfrentarlos directamente. Fue entonces cuando contó a sus seguidores sobre lo que,

según los relatos que había escuchado, deberían hacer.

En Rumania contaban con un “Kit Anti-Vampiros” que entre otras cosas contenía agua bendita, ajo, estacas de madera y plata, crucifijos y la biblia, así como balas de plata y una pistola. La idea era que todos pudieran tener uno, o al menos, cada cabeza de familia, así que reunieron a todos los herreros y trabajadores de la ciudad para poder hacer su propio “Kit”, mientras tanto, las personas comenzaron a poner cruces de madera en sus viviendas y a regar agua bendita en los marcos de las puertas, para evitar la entrada de los vampiros.

Aunque bajó mucho el índice de asesinatos, no a todos les servían los artilugios religiosos, puesto que, si no se usaban con fe, no servían para nada. En ocasiones, Blake y sus amantes tomaban las cruces y las partían sin ningún tipo de problema, pues quienes las usaban solo las ponían por miedo y no eran verdaderos creyentes.

Pasó mucho tiempo para que un grupo de hombres decididos a acabar con esa maldición tuvieran el “kit” y el asesoramiento para poder defenderse de la manera correcta de tan vil criatura. Armados y con antorchas subieron la montaña hasta la casa de Blake donde no pudieron entrar, había una inexplicable fuerza que arrojaba la casa, era algo que jamás había sentido ninguno de lo que ahí estaban. Blake apreció en una de las ventanas, pero, eso fue todo lo cerca que pudieron estar de él.

El problema fue mayor cuando decidieron volver, Blake podía transformarse en cualquier animal, lo que hacía habitualmente para llegar a la ciudad, y mientras los hombres armados estuvieron en la parte más alta de la montaña solo observando una enorme mansión, el vampiro bajó e hizo todo lo que le apeteció, incluyendo asesinar por pura venganza, si ellos querían guerra, él se las iba a dar sin problema alguno.

El pueblo quedó prácticamente desolado y yacían sobre el suelo mujeres, niños y animales muertos. Era una imagen aterradora y solo pudieron lamentarse por el momento.

—Esto es lo peor que veremos en este pueblo... ¡Demos acabar con el demonio!

Les gritó el sacerdote a la multitud de hombres que parecían derrotados.

—Dios nos guiará y dará las fuerzas para vencer el mal. Somos más y estamos del lado correcto.

Algunos levantaron la mirada para observar al sacerdote que sostenía una estaca de madera con su mano derecha. Volvió a llamarlos con más

fuerza aún.

—¡Será por nuestros amigos, esposas e hijos! ¡Venceremos sin duda alguna y seremos libres de toda maldad!

Uno de los hombres, con lágrimas en los ojos, gritó con un sonido demencial incitando a sus iguales, quienes voltearon inmediatamente como si el alarido los hubiese llenado de fuerzas y en un minuto todos estaban gritando y animados, aunque con un dolor inmenso en sus almas.

—¡Vamos a la iglesia!

El sacerdote hizo un gesto guiándolos con la mano, y el resto los siguió.

Fue desde ese momento cuando se organizaron realmente y pudieron parar relativamente al poderoso Blake y a sus amantes. En cada casa había estacas, las puertas y ventanas estaban ataviadas con racimos completos de ajo y el agua bendita en marcos y lugares estratégicos. El cura liberó de todos sus pecados a los seleccionados y estos comenzaron a utilizar las cruces con fe para que fuesen realmente útiles.

Fue un tiempo después cuando se comenzaron a ver los resultados y ya todos en el pueblo estaban enterados de lo que debían hacer. Blake tomó la decisión de ir a otros lugares más lejanos, cuando ya la necesidad de sangre era inminente, pero, siempre trataba de volver a ese pueblo donde vivían cada vez más jovencitas, que lo llenaban de pasión y lujuria mientras les chupaba de sus venas todo el vital líquido que tenían.

Muchas veces se alimentaban de otros animales en la montaña, pero, nunca era igual que hacerlo de humanos.

Pasados los meses, una de sus amantes quedó embarazada, dando a Blake la idea de tener a su primer hijo, ese a quien le enseñaría como ser tan cruel como él, ese que vería alimentarse de la sangre fresca de sus víctimas, ese que llevaría su nombre y sería su orgullo. Pero, no fue sino hasta su séptimo hijo que encontró al ideal para que llevara una vida eterna.

Era el más pequeño de todos y de igual manera el más cruel, era algo que llevaba en los genes, algo con lo que había nacido, nadie lo había enseñado a ser de esa manera. Tenía un poder mental bárbaro y durante sus primeros años, el mismo Blake llegó a creer que podría ser más poderoso que él. Estaba seguro de eso.

Adam, con 10 años de edad, hizo de sus inferiores hermanos, sus esclavos, cosa que Blake permitió desde un principio, puesto que ellos no tenían la maldad suficiente para poder mantenerse saciados de sangre por sí mismos, siempre buscaban ratas y pequeñas aves para beber de ellas, pero,

nunca un humano, no tenían la valentía. Fue entonces cuando Blake, hizo lo que hizo.

Beber sangre de animales no era lo más indicado, se podía dejar pasar en un período de emergencia, pero, no por cobardía y mucho menos de un hijo suyo, eso ya era el colmo.

—Adam, eres el hijo que siempre quise. Solo necesitas de mí una sola vez en tu vida y eso será a tus veinte años, cuando estés lo suficientemente desarrollado y fuerte, para que tengas vida eterna dentro de esta muerte que nos rodea.

Adam miraba a su padre con ojos huecos, sin ningún tipo de reflejo. Eran azules, pero, carecían de vida.

Esa noche, el resto de los descendientes de Blake estaban parados uno al lado del otro frente a la inmensa mansión. La luna estaba oculta entre nubes y los árboles se movían con el viento, las amantes tomaban a su amo de cada una de sus manos y estaban esperando para saber lo que estaba planeando.

Adam estaba al lado de su padre, vigilante y atento, él ya sabía lo que iba a suceder, miraba a sus hermanos con los rostros ojerosos, ansiosos y vulnerables, no había otra cosa por hacer, además, las decisiones de su padre siempre eran las correctas.

—La vida eterna no puede ser para cualquiera y solo sobreviven los más fuertes. Ustedes hijos míos, nacieron siendo parte de una jerarquía respetable, pero, no supieron aceptarlo. Pudieron ser más que nadie en este mundo, pero, prefirieron dejarse vencer por hombres inferiores y que solo pudieron imaginar con estacas y armas. Nunca pudieron enfrentarlos.

Sus hijos lo miraban con atención y Adam sonreía saboreándose.

—Ustedes fueron elegidos para nacer desde las entrañas de estas mujeres que convertí con mi mordida, mujeres de las que dejé de tomar sangre, dejándolas con la suficiente para que entraran en este mundo de los muertos vivos, y solo para darles la vida a ustedes, que serían mi orgullo, pero no...

Blake, se acercó a cada uno sin poder mirarlos a los ojos puesto que ellos bajaban la cabeza. Avergonzados.

Las amantes lo miraban con miedo, algo que no habían sentido en mucho tiempo, y se sentían débiles.

Cuando llegó al último lo tomó del cuello y lo levantó con facilidad, pero, sin hacerle daño. Lo soltó y el chico quedó suspendido en el aire, inmóvil. Adam arremetió contra su hermano y fue directo a la yugular

clavando sus colmillos en este y chupando sin parar.

Una de las mujeres dio un alarido y corrió despavorida a salvar a su hijo, pero, Blake la detuvo con solo la mirada, parecía congelada, sus ojos y movían e intentó decir algo, pero, no pudo. La otra amante cayó en la tierra y se quedó mirando con un poco más de respeto por su amo. Veía como el elegido dejaba sin vida al resto de sus hermanos. La sangre brotaba de cada uno de los cuellos y nada podía hacerse.

Adam se daba un festín con cada cuello, era una delicia tomar de su propia sangre y además se sentía más fuerte que nunca. Esa noche cambiaría el resto de la existencia de Adam quien entendió de qué se trataba el poder y cómo usar la fuerza.

Los cuerpos quedaron tendidos y solos en medio de lo que fue la noche más oscura de todas. En la mansión, en definitiva, quedaron los más malvados de todos.

—La sangre que hoy tomaste estará en tu cuerpo durante una década y ese mismo tiempo dormirás en tu ataúd sin despertar, convirtiéndote en lo que más deseas ser.

II

Nuevo hogar

Dalila es una hermosa chica de 20 años. Su larga cabellera rubia y su angelical rostro la hacen sobresalir del resto, sin mencionar su espectacular cuerpo de blanca piel y curvas talladas por algún mítico escultor dejando sobre ella su mejor y más deseable obra. Era tan codiciada como rechazada por todos los que la rodeaban.

El mayor amor de ella son los libros, y más que amor era como un vicio del cual no se podía escapar. Tenía cientos y cientos de ellos, apilonados, en cajas, sobre la cabecera de su cama, en la biblioteca... La casa estaba llena de historia, relatos, poesía, cuentos, enciclopedias y eso era lo que la hacía ser rechazada, puesto que, prefería estar leyendo que saliendo a una fiesta o hacer lo que sea con gente que la verdad no soportaba.

Su principal característica es su personalidad, siempre con la cabeza en alto, mirando a todos por igual, sintiéndose bien con ella misma y dando clases de encanto a quienes la envidiaban. Dalila es de esas chicas que no puedes engañar, en su mente hay tanta información que no cree en lo primero que le digan, siempre dispuesta a indagar y discutir un punto de vista si es necesario.

Pues sí, las cosas iban bien para ella hasta aquel día.

—Dal, hija... Tenemos que hablar sobre algo.

Le comentaba su padre mientras untaba con mantequilla uno de los panes tostados que estaban sobre la mesa. Eran casi las 7:00 am y estaban desayunando en familia. Al otro lado estaba Eva, su madre.

Dalila levantó la mirada con su sonrisa de siempre.

—Las cosas en la empresa anda muy bien y nos estamos expandiendo cada vez más, sabes que siempre he puesto todo mi esfuerzo para que esto funcione a cabalidad. Pero, he decidido que hay que abrir una nueva sucursal, buscando nuevos y más atractivos mercados...

El hombre la miró y sabía que la chica intuía lo que él iba a decir. Dejó caer el pan sobre su plato.

—Hija... Yo... He escuchado que tienen una muy buena universidad en...

—No quiero ir a otra universidad, papá. Estoy bien ahora.

La madre secundó a su esposo.

—Creemos que es lo mejor para la familia. Podrás hacer nuevos amigos, siempre me comentas que las personas de aquí te molestan y no te gustan para nada, toma esto como una oportunidad.

Dalila dejó su peculiar sonrisa y suspiró.

—Creo que entablar una discusión sobre esto es una pérdida de tiempo, ¿cierto?

Sus padres la miraron asintiendo.

La chica expiró fuertemente moviendo parte del cabello que le caía sobre la frente.

—Perfecto. ¿Cuándo nos vamos?

—La próxima semana. Disculpa que no te comentáramos nada antes, hija. Es solo que, con todo esto de la empresa, los permisos...

Dalila se levantó de la mesa y abrazó a su padre.

—Nunca has hecho nada más que lo mejor por nosotros, papá. Todo estará bien.

Se dio media vuelta tomando su bolso y gritó irónicamente casi ya saliendo.

—¡Me voy a la universidad para despedirme de mis amigos!

Mamá y papá se rieron en la mesa.

El camino hacia la universidad fue más corto de lo común. Estaba concentrada pensando algunas cosas con respecto a ese viaje. Quizá sí le caería bien un cambio de ambiente y, como le dijo su madre, capaz conseguía uno que otro amigo de real, la verdad no era tan mala idea eso de irse. Entonces sacó su móvil y buscó ese dichoso lugar.

No se veía tan mal, aunque no esperaba mucho. Era una zona montañosa con amplio crecimiento empresarial y con pocos sitios para distraerse. Un centro comercial con cine, una heladería, un gigantesco parque y... nada más. Era como la ciudad en donde estaba, pero, más aburrida.

No había nada que perder, y aunque en un principio iba a estar en contra, ya sabía que cuando llegara y estuvieran completamente instalados, ella se perdería en sus libros y estaría como en cualquier otro lugar, ahí se perdería entre letras y palabras.

Ese día solo se dedicó al retiro de papeles y a visitar la biblioteca de la universidad, no tenía de quien despedirse más que de la señora Stevenson. La bibliotecaria.

—Buen día, señora Stevenson.

Esta le respondió después de enfocarla bien a través de sus gruesas

gafas. Era una ironía que se desarrollara en ese lugar dado la deficiencia visual que tenía. Pero, al fin y al cabo, así funcionaba todo en esa casa de estudios.

—Hola, Dalila. Buen día. ¡No es natural verte tan temprano por aquí!

—Hoy es un día lleno de sorpresas, por lo visto. Tenga le traje un trozo de pastel de la cafetería. Sé que le encantan.

La bibliotecaria lo tomó y le sonrió con dulzura a la chica, quien le devolvió la sonrisa.

—Leeré un rato en mi zona personal, si no le molesta.

—Claro que no, jovencita. Adelante.

La mujer ya estaba abriendo el empaque para hacerse de la merienda.

En una esquina en particular, la enorme mesa de la biblioteca daba con la ventana y había una muy buena vista, era casi mágico leer desde ese punto, más que nada inspiraba paz y estaba lejos de todos los demás, como a ella le gustaba.

Pasó toda la mañana en ese lugar, y ya casi a mediodía decidió irse a su casa. No había más por hacer ahí, su etapa en esa universidad terminaría en unos minutos cuando pasara a buscar los papeles que solicitó y se marcharía. Siempre existía ese sentimiento cuando te separas de algo donde has pasado tanto tiempo, pero, para ella era un alivio.

Comenzar de nuevo, eso era genial.

Durante esos días embaló más de 200 cajas de libros a pesar de las quejas de su padre, no iba a dejar ni uno. Sí, sería una carga extra, pero, nadie le pidió a él que se mudara.

Los días pasaron rápido y al fin ya estaban en camino a la nueva ciudad, a la nueva casa y a la nueva vida. Muy en el fondo, Dalila estaba emocionada. Era muy al norte, lo que haría el camino muy tedioso y largo. Por supuesto, su reproductor de música estaba cargado hasta el 100% y su libro favorito viajaba a su lado.

Mientras viajaba, hizo un repaso mental de lo que pudo haber salido mal en la vida que estaba dejando atrás. Quizá, se encerró tanto en su necesidad de sabiduría que fue ella misma quien alejó durante tantos años a quienes la rodeaban, pero, la verdad era algo que ella misma no podía controlar. Había sentimientos encontrados, claro que sí, y seguirían estando durante unos días más, solo era cuestión de costumbre.

Una de las cosas que más le llamaba la atención a Dalila era la naturaleza, tanto que no necesitó de su libro ni de su reproductor de música

para aliviar el viaje. Los paisajes en ese nuevo destino son impresionantes, las rocosas montañas con su peculiar azul verdoso se alzaban, cada vez más altas y la cantidad incontable de aves que habitaban allí era increíble. Al final, entre algunas colinas se divisaba una pequeña caída de agua y un riachuelo que se perdía en algún lugar.

Por un momento se olvidó de todo y contempló todo lo que pudo y se sintió ansiosa por conocer a donde llegarían.

—Sabía que te gustaría el paisaje, hija. Era una de las sorpresas que no quise contarte.

Ella volteó sonriendo.

4 horas más tarde y después de hacer una parada en una pequeña, pero, muy acogedora estación de servicios para recargar el combustible, comer algo, ir al baño y estirar las piernas, llegaron a su destino y a su nuevo hogar.

—Y esta es otra de las sorpresas de las que no quise decir nada. ¡Vamos, hija!

La casa era perfecta. Dalila salió del coche casi con el impulso de cerrarse la boca con la mano, su quijada estaba que tocaba el suelo.

Totalmente construida en madera, era ideal para el lugar que estaba rodeado de mucha vegetación baja y un jardín hermoso lleno de flores de colores, y hasta un columpio guindaba de la rama milenaria de un árbol. No, de un señor árbol.

La casa tenía alrededor de 400 metros cuadrados de construcción que incluía dos plantas y unos ventanales de vidrio que combinaban perfectamente con la madera. Era acogedora, y con un toque colonial perfecto y único.

—Pues, ya con esto me hiciste olvidar de todo lo que me hacía tener un vínculo con nuestra antigua vida. ¡Me encanta, papá!

Recorrieron el lugar y cada vez era más y más perfecto, la extensión de su nuevo hogar parecía no acabar nunca y ya ella estaba viendo donde irían cada una de las bibliotecas. Las organizaría de manera estratégica para tener al alcance todos los libros y las colocaría lejos de las ventanas para que el sol no maltratara las portadas ni las hojas. Sobre todo, de esas ediciones especiales en tapa dura que tanto le había costado conseguir y que algunas le habían costado un ojo de la cara en compras por internet.

Dalila, cansada de tanto subir y bajar las escaleras, por fin, se sentó en el medio de lo que sería el nuevo salón principal, y se dejó caer hacia atrás, soñando y pensando todas las cosas buenas que ahí podrían pasar. Estaba

emocionada y con buenas expectativas.

Las cosas se fueron dando poco a poco. A escasos diez minutos (en coche) de la casa había una cantidad de tiendas que tendrían todo lo necesario para abastecerse, incluyendo un pequeño súper mercado y una farmacia bastante surtida. Esa tarde la chica bajó con su papá a comprar algo de comida chatarra para la cena y rentar algunas películas para pasar la noche cerca de la chimenea. Por ahora, con solo conectar el televisor, sacar las bolsas de dormir y con una buena cantidad de leña ardiendo tendrían suficiente.

—¿Son nuevos por aquí?

Preguntó sonriendo la obesa, pero, hermosa encargada de la tienda.

—Sí. Parece ser un buen lugar. El contacto con la naturaleza es extraordinario.

—Entonces bienvenidos, en “Todo y más” nos encantará atenderlos las 24 horas del día, los 365 días del año. Soy Elizabeth.

La mujer estrechó la mano a ambos y estos respondieron de la misma manera. Dalila la observó con detalle y más allá de su dañada dentadura, producto de lo que sería un largo tiempo fumando (ya no lo hacía, y por eso masticaba chicle como demente) había algo extraño en la mujer.

Al salir de la tienda observó un cuadro que le llamó la atención y del cual había leído algo entre tantas cosas que había investigado. Mentalmente estaba tratando de recordarlo por lo que estuvo muy callada en el regreso a casa y justo cuando su padre aparcaba el coche...

—¡Bingo!

El hombre volteó un poco sobresaltado, la voz de su hija lo había tomado por sorpresa.

—Disculpa padre, es solo que estaba tratando de recordar algo y por fin lo hice.

La chica parecía apenada.

—¡Vamos, la pizza se enfría y si esperamos más, con este clima, vamos a tener que meterla en la chimenea!

Ambos bajaron con rapidez y entraron a la casa, mientras más cercana era la noche más baja era la temperatura, lo cual era otro punto a favor, puesto que a ella le encantaban los climas fríos.

La pizza, la película y la calidez del fuego en la casa hicieron esa noche simplemente perfecta. Durmieron todos juntos acurrucándose entre sí hasta el día siguiente.

En la mañana, fue Dalila quien se levantó primero, zafándose como pudo de su madre quien la tenía prisionera entre sus brazos. A través de los vidrios que daban hacia afuera observó como la neblina estaba rodeando la casa, era un espectáculo verlo. Pero, la verdadera razón por la que se había levantado temprano estaba en una de las cajas de la mudanza.

Los encargados del camión que llevaron sus cosas hasta la nueva casa, dejaron las cajas con los libros de Dalila en la cocina. Buscó con calma entre todas y pronto encontró lo que buscaba. Todo se hizo más fácil, ya que, todas estaban con sus respectivos rótulos. “Este lado hacía arriba” y “Libros de historias fantásticas y suspenso”

Miró a su alrededor y consiguió un cuchillo que aún tenían algunos restos de pizza, lo limpió con una de las servilletas que no se habían usado y procedió a cortar la cinta plástica para poder abrir la caja. Revisó un poco su contenido, y sacó un grueso libro que de portada llevaba una pintura abstracta y de un autor de esos con nombre complicado.

Posó el pesado libro sobre sus piernas de manera de no colocarlo sobre el polvoroso tope de la cocina y que se pudiera ensuciar. El contacto directo con partículas de polvo podría dañar las páginas, al menos eso leyó una vez en una revista para el cuidado de libros y bibliotecas.

Comenzó a hojear el libro con rapidez, estaba segura que en alguna de sus páginas encontraría lo que estaba buscando. Entre letras e ilustraciones que hablaban de mitos y leyendas, Dalila estaba buscando algo en particular, una pintura.

—Dalila, hija. ¿Dónde estás?

La chica estaba concentrada tanto que no escuchó la para nada el llamado de su madre, pero, cuando Eva repitió con más fuerza, ella respondió de inmediato.

—Dame un segundo, mamá. En un momento estoy allá.

—¡Vamos, hija! ¡Los libros seguramente están bien!

Definitivamente la conocía demasiado bien.

Dalila sonrió y después suspiró dejando el libro a un lado y atendiendo la demanda de su madre.

Salió y allí estaban ambos abrazados viendo hacia afuera. La vista era impresionante ahora que estaba un poco más despejado y se podría ver más allá. El columpio, las montañas al fondo, los árboles... Todo.

—Creo que es algo a lo que nos acostumbraremos.

Eva extendió la mano para que su hija se acercara y la abrazara en medio

de todo eso. Estaba contenta de verla feliz y eso era un más que cualquier cosa, eso pagaría cualquier sacrificio y esfuerzo realizado. Los tres miraron por la ventana durante un buen rato hasta que la idea de un café bien caliente los hizo volver a buscar entre las cajas la cafetera.

—Esto no estaría pasando si siguieran los concejos de su humilde, pero, inteligente hija. Me cansé de pedirles que rotularan las cajas.

Eva se llevó las manos al a cintura.

—Señorita, no es momento para reclamos. Mejor siga en la búsqueda de la cafetera, pero, calladita.

Ambas rieron justo en el momento en que el hombre de la casa gritó:

—¡La tengo! ¡Manos a la obra!

III

Sangre, venganza y miedo

Las cosas habían cambiado muchísimo durante los últimos dos siglos, y para Adam todo se volvió una constante evolución. Los pueblos se armaron de todas las maneras posibles y cada vez era más complicado para los vampiros alimentarse sin tener que batallar antes con sus enemigos humanos y convertir todo en una carnicería, decenas de muertos y heridas que permanecían para siempre.

Con el pasar del tiempo y el avasallante adelanto tecnológico los succionadores de sangre tuvieron que adaptarse a diferentes maneras de obtener el único líquido que los mantenía en este mundo. Sus hermanos habían optado por beber sangre de animales, lo cual era deshonroso para su padre, por lo que tuvieron que volverse más sigilosos y buscar la víctima perfecta. Tratando de no llamar la atención del resto.

Blake nunca soportó el hecho de apartarse de la sangre humana, pero, ya nada era como en otros tiempos. Estaba dejando de consumir una cantidad considerable y eso lo estaba poniendo débil y además sentía que pronto se acabaría su raza si los humanos seguían defendiéndose cada vez más y más. Sus armas y su inteligencia eran cada vez más agudas, estaban dispuestos a desterrar a todos y cada uno de los vampiros de este mundo.

A mediados de la década del 1970, Blake despertó sediento y sabiendo que su hijo y único heredero también lo estaba decidió volver al pueblo y buscar a alguna víctima que estuviera a su alcance, pero, todo salió mal.

En pleno ataque, la chica a la que había escogido desde lo alto de un árbol sacó un arma y le disparó en repetidas ocasiones, y Blake sintiéndose invencible y superior se paró frente a ella y dejó que le descargara el arma, sabiendo que eso no le haría ningún tipo de daño, pero, fue precisamente su confianza lo que lo llevó a su fin.

Del mismo bolso la mujer sacó una cuerda con unos ajos atados a ella, lo que hizo que él retrocediera, pero, al mismo tiempo eso lo puso furioso, tanto así que, un poco cegado por el efecto del ajo, se encimó sobre la mujer y esta le travesó una estaca de madera justo en el corazón, dejando a Blake indefenso.

La chica corrió sin mirar atrás y dejó al vampiro, ese al que muchos quisieron matar, desintegrándose.

Adam observó lo que sucedía y antes de que la asesina de su padre escapara, se apareció frente a ella, esta vez estaba indefensa y solo le quedó retroceder, pero, ya era tarde cuando sintió los filosos dientes del joven vampiro atravesándole el cuello. Adam bebió con placer esa tibia sangre de la que estaba tan deseoso y no dejó ni una gota. Miraba a su padre a lo lejos mientras las llamas lo quemaban sin dejar rastro, y para Adam esa fue la última vez que algo le importó, estaba furioso.

Buscó un palo de madera lo suficientemente alto y allí clavó a su víctima atravesándola por completo, sería una señal para el resto del pueblo. Y si habían conocido al siniestro Blake, era hora de que conocieran al único vampiro en el mundo que había nacido sin alma, que no conocía la culpa ni el dolor, solo sabía de maldad y ahora estaba furioso.

Las cenizas de su padre quedaron sobre el suelo, desoladas. Una ráfaga de viento salió de la nada y las esparció por todo el lugar, Adam estaba seguro que era el poder de su padre que seguía latente de alguna forma en el ambiente. Levantó un vuelo tan alto como pudo y se dirigió a la mansión con la responsabilidad que ahora tenía.

La mesa del comedor dio un giro descomunal cuando Adam la lanzó, los cuadros de la casa, las puertas, y todo lo que encontró en su camino, fueron prueba de la furia e incontrolable fuerza de él. Las amantes de su padre se asomaron desde lo lejos, pues le tenían mucho respeto al heredero y preguntaron a la distancia:

—Adam, ¿qué sucede?

—Mi padre ha muerto de la mano de una jovencita en el parque. ¡Una condenada jovencita!

Las mujeres se llevaron las manos a la cara sin comprender lo que había pasado. Las sillas volaban por doquier y los gritos eran cada vez más ensordecedores.

—Pero, ¿cómo pasó eso? ¡Busquémosla para una dulce y succulenta venganza! Merece morir de la peor...

—¡Mi padre está vengado!

Dijo Adam mientras se aparecía frente a la que fuera amante de su padre levantándola solo con la mente, lo cual era algo que podía hacer por primera vez. La mujer estaba inmovilizada completamente y los ojos del vampiro parecían pasar de su azul natural a un rojo extremo, casi llenos de fuego. La mueca en su cara era demencial.

—¿Crees acaso que dejaría las cosas así? ¿Crees que no sería capaz de

vengar la muerte de mi propio padre?

Adam estaba cada vez más furioso y la fuerza con la que estaba suspendiéndola aumentaba cada segundo, parecía que mientras su furia se incrementaba también su poder. Estaba ahogándola y parecía disfrutarlo, la otra mujer trató de intervenir, pero, solo con levantar el brazo, hizo que atravesara uno de los muros de la mansión mientras seguía trabajando con esta.

—Solo me servirás a mí, soy tu amo y tu mi esclava. Estas a mi merced.

La mujer cayó desplomada e inconsciente.

El poder del aun joven vampiro se multiplicó y al fin entendió todo. Él era el rey de la oscuridad en la tierra, era el elegido para comandar las fuerzas del mal y nadie podría detenerlo.

Adam abrió sus brazos mientras apuntaba su pecho y mirada al cielo. Una cantidad de indescriptible de humo negro salió desde sus pies y cubrió todo su entorno, sus ojos brillaban y su voz se expandió por toda la casa y sus alrededores. El gran vampiro estaba en su tope y algún día su venganza sería contra el resto de la humanidad.

Afuera, la noche se nubló y una tormenta se abrió paso durante toda la noche.

Los charcos de sangre eran interminables en la plaza de la ciudad, la imagen de la mujer clavada en el palo era perturbadora y las madres pasaban con sus hijos tapándole los ojos para que no vieran semejante atrocidad, algunos lloraban y otros simplemente se limitaban a observar sin tener palabra alguna para describir lo que tenían frente a ellos.

Desde hacía mucho tiempo no pasaba nada en la ciudad, no algo que fuese de esa magnitud y todos estaban en shock, temerosos y sin palabras. Las cosas parecían salirse de control nuevamente, pero, nadie sabía la razón.

—¡Fue el vampiro!

Gritó alguien desde lo más alto de la plaza. Un hombre viejo, de barbas larga y blanca con ropaje rasgado y sucio, agitaba frenéticamente una estaca de madera. Todos voltearon a verlo, pero, desviaron la mirada enseguida.

Nadie había mencionado a un vampiro desde hacía casi un siglo, existían rumores sobre eso, pero con el tiempo parecían cuentos para asustar a los niños, más un mito que cualquier otra cosa. La gente no estaba para escuchar sandeces en ese momento, todos querían justicia y respuesta de las autoridades que estaban tan anonadadas como el resto de los pobladores.

No estaban seguros si era una señal, o si era un tipo de sacrificio

humano de alguna secta. Lo cierto es que debía remover ese cuerpo de ahí, buscar una explicación y tratar de sacar de la mente de cada uno esa imagen tan macabra.

Pero, los días pasaron y nadie tenía una respuesta aun, es como si el asesino hubiese desaparecido por completo. No había huellas dactilares, no existía evidencia de robo o maltrato más que el lógicamente documentado en los informes policiales. Lo increíble era lo alto que estaba el cuerpo, era imposible subirla hasta ahí sin ninguna cuerda o algo que la suspendiera hasta esa altura, además, clavarla de esa manera era algo que necesitaba de una fuerza descomunal.

Definitivamente, quien había hecho ese trabajo no era para nada un asesino cualquiera, se enfrentaban a alguien realmente poderoso. Y la mente humana es incapaz de pensar en lo sobrenatural, siempre había que encontrar una explicación lógica.

Por las calles del pueblo no se hablaba de otra cosa y se veía a menudo al barbudo personaje de la plaza con carteles hechos con cartón y pintura.

“BLAKE ESTA DE REGRESO”

“EL VAMPIRO ESTÁ SEDIENTO”

“TODOS MORIREMOS”

Algunos solo lo hacían pasar por loco, otros no le daban importancia, pero, había personas que se veían afectadas por los carteles del hombre, sobre todo los niños que ya sabían leer. La policía de la zona se limitaba a quitarle los carteles y pedirle que no lo hiciera, pero el anciano volvía al día siguiente con otro nuevo, y de alguna manera eso ya estaba incomodando a todos.

“LA PESTE LLEGARÁ”

“MAÑANA SERÁ TARDE”

“VIVE ENTRE NOSOTROS”

El viejo fue sacado de la calle durante algunos días por infringir una ley casi obsoleta donde rezaba que el maltrato psicológico también era un delito.

Eso amainó un poco la tensión de las personas y poco a poco todo se fue calmando, pero, lo que no sabían era que, eso que habían visto era solo el principio de todo el mal que vendría. Pronto las cosas estaban volviendo a la normalidad, pero, no por mucho tiempo. Arriba en las montañas Adam estaba conteniéndose las ganas de beber para que al momento de bajar al pueblo pudiera asesinar y beber todo lo que quisiera y así comenzar a llevar su plan maestro.

Durante las noches, el pueblo permanecía solo y la mayoría de las

personas estaban resguardadas en sus hogares. Pero, dos semanas después de lo sucedido un circo llegó al centro del condado y abrió sus puertas durante el primer viernes del mes.

Muchas personas estaban congregadas en el lugar, la mayoría con sus hijos comprando las entradas y esperando que comenzara la función. Las cosas marchaban bien del todo y unos trapecistas mantenían al público sentado en la orilla de sus asientos, todos estaban maravillados con las peligrosas acrobacias que podían realizar esos hombres.

Detrás del escenario algunos animales comenzaron a verse un poco inquietos y otros se movían sin parar dentro de sus jaulas, los caballos (que parecían ser los más propensos a sentir este tipo de cosas) relinchaban sin parar y con sus patas delanteras golpeaban las rejas intentando liberarse. Los encargados de ellos trataron de calmarlos, pero, parecía imposible.

Era un comportamiento extraño, algo que ellos jamás habían visto. Algunos se sintieron algo asustados y de pronto los reflectores de afuera explotaron y algo golpeó con fuerza a uno de los trabajadores y lo subió hasta lo más alto.

La carpa del circo se rasgó de repente Adam entró volando dando una vuelta por todo el escenario, muchos gritaron por lo sorpresiva de la entrada, pero otros pensaban que era parte del show. Uno de los trapecistas al no saber lo que estaba pasando perdió la concentración y cayó en las redes de seguridad mirando desde ahí lo que sucedía.

Desde sus manos cayó algo que en la distancia no se distinguía mucho, pero, que cuando estaba por estrellarse en una de las tribunas dio a conocer su forma natural. Era un cuerpo inerte.

El extraño ser que usaba capa y volaba con facilidad se posó en los hombros de un hombre gordo y sin pensarlo lo mordió en el cuello, fue cuando todos entendieron que eso no estaba en el libreto para ese día. La gente corrió despavorida, caían con facilidad los niños entre la multitud, pero, el miedo no los dejaba pensar ni actuar de manera razonable.

La sangre del cuello del hombre brotaba a chorros y el monstruo la tomaba con placer. Dos minutos después la obesa víctima quedó sobre su asiento sin color en su piel, estaba muerto por completo.

Los animales seguían descontrolados, las personas corrían sin parar y salían yéndose lo más lejos posible y en la salida de la carpa de circo estaba el viejo conocido por todos, con su característica barba blanca y su cartel

hecho en cartón. Desde donde estaba veían a Adam saciando su sed, que ahora era más de venganza que de otra cosa.

“EL VAMPIRO ESTÁ DE VUELTA” rezaba el cartel de esa noche, como una profecía.

Adam, con los dientes y el mentón llenos de sangre, volvió su mirada y observó al hombre. Todos corrían dándole la espalda, menos él. Estaba parado viéndolo sin pestañear, por su puesto, frío del miedo, pero, no dejaba de observar a la criatura, quién ahora tenía la mirada puesta en su próxima víctima.

El cartel cayó con las letras viendo al cielo. Ahora el hombre estaba frente a la criatura que tanto temía y de la que habló a todos, pero, nadie le creyó. La rigidez de su cuerpo no le permitía moverse y sabía que su fin había llegado.

Adam lo miró fijamente a los ojos, no cabía duda que el viejo estaba completamente perturbado. Lo impresionante era que el vampiro lucía joven y además era bien parecido, no era lo que él esperaba, siempre lo imaginó como un monstruo, con colmillos sobresalientes amarillentos y encías abultadas. Pero, ahora eso era lo que menos importaba.

—¿Me conoces?

No hubo respuesta.

—Por lo visto sabías de mi existencia y de lo que era capaz.

Seguía el silencio por parte del viejo. Ya no había nadie alrededor.

—Tu sangre vieja, enferma y, por lo que puedo oler de tu aliento, intoxicada con alcohol del más barato, no me interesa. Pero, sabes que no debería dejarte vivir, cada ser humano, inferior, además, no merece permanecer en este mundo.

La energía que irradiaba del vampiro era impresionante, el viejo podía sentirla. En ese momento no sabía que iba a hacer con él, pero, solo esperaba la muerte.

—Te dejaré ir y, ahora que todos te creerán después de lo que vieron hoy, tú te encargarás de llevar el mensaje, mi mensaje. La venganza será despiadada y esto es solo el principio de lo que viene, que nadie se quede sin saberlo.

Adam salió disparado y se perdió en un segundo. El viejo contuvo la respiración durante un momento sin saber lo que realmente había pasado y después se dejó caer. No podía decir ni una palabra, prácticamente no pestañeaba y su mirada estaba completamente ida.

La policía llegó al lugar unos minutos más tarde y consiguió al hombre en la misma posición en la que había caído. Trataron de hablarle, pero, no hubo respuesta alguna, tenía su mente en blanco y no tenía conciencia de lo que pasaba.

La noche fue larga y los cuerpos de ambos hombres asesinados tenían las mismas marcas en el cuello y estaban completamente secos. El forense de la ciudad tomó el caso con total preocupación, pues había visto el cartel que estaba al lado del viejo.

Un vampiro... No era posible.

IV

Dulce y deseable mujer

Desde la ventana del cuarto de Dalila se observaba parte del camino de salida de su casa y lo rodeaba un paisaje impresionante, no podía dejar de mirarlo. Cuando se despejaban las montañas, el reflejo del sol hacía que estas tomaran un color diferente, más vivo y las rocas parecían pulidas haciendo que los colores de las flores resaltaran aún más. Estaba enamorada de todo eso que veía.

—¡Dalila Voy saliendo a la empresa! ¿Te vas conmigo?

La chica lo pensó un poco, pero, después respondió, mientras bajaba por las escaleras.

—Hoy caminaré, papá.

Le pasó por un lado al hombre y lo besó en la mejilla mientras se colocaba sus audífonos para aligerar el camino. El hombre se encogió de hombros y no dijo nada, de igual manera no lo iba a escuchar.

La chica salió con su seguridad de siempre, mirando a su alrededor y respirando ese aire tan puro al que no estaba acostumbrada. El sol, a pesar de que brillaba y las nubes ese día estaban alejadas de él, era tenue, al parecer siempre era así en esa zona.

Era la primera vez que tomaba el camino a la universidad, cuando se fue a inscribir, su papá la llevó y no le dio mucha importancia al camino, siempre pendiente de los paisajes. Pero, el pueblo no era muy grande a pesar de la gran cantidad de empresas, pero, en términos generales eran cuatro calles lo que definían todo.

Bajando de la montaña observó cómo varias personas caminaban hacia otra montaña más alta y parecía ser un lugar muy bonito, entonces Dalila se detuvo viendo ese camino. Nunca había sido una chica espontánea, y mucho menos en el horario de clases, pero, era el primer día para ella y además no se perdería de mucho. Miró a los lados y subió por el camino.

La vegetación era cada vez más frondosa, y conforme subía, los acantilados eran más altos, pero, la verdad no existía ningún tipo de peligro, la senda se ensanchaba progresivamente y muchas personas pasaban a su lado. Unos se tomaban fotos con sus teléfonos, otros trotaban un poco, algunos descansaban sentados en diversos bancos improvisados con troncos de la misma zona.

Unos 20 minutos más tarde estaba en una planicie donde convergían todos los que subían. Allí pasaban el tiempo que quisieran en contacto con la naturaleza y además despejaban un poco la mente del quehacer diario, era espectacular.

Al final había una sombra de un árbol con grandes hojas verdes y flores anaranjadas, debajo un tronco seco era perfecto para sentarse y leer un buen libro que nunca faltaba en el bolso. Así lo hizo.

La brisa le acariciaba el rostro y despeinaba su larga cabellera, la chica lucía relajada y feliz mientras se desconectaba del mundo de la mejor manera que sabía. Las horas pasaron rápidamente al igual que los capítulos de la novela y Dalila se recostó para descansar un poco de la posición en la que había estado tanto rato.

Su vista daba hacia otro lugar lleno de picos más altos que parecían desaparecer en la distancia. Era increíble ver cómo había tantas montañas en un mismo sitio, Dalila se imaginó una larga y espesa cordillera en la que algunas, tomando en cuenta la altura, había topes nevados y con un silencio ensordecedor.

Se perdió dentro de su mente en un mundo que solo podía ver ella.

Dalila se quedó dormida por alrededor de unos 15 minutos y cuando despertó con un respingo se dio cuenta que la noche estaba por caer.

—¡Carajo!

Metió el libro en el bolso y se dio cuenta que no había nadie más a su alrededor. Se asustó un poco, pero, respiró y mantuvo la calma. El camino de vuelta tenía que ser el mismo por el que subió, entonces lo buscó y comenzó a bajar.

Oscurecía rápidamente y los pasos comenzaban a ser más toscos debido a la poca luz que había en el lugar, Dalila estaba ansiosa por llegar al camino principal y volver a casa, pero, tropezó con una gran roca y se torció el tobillo dejándola tirada en el lugar durante un rato. Se incorporó sentándose y retorciéndose del dolor, pensó que era muy raro que nadie estuviera por la zona.

En el firmamento comenzaron a salir las estrellas y ella se armó de valor para poder levantarse y volver a casa, pero, en ese momento sintió que alguien la observaba, quizá era parte del mismo miedo. Miró a los lados, pero, se sacó esa idea de la mente en ese momento, se levantó como pudo con una rama que consiguió cerca y la usó como una especie de muleta. El tobillo le palpitaba de dolor, pero, no podía quedarse allí, podía ser peligroso.

De nuevo esa sensación. ¿Había alguien en el lugar?

Bajó poco a poco hasta que llegó a la carretera principal por donde había subido. Un minuto más tarde unas luces se divisaron en la carretera y ella volteó, por suerte era su padre que volvía de la empresa y casualmente ese día había trabajado hasta un poco más tarde.

El hombre tardó un poco en reconocerla y de hecho se detuvo después de pasarla por unos metros. Los cauchos patinaron en el asfalto.

—Dalila, por Dios. ¿Qué te sucedió?

—Tranquilo, papá solo me torcí el pie bajando de la montaña.

—Pero, ¿qué demonios hacías allí?

—Hay un camino... ¡Oh, padre! ¿Me ayudarás o me harás un interrogatorio?

—Sí, claro.

El hombre la cargó subiéndola en el asiento trasero del coche. Ella se quejó un poco de dolor, pero, no mucho. Pudo soportarlo.

El camino a casa fue rápido, y ahí, Eva la atendió inmediatamente, ella había estado durante mucho tiempo trabajando en el hospital de su anterior residencia y sabía de primero auxilios. La chica contó a sus padres lo que había pasado y ella se duchó después de eso.

Dalila se tomó un calmante para el dolor, el cual la adormeció por completo y la tenía entre este mundo y el de los sueños. No podía contener los párpados abiertos y decidió dormir después de ver una figura posada frente a su ventana, era así como... Parecía un... Dalila se durmió.

Afuera, Adam la miraba dormir siendo fuerte y manejando sus instintos. Jamás había tenido tanto deseo por una jovencita como esa, era diferente, la imaginaba con una sangre dulce y adictiva, con un cuello suave de donde podría sacar todo lo que quisiera. Sus manos estaban cerradas en dos puños y el seguía conteniéndose de no romper el vidrio y chuparle hasta la última gota.

Dalila dormía con la cabeza ladeada hacía la izquierda y su arteria palpitaba, incitándolo a tomarla, pero, trató de concentrarse en otra cosa, había mucho que ver de esa extraordinaria dama. De entre las sábanas se asomaba una de sus piernas y podía verse parte de la ropa interior. Más arriba nada más que una blusa semitransparente la cubría dejando ver tímidamente sus redondos y perfectos senos. Los pezones relucían por el frío.

Desearla así y seguir mirándola lo empujaría a morderla, lo cual quería evitar a toda costa. Sabía que la tendría, pero, no de esa manera. Quizá podría

ganarse su respeto y servicio y convencerla de irse con él. Había esperado demasiado para conseguir a su compañera ideal, debía pensar un poco las cosas antes de actuar.

De la misma manera que hizo para poder mantenerse con vida dentro de la muerte. Adam dejó de matar gente solo por placer y venganza durante las últimas décadas y solo buscaba alimentarse, de manera sigilosa y sin levantar tantas sospechas. Los cuerpos los llevaba lejos hasta donde ninguna persona pudiera llegar y atacaba normalmente a quien, según él, lo merecía.

Pero, despegó de ahí sin saber realmente porque lo había hecho y voló hasta el tronco donde permaneció sentada la chica toda la tarde. Aún permanecía su aroma en el ambiente, ese aroma que sintió desde su hogar apenas salió del ataúd esa noche y que no dudó en seguir cuando ya el sol estaba completamente oculto.

La pensaba sin tener una razón aparente, la deseaba para él, pero, no quería matarla. Necesitaba hacerla suya de pies a cabeza y mientras más rápido mejor. Adam estaba sediento, estaba excitado, estaba... Como nunca antes había estado. Quería saciar su sed, pero, no con ella y apretaba sus manos de nuevo.

Más temprano la miró desde la copa de un árbol cuando estaba sentada adolorida por su tobillo. Y no podía creer las ganas que tenía de atacarla, pero, no solamente para tomar su sangre sino también sexualmente. Su aroma era inconfundible y su juventud era un tesoro único.

Se movía rápidamente de ángulo, para poder observarla completamente, pero, trataba de estar lo más lejos de la chica, para evitar que su poderosa energía la perturbara de una u otra forma. Dalila permanecía en el lugar y además de sentir su miedo, sentía algo más que no había podido tener con el resto de las mujeres. De hecho, sentía, y era bastante que decir.

De nada le había servido tener todas las que quiso, verlas a sus pies, sirviéndole, adorándolo, pues nunca estuvo realmente satisfecho con ninguna. El sexo era salvaje, sí, pero, solo porque él era así, era su forma de hacerlo, no existía una pasión que lo llevara a eso. También salieron durante mucho tiempo a vengar la muerte de su padre y tras su paso dejaban desolación, y eso era parte del asunto, pero, la verdad se sentía frustrado al no conseguir más, siempre deseó experimentar algo como lo que pasaba con Dalila.

Los vampiros de manera natural son seres lujuriosos que buscan el sexo siempre y en todo momento, pero, no con cualquier mujer, debe ser hermosa físicamente y con un alma retorcida, malévolas. Debe tener la combinación

perfecta para poder hacerla suya para la eternidad y muy pocas cumplían con esos requisitos.

A lo largo de los años, sobre todo después de la muerte de su padre, había encontrado a una cantidad considerable de ellas, todas dispuestas a estar con él para toda la eternidad, pero, al momento de chuparles la sangre, él no podía contenerse y las mataba en ese instante. Otras se quedaban a su lado, pero, realmente no era lo que buscaba.

Ahora, la belleza de esta mujer era extraordinaria y le provocaba esa lujuria que tanto buscaba. Pero, podía ver dentro de ella un alma pura, sin ningún signo de maldad y esto no estaba nada bien. Quien se quedara a su lado debía regocijarse del dolor ajeno e infligir sufrimiento, para nada podía llevarse a una mujer como esta hasta tan profunda oscuridad, pero, debía tenerla de alguna forma.

Pensó en beber de su sangre, la cual estaba seguro de que sería apetitosa, pero, hacer eso lo llevaría a asesinarla sin dudas y solo podría tenerla una vez. Una vez y nada más. De alguna forma debía tenerla era algo que necesitaba y sus instintos le pedían.

Tenerla solo sexualmente era posible, pero, después de eso no podría evitar morderla. Entonces todo tendría el mismo final, pero, algo debía hacer, pues ahora que la conocía, no podría dejar de buscarla y en algún momento no aguantaría más y terminaría de la forma menos indicada.

Por primera vez en sus casi 200 años había pensado antes de atacar a una jovencita como esa, por primera vez se había aguantado las ganas de beber una sangre tan pura, de un cuerpo tan incitante y de una mujer tan hermosa. Algo estaba pasando para que eso estuviera sucediendo.

Adam pasó toda la noche en el tronco y regresó a su ataúd cuando ya se asomaba el sol por el horizonte.

Dalila se despertó después de moverse dormida y una puntada que nació en su tobillo le recorrió todo el cuerpo llenándola de un dolor insoportable. El pequeño, pero, agudo grito llegó hasta el cuarto de su madre, quien llegó de inmediato al lado de su hija, para saber lo que estaba sucediendo.

—Hija, ¿Todo bien?

—El tobillo, mamá. Es solo que me moví bruscamente.

Dalila sudaba y su vagina estaba algo mojada también, pero, no le dio importancia. Eva cambió el vendaje y echó más crema antiinflamatoria.

Había tenido un sueño muy raro donde ella estaba en un oscuro y enorme cuarto, ella flotaba y estaba vestida con un vestido antiguo de tela

negra y un hombre de voz profunda le hablaba al oído, pero, no sabía quién era. Ese hombre le provocaba una sensación de miedo y angustia, pero, al mismo tiempo sentía que debía estar ahí junto a él.

En el sueño ella experimentaba cosas nunca antes vividas y un deseo inmenso de ser tomada sexualmente por él. Era algo completamente extraño porque ligaba sentimientos de pasión, deseo y miedos.

La voz del hombre la mantenía tranquila a pesar de parecer tétrica en ocasiones y más dulce en otras, podía reconocer algunas de las cosas que le decía. Eran frases poéticas de autores que habían muerto hace siglos, pero, que había leído durante una época de su vida cuando estudiaba historia del arte empezando la universidad.

Solo pudo observar unos extraños ojos azules. Esos ojos la hipnotizaban, ella se perdía dentro de ellos y se sentía bien, se sentía como nunca antes, estaba pasando por un momento único en ese sueño, pero, sentía miedo, era algo que no podía evitar. No había peligro, no había nada malo, pero, aun así, su corazón palpitaba de miedo.

El hombre nunca la tocó, pero, ella podía sentir que estaba ahí gracias a su energía que era potente y única. Cuando una palabra salía de él retumbaba en sus oídos y llegaba al alma tocándola de una manera delicada y la lujuria se apoderaba de ella, sentía deseos por ese hombre, quería tenerlo en ese instante.

Su piel deseaba el roce con la de él, su cuerpo lo estaba pidiendo a gritos y quería poder sentirlo de alguna manera. Estaba completamente segura de querer entregarse a él, sin conocerlo, era de esas locuras que en un sueño se pueden hacer, aunque en ese momento no sabía que estaba soñando.

Fue el dolor lo que la hizo despertar del peculiar sueño y por instinto buscó la imagen que había en la ventana cuando se durmió, pero, no había nada hasta que su madre apareció. Ambas hablaron durante unos diez minutos y después Eva salió dejando a Dalila sola en su cama.

Estaba mirando el techo de su habitación y pasando aun un poco el dolor, no dejaba de pensar en ese sueño. Había sido una combinación de fantasía y lujuria, pero, lujuria de la buena.

Esos ojos azules la perseguían sin importar a donde estuviera viendo, pero, ella tampoco pretendía olvidarlos. Estaba más calmada, pero, la verdad se quedó con las ganas de saber cómo terminaría ese sueño, pues nunca antes había sentido esa atracción sexual antes y no sería para nada malo experimentarla. Su entrepierna estaba húmeda y destilaba fluidos, caliente

como la chimenea del salón principal.

Su mano se deslizó suavemente y se tocó. Se pronto, el dolor del tobillo no fue tan importante, su dedo medio acarició su clítoris mientras recordaba esos ojos azules y una fuerza superior parecía dominarla. Recordó la voz que le hablaba en su sueño, estaba en un trance desconocido e irreal.

Ella sonrió.

V

Cegado y acorralado

Los días habían pasado y el tobillo estaba mejor, Dalila se disponía a ir a la universidad lo antes posible para ponerse al corriente con el resto de sus compañeros, esperaba que esta vez si fuesen más agradables y menos envidiosos. Hoy sí decidió salir con papá para evitar caminar tanto con la lesión aun con pocos días y necesitaba seguir la recuperación.

Cuando pasaba por el lugar donde se había tropezado, volteó la mirada, observó hacía la parte alta de la montaña y recordó aquellos picos que imaginó infinitos y nevados. Recordó la belleza de ese lugar y se sintió en paz con ella misma, tenía la necesidad de volver, pero, de seguro no dormiría de nuevo en ese tronco.

Unos ojos azules se reflejaron en su ventana y ella se echó hacía atrás con un grito ahogado que hizo que su padre perdiera un poco el control del coche, Dalila quedó recostada sobre el hombre derecho de él y no sabía que había pasado en ese momento.

—¡Pero, Dalila, por Dios santo! ¿Qué te sucede, hija? Casi pierdo el control.

Pero, ella no sabía que decir, tenía la mano derecha tapándole la boca y sus ojos seguían buscando lo que creía que había visto.

—Disculpa, padre. Quizá el reflejo de algo que me asustó un poco. No lo esperaba es todo.

El hombre la miraba a intervalos mientras prestaba más atención a la vía. No quedó muy convencido, pero, en fin. No había nada más que preguntar.

—Por favor, abróchate el cinturón de seguridad.

Ella obedeció, pero, su cuerpo estaba más inclinado hacia el centro del coche, seguían mirando con recelo la ventana de su puerta. Después de respirar, pensó que quizá era el reflejo de alguna cosa y ella lo confundió con los ojos con los que había soñado, pero, a pesar de intentar tranquilizarse con eso, su mente estaba aturdida.

Ya en la universidad se sintió un poco mejor una vez conoció a algunos compañeros de clases y profesores. Ella era la nueva y ya, desde muy temprano había levantado muy buenos comentarios dentro del gremio masculino. Nadie podía negar lo hermosa que era.

Uno de los chicos, de hecho, se le acercó para conocerla y ella con mucho gusto le estrechó la mano, lo que no quería decir que Dalila tuviera las mismas intenciones que él, pero el joven lo comprendió de otra manera.

—Eres nueva por aquí, ¿cierto?

—Sí, apenas llegué hace algunos días y aun me estoy acostumbrando a la zona.

Ella interrumpió.

—Gracias, pero, la verdad no estoy interesada.

La chica se dio media vuelta y caminó con elegancia.

El joven le miró el trasero todo lo que pudo y después siguió su camino. Al menos lo había intentado.

En resumen, la universidad estaba bien para ella. Había buenas personas, buenos profesores y también chicos con agallas, pero, en general las cosas parecían ir mejor que en su antigua casa de estudio.

Estaba decidida a seguir conociendo lo más que podía y caminó sin rumbo aparente. Después de la zona del comedor, se perdía de vista un terreno que parecía ser un campo de fútbol, ya los arcos estaban bastante deteriorados por el tiempo y lo que algún día fue pasto, hoy era un montarral enorme. De fondo, un paisaje hermoso, como ya era costumbre por ahí.

—Lastima que dejasen perder esta bonita zona.

Dijo para sí misma Dalila.

Entonces se devolvió y fue a esperar a su padre en la entrada de la universidad. Ya había abusado de su tobillo y debía descansar un poco. Eran casi las 6:00 pm y ella se sentó paciente.

Los faroles que estaban al lado del camino de salida de la universidad se encendieron como por magia y Dalila observó que ya se estaba poniendo muy oscuro. Le llamó la atención ver que en el lugar donde estaba, los faros no habían encendido también.

Miró su móvil y marcó a su padre. El teléfono repicó hasta que le atendió la contestadora automática. De seguro estaba en alguna reunión.

Dalila comenzó a rebuscar entre su bolso el reproductor de música MP3, parecía que el condenado se había perdido dentro, por lo que metió un poco la cabeza para divisar lo que había dentro, pero, ya había caído por completo la noche y no veía absolutamente nada.

—Hola.

Dijo una figura que se apreció frente a ella justo cuando levantaba la mirada fuera de su bolso. Dalila dejó caer lo que tenía en las manos y dio un

pequeño salto en el banco donde estaba sentada. Se llevó un buen susto, pero, después, sonrió.

—Discúlpame. No quise ser grosera... Hola, es solo que...

—Es mi culpa creo que no me escuchaste llegar.

Esa voz. La había escuchado antes.

—Sí. Fue eso.

El olor de ella era fuerte, dulce y provocativo.

—Yo estoy esperando a mi padre para que me venga a buscar. Ya debe estar en camino.

Dalila lo dijo como avisando al hombre misterioso que no estaba sola. Estaba un poco nerviosa y no sabía si era por el susto o por otra cosa.

—Está bien. Yo solo pasaba por aquí y quise saludar.

Ella pensó en preguntarle si ya se conocían, pues, su voz seguía pareciéndole conocida, pero, quizá era su mente que estaba jugando con ella.

De pronto, escuchó la bocina del coche de su padre y sintió un total alivio. Miró que estaba aparcado a solo unos metros y alzó su mano haciéndole saber que estaba por ir.

Cuando volvió su mirada hacia el chico, ya no estaba. Buscó ansiosa y perturbada, pero, no observó a nadie cerca. Levantó su bolso y caminó lo más rápido posible mirando de vez en cuando hacia atrás. No entendía que había sucedido.

—¿Todo bien, hija?

La chica parecía sobresaltada y su respiración estaba algo entrecortada.

Miró una vez más por la ventanilla, pero, no vio más que los bancos, árboles y soledad. Pensó por un instante había imaginado al chico, pero, eso sería aún peor.

—Sí. Todo bien.

Arrancaron mientras su padre le contaba que el móvil se le había caído debajo del asiento cuando estaba camino a buscarla y por eso no la había atendido. Dalila respondía a tiempo, pero, solo por un impulso. Estaba pensando en lo que le acababa de suceder.

Había sido un buen día en general, pero, para la joven algunas cosas extrañas estaban sucediendo a su alrededor. En la mañana esos ojos azules que vio en la ventana y después ese misterioso joven en las afueras de la universidad, ni siquiera le había visto bien el rostro.

Intentó pensar que le estaba dando mucha importancia, pero, muy dentro de ella, sabía que se estaba engañando, solo que se sentía asustada y no da

cabida a dos cosas tan singulares.

Salió de una larga ducha. Una de las cosas que más le gustaba de la nueva casa era que el baño estaba dentro del cuarto y al cerrar la puerta principal estaba en completa privacidad.

Dalila caminó desnuda hasta la cama y se miraba en el espejo mientras se secaba el cabello con una toalla, después de estregarlo por un rato, se enrolló la tela y la dejó como una especie de turbante. Se sentía más relajada y encendió la radio para terminar de despejar un poco la mente y estar más tranquila.

Sonaba una de sus canciones favoritas y poco a poco comenzó a cantar con más ganas y a bailar al ritmo de la música. Se dejó llevar por el momento. Tomó el peine y lo usó como micrófono, cantaba haciendo gestos y mirándose en el espejo, sonreía y gritaba algunos de los tonos más altos y para culminar el espectáculo dio una vuelta y...

En la ventana había alguien observándola, pero, solo la observó milésimas de segundos mientras terminó de la dar la vuelta y trató de corroborar lo que había observado a través del espejo. No había nadie detrás de ella, más que la sombra de los árboles, además era imposible que alguien estuviera parado allí. Estaba en un segundo nivel de la casa.

Le dio miedo voltear de nuevo.

¿Se estaba volviendo loca?

Dalila, caminó hacia la puerta y tomó la bata que estaba guindada detrás de la misma, se la amarró y salió directo a la cocina donde seguramente estaba su madre haciendo la cena. La chica bajó las escaleras a toda velocidad y fue directo a la nevera, para evitar que Eva viera la palidez de su rostro. La abrió sin buscar nada, solo con la idea de ocultarse un poco mientras pasaba el susto.

—Hija, no te vi al llegar. ¿Cómo te fue hoy?

—Hola, mamá. Todo súper.

—¿Y el tobillo? ¿Mejor?

—Sí. Excelente. Creo que ya no me duele.

Eva volteó observando que Dalila no salía de la nevera.

—¿Buscas algo, hija?

La chica estiró su brazo y sacó una jarra de agua. Y cerró la nevera.

—Solo un poco de agua. ¿Qué cenaremos?

La mujer comenzó a explicarle lo que estaba preparando para la cena, pero, la mente de Dalila estaba en otro lado. Estaba con los ojos azules, con

el chico de la universidad y con la silueta que vio detrás de ella en el cuarto.

—... hija... Dalila, hija. ¿Me estás escuchando?

La pregunta sonó a todo volumen en su cabeza.

—Sí, madre. Por supuesto. Suena todo muy rico.

Salió de la cocina y buscó rápidamente las cajas con sus libros. Recordó el cuadro que había visto en la tienda y también que intentó averiguarlo ese día, pero, lo dejó por hacer caso al llamado de su madre quien quería que viera junto a ella y su padre el hermoso paisaje de afuera.

El libro estaba arrumado sobre una de las cajas que aún no habían sido desembaladas y buscó de nuevo esa pintura. Tenía una memoria excepcional y estaba segura que ahí la conseguiría.

Justo en la página 49 del libro apareció la foto de la pintura. Era exactamente la misma.

En ella se veía a un hombre con una estaca en una mano y un crucifijo en la otra luchando con un demonio o algo parecido. Pero, por las características de las armas que tenía para combatirlo se podría estar hablando de un vampiro. Eso lo había descifrado con facilidad Dalila desde el momento cuando vio la pintura.

Lo que más le llamaba la atención era el escrito que tenía justo al pie de la pintura donde rezaba algo así: “Benditos sean quienes luchan en contra de las fuerzas del mal en el nombre Dios. Con fe podremos vencer al enemigo y alejarlo de nuestras tierras para siempre.”

Era lo que ella pudo traducir del latín. Dalila sin duda era una mujer de armas tomar, nadie la podría engañar jamás.

Ella bajó el libro y se quedó pensativa y algo perpleja, pues, ahora se sentía un poco... ¿Idiota?

Había leído cualquier cantidad de libros acerca de hombres lobos, vampiros, fantasmas, mitos y apariciones, pero, jamás creyó ni una palabra de lo que describían. Claro, eran entretenidos y a veces interesantes, pero, ¿por qué ahora el ver esa pintura le llamó tanto la atención? Y más allá, ¿por qué estaba asociando lo que le pasó durante el día con eso?

Cerró el libro dándole una ojeada de nuevo la página donde estaba y al día siguiente daría una vuelta por esa tienda de nuevo.

Cenaron y ella decidió no subir a su habitación esa noche a pesar que no tenía nada más puesto que la bata, pero, el solo pensar subir hasta allá le causaba escalofríos. Entonces encendió el televisor de abajo y sintonizó el canal de documentales. Era uno repetido, pero, igualmente interesante. Se

acurrucó en el sofá y se dedicó a verlo mientras en su mente danzaban ideas de lo que haría al día siguiente.

Pasadas las 12:00 de la noche, Dalila se había quedado dormida con el televisor encendido y estaba soñando de nuevo.

Era la misma voz y los mismos ojos azules, pero, esta vez no tenía ningún vestido antiguo y no estaba suspendida en el aire. Todo lo contrario, caminaba por un camino oscuro y no usaba nada de ropa. Parecía perdida en un lugar místico, pero, una mano la tocó en la espalda.

La profunda voz le habló con susurros.

—Si eres capaz de venir conmigo tendrás todo lo que quieras y más. Incluyendo la vida eterna.

La mano estaba helándole la espalda, pero, al mismo tiempo su voz le llegaba tanto al alma que sacaba todo el deseo de ella y calentaba su cuerpo, era una combinación casi mortal.

—Dalila, eres tú a quien yo quiero que sea por tu propia decisión que te acerques a mí, que me desees de la misma manera en que yo lo hago contigo.

La otra mano comenzó a tocarle el abdomen y sintió la respiración cerca de su cuello e intuitivamente lo volteó la cabeza hacia el lado opuesto dejando al descubierto esa zona por completo. Escuchó que la voz ahora venía desde el otro lado y algo más lejana.

Por alguna razón ella no quería mirar, solo sentir.

—Puedo llegar hasta lo más profundo de tu ser y hacerte sentir lo que ningún hombre en esta tierra puede. Tu figura me atrae y me enloquece, solo tienes que tomar una decisión antes que sea demasiado tarde.

De nuevo la respiración cerca de su cuello.

—Tu aroma es veneno para mí. No podré contenerme durante tanto tiempo.

Dalila solo se dejaba llevar.

—Entonces tómame y déjame sentir todo lo que me prometes. Quiero hacerlo, ir hasta donde tú quieras.

Por fin apreció frente a ella la forma completa de un hombre. Esos llamativos ojos azules, el cabello largo y negro, la piel pálida como una hoja de papel. Vestía una camisa de seda abierta frente y dejaba ver su abdomen marcado y pectoral nada despreciable, era un hombre delgado, pero, bien definido.

Su mirada era capaz de matar a cualquiera y quizá había sido así.

—¿Puedo saber el nombre de tan maravilloso y seductor hombre?

—Tengo muchos nombres, según algunas cosas que he leído, pero, me llamo Adam.

Dalila cerró los ojos de nuevo rogando desde su interior que la tomara de una vez, sentía que lo deseaba más que cualquier cosa, estaba dispuesta a hacer lo que él le pidiera, era tan hermoso como su voz y ahora su cuerpo lo necesitaba. Ella estaba preparada.

En el sofá, estaba ella completamente dormida, su bata estaba abierta y eran sus manos la que tocaban su cuerpo. Sentado a su lado estaba Adam, quien la miraba con deseo y con ganas de tomarla de una vez, pero, solo la estaba preparando. Pronto la vería fuera de los sueños en la vida real.

Dalila despertó con el corazón acelerado y sudada, tenía la mano entre sus piernas y sin dudas se había estado masturbando mientras dormía. No recordaba nada y se sonrojó un poco cuando se dio cuenta donde estaba. Cerró su bata y esta vez sin pensarlo subió a la habitación.

VI

Tiempos difíciles

El viejo vagabundo fue llevado a la comisaría y fue interrogado por varios policías y psicólogos del departamento, pero, no dijo ni una palabra. Estaba con la mirada puesta en un punto, era como si estuviera vivo, pero, sin alma.

—¿Qué sabemos del hombre?

—Nada, no tiene familiares, ni ningún tipo de identificación, pareciera que apareció un día de la nada. No tiene ningún antecedente en la zona y los habitantes que vinieron a declarar dicen que tiene al menos un mes viéndolo merodear por el pueblo. Siempre con sus carteles justo después del asesinato de la joven en el parque, señor.

—Gracias, Pérez. Deja esos papeles sobre mi escritorio.

El detective Daniel Marrero era el encargado de la investigación y estaba de manos atadas con respecto a todo esto, puesto que todo era muy fuera de lo común.

—Detective, por favor lo quiero en mi oficina ahora.

El tono de voz del jefe no era nada placentero.

Entró a la pequeña oficina mientras su jefe con el ceño fruncido cerraba las persianas.

—Dos personas muertas, cientos diciendo que el asesino de ambas entró rasgando el techo de la carpa de un circo, también dicen que estaba volando y que aterrizó sobre los hombros de este hombre y le succionó toda la sangre.

Una foto del departamento del forense cayó sobre el escritorio. Se veía al hombre en cuestión muerto y con dos marcas en el cuello. Parecía más pálido de lo normal.

—¿Qué quiere decirme con esto? ¿Qué son mentiras de las personas?

—Cuide su tono, sargento Marrero, le recuerdo que soy su jefe.

El sargento volteó y miró hacia la cartelera que colgaba de una de las paredes.

—Jefe... Le repito, no tengo ni idea de lo que sucedió ahí, pero, créame que estoy tratando de resolver esto, no es algo con lo que hayamos lidiado antes, estamos tratando de interrogar a un hombre que tenemos detenido, pero, parece estar ido y no responde a nuestras preguntas.

—¿Quién es ese hombre?

—No hay datos sobre él. Es un vagabundo al parecer, está viejo y de seguro borracho. Huele a alcohol.

—Entonces nuestro testigo principal es un hombre alcohólico del que no sabemos nada y además no habla. ¡Perfecto!

Justo en ese instante tocaron a la puerta.

—¡Adelante!

—Señor, creo que deberían venir a ver esto.

Ambos hombres salieron de la oficina y siguieron al joven muchacho.

El viejo estaba en la sala de interrogatorio y movía su mano derecha en el aire.

—Tiene rato en eso y habla muy bajo, diciendo puras incoherencias.

El sargento Marrero entró trato de acercarse al vagabundo para escuchar lo que decía.

—El Vampiro viene... Vive entre nosotros... Tu sangre será derramada por la ciudad... El vampiro vive aquí... Ojos azules te perseguirán... Ojos azules, ojos azules, ojos azules...

Marrero miró a su alrededor y pidió permiso a su jefe para quedarse solo con el viejo vagabundo.

—¡Vamos todos salgamos!

El hombre seguía hablando sin parar, la mirada sin vida clavada en la pared y no dejaba de mover la mano derecha.

—¿Amigo, me escucha?

—El vampiro está sediento... Ojos azules...

No sabía qué hacer ante tal situación, así que se levantó y cerró la puerta dejando al viejo solo.

—Parece estar completamente demente, solo repite lo mismo sobre. — Marrero miró a su jefe y continuó. —Solo repite lo mismo.

Todos estaban desconcertados, pero, en ese instante las radios comenzaron a sonar y a pedir refuerzos, algo estaba pasando en el pueblo.

Salieron corriendo a ver de qué se trataba.

Un grupo de hombres peculiarmente armados pretendía subir a la montaña, pero, no tenían permiso para eso por lo que, empezaron a atacar a los policías que trataban de evitar que subieran.

Estaban furiosos y entre ellos estaba el sacerdote de la iglesia, un joven que había llegado casi dos años antes y que era muy culto. Marrero lo vio y fue directamente a hablar con él, ya había cruzado algunas palabras con él durante la misa de los domingos y sería más fácil de convencerlo para que le

explicara lo que pasaba.

—Padre, ¿me puede explicar lo que está sucediendo aquí?

—Estamos tratando de subir a la montaña a buscar al causante de todo este sufrimiento.

—Pero, padre no le entiendo a qué se refiere.

El sacerdote lo apartó de la multitud y lo llevó hasta la iglesia.

—Estamos en presencia del mal, hijo mío. Necesitamos liberarnos del ser enviado del infierno que nos tiene pasando por este sufrimiento.

El sargento lo miraba con recelo.

—Pero, ¿a quién buscan? Arriba en las montañas no hay nada.

—La vieja mansión.

—En esa mansión no vive nadie desde hace años, de hecho, el gobierno local quiere invertirle algún dinero para convertirla en una atracción turística y la verdad creo...

—Tú eres nacido en este pueblo y sabes perfectamente todas las historias que se cuentan aquí. Desde mucho antes de tu nacer. Fue gracias a esas historias que pedí que me trasladaran aquí.

—Pero, padre, son historias para espantar niños, usted no creerá que eso sea verdad.

—Hoy mismo lo viste. ¿La marca en el cuello de las víctimas te parece casualidad?

Marrero se quedó mirando al padre, quien esperaba una respuesta coherente de él.

—¿Un vampiro?

—Así es, hijo. Un vampiro que no es más que un enviado del infierno y los creyentes debemos combatirlo antes de que sea tarde.

El sacerdote abrió un bolso que colgaba de su cuello y le entregó a Marrero una cruz y un frasco con agua bendita.

—Eres un hombre de fe y eso es lo que más necesitamos. Nada haremos peleando con ellos en el nombre de Dios si no tenemos verdadera fe, debemos creer en lo que decimos para que tenga verdadero poder.

—Hoy no hay nada que pueda hacer por usted padre. Nadie subirá a esas peligrosas montañas a esta hora. Está prohibido desde hace mucho y usted sabe que es así.

El sargento se levantó del banco dejando la cruz y el agua bendita sobre él.

Esa noche nadie cruzó la línea que delimitaba el pueblo con la montaña

y aunque causó la detención de muchos, nadie salió herido. Había sido un duro día para todos los habitantes de la zona y algunas patrullas se quedaron merodeando, pero, todo estaba bajo control.

Al día siguiente el joven sacerdote comenzó a tocar puerta por puerta los hogares de cada uno de los habitantes de la zona y fue reuniendo unos cuantos seguidores. Estaba regalando cruces que hizo durante toda la noche y pedía que consiguieran agua para bendecirla, pretendía que cada una de las casas estuviera protegida contra el poder del vampiro.

La voz se fue rodando por el pueblo y todo empezaron a hacer caso al sacerdote, ya nadie salía de noche y cuando lo hacía llevaban consigo una estaca o un crucifijo y un collar de ajo.

Para Adam fue difícil alimentarse durante los siguientes años y adoptó y tiempo de reposo durante una época del año, dormía durante largos periodos de tiempo y evitaba malgastar energía. Así lo lograba hasta que no podía aguantarse más y bajaba al pueblo cuidándose de no tropezarse con alguna paila de agua bendita. Siempre sigiloso, a veces pasaban horas antes de que pudiera tener su dosis de sangre.

Esto hizo que Adam, a pesar de sus instintos, trató de evitar el deseo de tener sangre fresca, y esto desencadenó problemas dentro de la mansión.

—Amo, lo noto débil y algo ojeroso. Tiene mucho tiempo sin alimentarse.

Una de las amantes de su padre que había sido condenada por él a no salir de la mansión y solo beber sangre de ratas, era quien le había hecho la acotación.

Adam se levantó de su ataúd y la miró fijamente a los ojos, ella no pudo mantener la mirada y bajó la cabeza.

—Nunca me ha importado tu opinión y si aún estás aquí es porque por alguna razón mi padre te tenía como una de sus amantes. Lo que más quisiera es terminar de quitarte lo poco que tienes de vida y dejarte morir.

— Le pido disculpas, amo. Solo me preocupo por usted.

Una carcajada diabólica abrigó la habitación de Adam. Él se reía sin parar.

De pronto la mujer comenzó a levitar y sus ropas se rasgaron dejándola completamente desnuda. Se sentía indefensa ante tan enorme poder, definitivamente había logrado lo que quería. Despertar la ira de su amo. Ella no podía controlar lo que pasaba.

—¿Te parece que estoy débil?

—No, amo.

—¿Crees que necesito más sangre para poder hacer lo que desee?

—No, amo.

La mujer estaba rozando el alto techo de la casa. Seguía teniéndole respeto a Adam, pero, ya no soportaba seguir viviendo de la manera en que lo estaba haciendo. La sangre de las ratas, en particular, es fría y con un sabor poco apetitoso. Era una condena muy dura de llevar.

—Todos estamos tratando de ver la manera de alimentarnos sin morir en el intento, porque por más poderoso que yo sea, y sabes que lo soy, no puedo estar cerca de cruces ni mucho menos de pailas de agua bendita. ¿Lo entiendes?

—Sí, amo. Lo entiendo.

Estaba aterrada, pero, sonreía. Estaba justo donde quería estar.

—Entonces, ¿crees que debo arriesgarme a seguir con esto cuando ya la mayoría de las personas están preparadas para asesinarme?

—No, amo.

—Eres una entrometida y no mereces más que la muerte. Nada más.

Ella pensaba lo mismo, pero, no por entrometida, sino por no tener lo que deseaba.

Adam estaba flotando a su lado y puso un dedo en el cuello de la mujer que estaba completamente inmovilizada. Un larga y puntiaguda uña salía del dedo y apenas rozó la piel, la sangre comenzó a salir de la herida por borbotones, tiñó el techo y caía sobre la alfombra de la habitación.

—Ahora sí tengo sangre para alimentarme. ¿No te parece?

Ella no sentía ningún tipo de dolor y ya sentía como venía su libertad, la vista se le nubló y de pronto ya nada existía.

El cuerpo de la mujer quedó flotando en la habitación y él descendió lentamente. Definitivamente era más poderoso de lo que muchos pensaban, pero, era él quien había decidido llevar el estilo de vida que había acostumbrado.

La otra amante de su padre entró y observó lo que pasaba, la ira la abrazó y salió disparada por una de las ventanas, ella tampoco estaba de acuerdo con lo que estaban viviendo, pero, nunca se atrevió a tentar el poder de Adam, ahora solo vio una oportunidad y sabía que él no la castigaría. Se perdió en la montaña donde se dejó morir si consumir más sangre.

Así Adam había quedado solo y fue cuando decidió viajar como lo hizo su padre. Él necesitaba encontrar a su propia dama, pero, una diferente, una

que realmente estuviera a su altura. Quizá en otras latitudes la encontraría, en un lugar donde nadie supiera de él, capaz donde la población estuviera menos avanzada. No sabía realmente a donde ir, pero, lo haría sin dudas.

Durante esa época, en el pueblo estuvieron tranquilos, nadie había salido herido a causa de muerto viviente, todos idolatraban al sacerdote ya que, gracias a él y sus oraciones había podido ahuyentar al demonio que tanto los hacía sufrir, y aunque en sus mentes seguían las imágenes de todas las atrocidades que había causado, con el tiempo solo se convirtieron en historias.

La verdad es que Adam no estaba en el pueblo, la mansión permanecía completamente vacía, pero, la había dejado cuidada por las almas de todas sus víctimas, por eso esa energía que se sentía allí. Nadie se atrevía a entrar.

Servía para decir a los niños que esa era la casa del malvado vampiro de los cuentos, algunos se asustaban y otros sentían curiosidad, pero, ninguno podía llegar hasta allí, era imposible para un niño hacer ese viaje por la montaña, de hecho, era muy difícil para un adulto, pues en su época Blake había destruido todo acceso hacía allí.

Adam siguió solo durante todo el tiempo que estuvo de viaje, cuando conseguía una mujer solo la usaba para alimentarse, ninguna tenía lo que el realmente buscaba. La soledad lo hizo pensar muchas cosas e incluso lo hizo reflexionar, ya venía cambiando su manera de hacer las cosas y a pesar de tener un alma vil y sentir la necesidad de asesinar, ahora pensaba en que la eternidad en una mansión a solas no era para nada un buen futuro.

Las mujeres hermosas abundaban y gracias a su encanto las atraía con facilidad. Siempre que quería las controlaba con la mente y ellas se convertían en sus esclavas sexuales, pero solo duraban una noche, después terminaba clavando sus colmillos hasta dejarlas sin vida.

Entonces se cuestionaba cada día. ¿Realmente buscaba a una mujer malvada? ¿Qué ganaría con eso? ¿No necesitaba a una mujer con la que él tuviera algún tipo de conexión? Al fin y al cabo, sería con la que pasaría toda la eternidad y además de compartir almas en pena y asesinatos para alimentarse, debía estar feliz a su lado.

Felicidad, era un concepto que realmente Adam nunca había tenido en mente, pero, había algo en esos días que había cambiado. La muerte de su padre le hizo entender que su eternidad es relativa y a pesar de tener la fuerza y el poder que nadie más tenía, siempre había un punto débil y ya todos lo conocían, esa fue otra de las razones por las cuales también salió a viajar.

Buscando la manera de encontrar alimento más seguido y por supuesto, a su mujer.

En fin, el pueblo estaba sin la cruel maldad de Adam y lo único que hacía recordar a los pobladores de su existencia era el viejo vagabundo en la plaza, con sus carteles pintados haciendo el trabajo encomendado por el vampiro de los ojos azules.

Solo un año después encontraron al viejo vagabundo guindado en uno de los árboles más altos del pueblo y que estaba en la falda de las montañas, se había suicidado. En su cuello un cartel decía: EL VAMPIRO VOLVERÁ TARDE O TEMPRANO.

Pocos se enteraron del suceso.

La vida continuó sin mucho que acotar para el resto de los pobladores, el pueblo creció inmensamente a nivel industrial y las épocas iban cambiando con el pasar de los años. Los árboles más cercanos a la mansión crecieron tanto que ya prácticamente no se veía desde el pueblo y las personas que habían vivido en carne propia las experiencias con los vampiros había ido muriendo poco a poco por diferentes causas.

Las historias siguieron corriendo por ahí, pero, cada vez era más un recuerdo olvidado de generación en generación.

VII

¿Amor?

Su tobillo parecía estar perfecto, pero, había una sola forma de probarlo. Se alistó y con zapatos de deporte emprendió su camino hacia la tienda donde había visto la inquietante pintura. Mientras caminaba, recordaba todas las cosas que le habían sucedido el día anterior, era extraño que esos sucesos vinieran a pasarle ahora que se había mudado de ciudad, nunca antes había pasado por algo así, pero, antes de darse por loca quería averiguar algunas cosas.

Dalila observó la pintura, fue lo primero que hizo al entrar, pero, siguió hasta el mostrador.

En la tienda no estaba la misma chica que la atendió la vez pasada, en su lugar estaba un señor algo mayor. Leía el periódico y escuchaba un juego por la radio, nadie compraba en ese momento.

Buscó algunas barras de chocolate y otros dulces, los puso sobre el mostrador y el hombre, de mala gana, bajó el diario para atender a la joven cliente. Dalila pagó con un billete grande, precisamente para hacer tiempo y ver si veía algo más en la tienda. Lamentablemente para ella solo estaba la pintura, pero, cuando el anciano contaba el cambio de la chica, ella vio algo interesante.

El hombre tenía un collar con un crucifijo y algo que parecía un recipiente con un diente de ajo dentro. Estaba segura de eso.

—Lindo amuleto.

Ella señaló el collar.

El hombre la miró y siguió contando.

—Es bastante original, nunca había visto uno así.

—Gracias por su compra. Vuelva pronto.

Ella tomó los chocolates y dulces saliendo de inmediato, en ese momento el hombre le provocó un poco de miedo.

Definitivamente en ese pueblo se escondía una historia y ella sentía que ahora era parte de ella.

Dalila volvió casa y se sentó en el sofá donde había pasado parte de la noche anterior. Estaba sola en casa y trató de ordenar un poco su mente.

“Ven conmigo, Dalila”

La chica creyó escuchar algo, pero, no le dio importancia.

Durante el día fue recordando poco a poco su sueño y se había dado cuenta de la razón por la que tenía la mano entre las piernas cuando despertó. Estuvo con una extraña sensación de miedo y ansiedad, pero, más allá de eso sentía necesidad y curiosidad sobre ese hombre de sus sueños. ¿Por qué él?

Sí, era muy atractivo y pensar en él le provocaba una rara sensación sexual. ¿Acaso era una fantasía?

“Te haré sentir deseos que no sabes que existen”.

Eso sí lo había escuchado fuerte y claro.

Ahora si estaba algo nerviosa.

La hora de la cena llegó y como todas las noches se sentaron a comer juntos, hablaron sobre todo lo que hicieron durante el día, y después cada quien se ocupó de sus asuntos.

Para Dalila no había un sitio donde se sintiera cómoda o segura, mucho menos ahora que estaba escuchando esa profunda voz, y por eso decidió dar una vuelta cerca de la casa. Pero, no quiso decirles nada a sus padres para no preocuparlos.

Afuera, la noche era espesa y el frío helaba cada milésima de ella, estaba bien abrigada, pero, aun así, la brisa se colaba entre la ropa. Tenía un presentimiento, sabía que lo que estaba haciendo no era correcto, pero, algo la empujaba. El problema es que ella no sabía qué.

De pronto, sintió una presencia.

La chica volteó y miró buscando algo que no sabía qué era. Estaba completamente confundida. ¿Estaba buscando algo? ¿Por qué salió de su casa? ¿Qué necesitaba? Su mente no dejaba de hacer preguntas y de recordar el sueño, veía los profundos ojos azules, el rostro del hombre y parecía escuchar un nombre a lo lejos, pero, no distinguía realmente cual era. Seguía caminando sin parar y de pronto estaba allí.

Reconoció el lugar inmediatamente, pues ya había estado antes. Era el lugar en la montaña donde todos se congregaban durante las mañanas, justo donde se quedó dormida y después se torció el tobillo.

¿Pero cómo había llegado tan rápido ahí?

De pronto una fuerte brisa llegó de la nada y apareció el hombre de sus sueños caminando, estaba vestido de la misma manera y su rostro era ahora más atractivo, más provocativo, más seductor.

—¡Adam!

Salió de la boca de Dalila sin pensarlo y un escalofrío la recorrió.

El misterioso hombre sonrió y seguía acercándose a ella. Su abdomen y

pectorales eran tal cual ella los había soñado, de hecho, ahora se veían un poco mejor.

Dalila comenzó a temblar, pero, sin estar segura la razón. Podría ser el frío, los nervios o el inmenso deseo que sentía en ese momento. Dio un paso atrás y Adam se detuvo, pensó que estaba soñando de nuevo, pero, sintió firmemente el suelo debajo de ella.

—Hola, Dalila. Sabía que vendrías y no sabes cuánto tiempo he estado esperando por ti.

La sola presencia del hombre la tenía petrificada, sentía una enorme energía, pero al verlo de cerca supo que no necesitaba nada más en la vida. Era perfecto, su rostro, su cuerpo y esa voz que la volvía tan loca como cuando lo soñaba.

Adam se acercó a ella y la miró directamente a los ojos. Estaba impactado por lo que veía a través de ellos, pudo leer más de lo que ya sabía de esa mujer, tenía una mente llena de sabiduría y era prácticamente infinita.

Entonces él entendió.

La chica estaba hipnotizada con la mirada y la particular belleza del hombre.

—Casi 200 años de espera para encontrarte, codiciada Dalila. 200 años.

El joven hombre le hablaba mientras caminaba a su alrededor, muy cerca y ella cerraba los ojos para escuchar ese tono profundo de voz y sentir su respiración. Estaba embriagada de placer.

La magia seductora de Adam no era nada nuevo para él, lo que si le parecía extraño era que él no estaba manejándola a ella en ese instante, no había trucos, no había magia, solo era ella y sus deseos. Quizá era la asociación que ella hacía con sus sueños donde él si se metió para atraerla.

La mujer estaba más hermosa que nunca y los deseos que sentía Adam de morderla eran gigantescos, la necesitaba a su lado, pero, no quería hacer las cosas con trucos y por eso estaba dejando que fuese ella quien hablara y tomara decisiones.

La brisa seguía soplando y Dalila seguía muy excitada, era increíble que solo la presencia de un hombre hiciera eso, era algo totalmente inédito para la chica que siempre estuvo acostumbrada que sintieran deseos por ella.

Una mano tocó su rostro, con delicadeza bajó hasta su cuello donde se detuvo un minuto y después siguió su camino hasta llegar a los senos. Eran tersos, suaves y dispuestos a ser explorados. De un solo movimiento rasgó la camisa y dejó al aire sus pechos lo cuales eran perfectos, sin poder contenerse

la mano rasgó también el pantalón y de un momento a otro Dalila se encontraba desnuda en la montaña.

Ya no sentía nada de frío, pues toda la energía que irradiaba Adam se convertía en calor, un calor pasional. Él seguía teniendo el control del asunto cuando la abrazó por detrás y se fue directo a su cuello, pero, solo pasó su lengua por él e instintivamente los colmillos salieron, pero, ni siquiera rozaron la piel. Fue Dalila entonces quien levantó su brazo moviéndolo hacia atrás y lo tomó del cuello para sentirlo cerca.

Era increíble que el hombre estuviera tan frío cuando irradiaba calor puro.

—Te deseé inconscientemente en mis sueños Adam, ahora completamente hechizada por tu belleza y pasión te deseo ahora y aquí.

La poca luz que proyectaba la luna desapareció de pronto y todo estaba completamente oscuro, ella estaba ciega completamente, pero, no necesitó de más cuando, por fin, su deseo se había hecho realidad.

Sintió como Adam la hizo suya y la penetró ligeramente, ahora ella estaba segura que jamás se iría de ahí, esa fuerza, pasión y placer que sentía en ese instante nunca más la encontraría con nadie. Así lo prometió Adam y así lo sintió ella.

Un gemido salió tímido de su boca y, aunque ya no podía ver nada, cerró sus ojos para disfrutarlo de la mejor manera.

Las penetraciones no paraban y Dalila estaba que explotaba del inmenso placer que sentía, estaba experimentando eso al aire libre y con un hombre que había conocido primero en sus sueños que en persona. Adam le acariciaba los senos y lamía sus delicados pezones mientras seguía llenándola de placer.

Para él, el sexo no era más que parte cotidiana de su vida, pero, hacerlo de esta manera cobraba otro sentido para él, pues la mujer realmente lo quería, su sangre estaba corriendo por sus venas aun sin él sacarle ni una gota, era la primera vez para Adam.

Dalila sintió como de pronto comenzaba un viaje cuando sus pies se despegaron del suelo. Estaba suspendida en el aire como en su primer sueño y ahora sintió como él llegaba desde abajó y la abrazó de frente.

—¡Eres un vampiro!

—Lo soy, pero, todo esto es real, no te estoy manipulando, ni a tu mente.

—Hazme tuya.

El deseo salió de la boca de la mujer y fue concedido de inmediato. Adam la continuó penetrando sin parar y sentía como los senos de la chica rozaban su piel. El deseo de tomar su sangre era enorme, pero, continuó haciéndole todo lo que ella pedía.

El miembro de aquel ser malévolo entraba en ella una y otra vez dejando que la chica conociera los placeres mas intensos que un ser humano pudiese experimentar. Fueron años de experiencia que llevaron a Adam a ser un maestro en el sexo, y Dalila parece perder la cabeza con cada roce de la piel y cada beso del vampiro.

Ahora sí los gemidos era ensordecedores, echando la cabeza hacia atrás, Dalila se sumergía dentro de un abismo negro donde sentía el mayor de los placeres, era sexo para nunca acabarse, era sexo real, en ese instante solo necesitaba más de él.

Agarró al vampiro por el cuello y buscó morderlo, clavó sus uñas sobre la espalda y seguía gritando de placer. La manera como se estaban dando las cosas da pie para que pudiera condenarla a vida eterna y llevársela en ese momento, pero sabía que si la mordía no resistiría el tomar solo un poco, tendría que tomar toda la sangre de ella y así poder satisfacerse completamente, pero eso la mataría y nunca más la tendría con él.

Dalila no se contuvo más y se corrió la primera vez sin dejar de moverse. Entonces siguió sin parar. Adam buscó la manera que ella se sintiera cómoda y bajaron hasta el tronco donde él se sentó y ella tomó el control por primera vez dejándose caer sobre él, penetrándose a placer.

Tenía cerca el rostro del hombre y solo de provocaba lamerlo, así lo hacía cada vez que caía. Estiró los brazos para anudarse el cabello y seguir con la faena. No podía dejar de sentir eso, seguía gimiendo y se corrió por segunda vez con más intensidad que el primer orgasmo.

Pero, Adam sabía lo que ella necesitaba y era lo que le había prometido.

Tomó a Dalila por sus piernas y se las abrió completamente, ella no sabía si soportaría más, pero, no podía decir que no ante tanto placer. Sintió entonces como la penetró de nuevo, pero ahora con otro ímpetu, él estaba dando lo mejor de sí y la chica se preparó.

La follaba con fuerza y sin tener miedo de hacerle daño, ya él estaba también tan excitado como ella, era su naturaleza y de por sí la lujuria los controlaba, solo que ahora él estaba tratando de no dejar salir a flote sus instintos para no morderla.

Recostándola del árbol le levantó una pierna para poder llegar hasta

donde más pudiera. Ella sintió como entraba y no tuvo ni siquiera fuerzas para gemir y parecía un sollozo lo expresó, de hecho, el placer era tan abrumador que una o dos lagrimas corrieron por sus mejillas, ella ya tenía ningún tipo de expresiones, estaba a merced de un vampiro hambriento y lujurioso que le estaba dando lo que en sueños le había prometido.

Su espalda estaba maltratada por el roce contra la corteza, pero, ni ese dolor logró que ella quisiera parar, solo estaba pensando en todo lo que sentía en ese momento, la respiración era muy irregular y comenzaba a perder oxígeno que recuperaba con cortas bocanadas de aire.

El sudor le corría por el cuello y la espalda, cerró sus puños conteniendo la ola de sentimientos encontrados que tenía dentro, imaginaba el rostro de su amante y no podía evitar desearlo más. Las piernas le estaban fallando a Dalila y pronto se correría de nuevo, pero no estaba segura si aguantaría más de todo eso.

Y se corrió con dolor, pasión y locura. Cayó debido a que sus piernas no dejaban de temblar y los espasmos en todo su cuerpo eran muy fuertes, por un momento pensó que Adam la había mordido, pero, no fue así. Su cuello estaba sano y ella solo estaba pasando por la mejor experiencia sexual de su vida.

Poco a poco fue apareciendo la luz de la luna y pudieron ver sus rostros de nuevo. Ella se dio cuenta que estaba absurdamente enamorada de él y Adam estaba seguro que estaba obsesionado con la mujer, era cada vez más hermosa y la deseaba con todas sus fuerzas.

La tomó del rostro y pensó en besarla, pero eso era algo que jamás había hecho, definitivamente lo que Dalila hacía en él era algo incomprensible. Un beso era sinónimo de sentimiento y Adam carecía de ellos.

En ese momento él la abrazó y volaron juntos hasta la mansión, el viaje pareció ser de unos pocos segundos, y allí, en el patio principal, le señaló la luna.

—Ella irradia la perfecta cantidad de luz para poder ver tu rostro, es algo sin igual para mí. Te traje hasta aquí para mostrarte mi hogar y lo que estoy dispuesto a ofrecerte si decides venir conmigo.

La mano de Adam se posó sobre el rostro de Dalila y de pronto estaban en la sala principal, ella ataviada del vestido que había soñado la primera vez y él con traje de gala.

—¿Esto es realidad? ¿No es un sueño?

—Es la realidad más real que existe, Dalila. No solo tú estás viviendo

momentos únicos, yo también.

La casa era elegante a pesar de verse antigua, los pasillos eran enormes, las lámparas parecían de plata y la alfombra daba ese toque especial a toda la mansión. Lucía espectacular.

—No necesitarás nada material, pero, si lo deseas lo tendrás. Soy un vampiro que ha hecho su fortuna a través de los años, pero, jamás he tocado ni un centavo y la gran mayoría está en el sótano en joyas y oro. Todo eso puede ser tuyo si lo deseas, pero, debes entender que el precio es caro. La eternidad no es como parece.

Dalila lo miró y por primera vez, esos ojos azules parecían vivos, miraban diferente.

—Creo que estoy segura de lo que quiero desde el primer momento en que llegué y ahora más, después de sentir lo que siento. Dime, Adam, dime que lo seguiré sintiendo para siempre y me iré contigo.

VIII

Pasión fatal

Observar como la mujer estaba tan dispuesta a dejarlo todo por él era todo lo que deseaba, Siempre buscó eso y por fin la tenía frente a él, además, era más hermosa que todas las que pudo haber escogido antes y esta solo se había cruzado en su camino.

Lucía radiante y sensual, la deseaba con todas sus fuerzas y necesitaba tenerla con él lo antes posible. Cada segundo que pasaba debía ser más y más fuerte para no terminar mordiéndola. Aunque lo haría cuando llegara el momento preciso.

Entonces, sin pesarlo dos veces, la tomó por la cintura y la atrajo hacia él, percibió su dulce aroma, la miró a los ojos notando lo dilatada que estaba la pupila de ella y comenzó a jugar con su mente un poco. Solo para dejar algunas cosas en su lugar.

Dalila comenzó a recordar sus sueños y veía imágenes inéditas. En ellas estaba Adam observándola desde la ventana de su cuarto, también lo vio cuando la encontró por primera vez arriba en la montaña el día que se torció el tobillo. Y comenzó a entender que él solo quería aclarar sus pensamientos, la idea era que, si iba a tomar una decisión, fuese con su mente lúcida y sin trastornos, no habría secretos entre ellos y tampoco mentiras.

—Entonces, cuéntame, Adam... ¿Me viste cuando me masturbaba en el sofá de mi casa?

—Estaba ahí en ese instante. Fue tan mágico para mí como lo fue para ti mientras me soñabas.

Pensar que él la había visto en algo tan íntimo fue sensacional, puesto que la realidad era que ella llegó a ese punto por él. En ese sueño la hizo sentir una cantidad de cosas con solo su presencia.

—Hazme tuya de nuevo para sentirte cerca, Adam. Seré tu dama, tu esclava o tu princesa; lo que desees. Podré volar contigo hasta los lugares más oscuros y tenebrosos, viviremos esta pasión y deseo juntos. Solo dime que siempre seré así de lujuriosa, que siempre sentiré esto.

Sentir. Quizá ella no estaba tan clara en lo que le esperaba.

Dalila hablaba con severos signos de demencia y parecía estar danzando por el salón de la casa mientras hablaba además se estaba quitando la ropa lentamente.

Ella llegó de nuevo hasta donde él estaba y le pidió que la follara nuevamente como nunca antes lo había hecho con otra mujer, más de lo que él podía dar.

Adam la miraba deseoso de beber de ella y entonces fue ella quien tomó la mano de él y con las uñas se hizo una incisión en la muñeca, la sangre brotó de inmediato y eso ya era demasiado. Adam pudo controlarse durante todo el tiempo, pero, ver la sangre brotar era algo que no podía controlar. Llevó su boca hasta la herida de la mujer y el dulce sabor lo hizo delirar, no era solo tomar para aliviar su sed, sino que por primera vez tomaba sangre de una mujer que deseaba realmente.

—Déjame probarte a ahora a ti, se siente tan divino cuando chupas.

Adam entonces se cortó la palme de la mano y dejó caer un pequeño chorro sobre la boca de ella. La chica estaba con los ojos cerrados y sintió como la fría sangre le caía en los labios y el mentón, la probó y el placer fue completo.

De nuevo la follaban con fuerza y estaba entrando en una especie de trance, concentrada completamente en todo lo que sentía en ese momento y las cosas pasaban en cámara lenta. Cada movimiento se sentía al doble y los niveles de placer estaban al límite, la sangre parecía una droga.

Dalila estaba completamente inclinada hacia atrás mientras Adam se lucía penetrándola sin parar, la mujer se reflejó en un viejo espejo que estaba ahí desde que el dueño original de la mansión lo colocó y permaneció ahí simplemente como parte de la decoración. Parecía que estaba sola y que algún tipo de fuerza la sostenía en el aire, entonces el mito de que ellos no podían reflejarse en los espejos era real.

¿Sería esa la última vez que vería su rostro?

Seguía observando la imagen que se reflejaba en el espejo y era algo completamente increíble, ni en una película se vería tan real.

Las cosas comenzaron a tomar su velocidad normal, al menos dentro de la mente de Dalila, y entonces volvió con un grito de pasión, un gemido que ni ella misma comprendía. Ella pensó que su alarido se habría escuchado hasta el fin del mundo. En ese momento ella no hacía nada, todo el trabajo estaba de parte de su amante y lo estaba haciendo mejor que antes.

Sus cuerpos se encontraban con cada movimiento y con cada penetración. La quijada de Dalila seguía llena de sangre y para Adam esto era más excitante y a la vez la hacía ver más sexy. Un impulso los llevó por los aires hasta una mesa cercana y allí ella se agarró de una silla. Él por detrás la

follaba sin parar y se movía de manera diferente para que ella experimentara todo el placer posible.

Dalila gritaba sin parar y pedía más de lo que necesitaba, no entendía como su cuerpo estaba resistiendo semejante dosis de sexo tan salvaje, pero, estaba dispuesta a aguantar lo que fuese con tal de que esto no acabara. Deliraba, sí, pero, era lo mejor que le había pasado, ahora realmente había sentido lo que era la lujuria y el placer de aplacarla con fuerza.

Las manos de Adam recorrían el cuerpo desnudo de ella y se detuvieron en los senos, los cuales acarició con delicadeza, para después retorcer cada uno de los pezones. Dolor, eso volvía loca a su amante.

Volvieron a suspenderse en el aire y se reencontraron en una posición vertical que le daba todo el camino a él para entrar hasta más allá de lo normal. Dalila se imaginaba pasar por esto cada día de su vida, y más ganas de recibir una mordida surgían, era algo inevitable.

—Solo muérdeme y déjame estar lujuriosa y llena de placer para siempre. Hagamos esto eternamente.

Adam no hizo caso, muy a su pesar y siguió follándola dejándose llevar también por ese deseo que era nuevo para él. Por supuesto que él también quería sellar el destino de ambos, pero, no ahora, estaba concentrado en lo que hacía.

Una explosión fue lo que sintió Dalila dentro de ella, pero, él no paraba. Su vagina era más sensible ahora que había estado expuesta a tanto sexo durante las últimas dos horas, y cada roce se multiplicaba para ella llevándola a más sensaciones y deleite.

Otro orgasmo llegó sin ella darse cuenta y de pronto sintió que estaba a punto de desmayarse, tomó una gran bocanada de aire y siguió aguantando todo lo que pudo, otro orgasmo y otro seguido de ese. Volvieron los espasmos y las piernas temblorosas, pero, Adam no paraba.

—¡Oh, si! ¡Sigue así!

Dalila apretaba sus dientes y estaba quedando afónica de tanto gritar, su mente no podía controlar la cantidad de sensaciones, y todo se puso negro cuando por fin cayó sin conciencia.

Adam gritó y eso fue lo último que ella escuchó.

Lo había logrado. Adam le había dado tanto placer a Dalila que la dejó completamente sin energías, pero, ya se lo había advertido. Levantó a la chica y la llevó hasta la cama en su habitación.

Viéndola descansando parecía inocente de todo lo que había pasado. Las

preguntas llegaron a su mente una detrás de otra:

¿Salvaría su alma o la convertiría?

¿La dejaría ir o la vincularía eternamente a él?

El problema estaba en que no sabía porque se hacía esa clase de preguntas ahora. La tenía a su merced y demás ella estaba dispuesta a pasar la eternidad con él, entonces no había nada más que pensar. Se levantó y apartó el cabello del cuello de Dalila y en ese instante justamente ella comenzó a despertar. Era una nueva oportunidad.

Adam se alejó.

Cuando abrió los ojos y se sintió en una cama ella creyó que todo había sido un sueño muy intenso y que ya era hora de ir a la universidad o de simplemente levantarse y se sintió algo decepcionada. Se sentía débil, pero, era quizá algo mental. No conseguía abrir los ojos completamente y sentía los parpados muy pesados.

Cuando se fue incorporando poco a poco se empezó a dar cuenta que no eran sus sábanas que no estaba en su cama y mucho menos en su habitación. Tardó un poco en caer en cuenta que nada había sido un sueño y ella se apoyó en el colchón buscando a Adam quien la miraba desde una silla cercana, ella salió disparada y lo abrazó. El no devolvió el gesto. La verdad nunca al igual que con el beso, él nunca había abrazado a nadie.

Dalila lo miró extrañada. Pero, no le dio importancia.

—¿Sigues pensando que quieres estar conmigo para siempre?

—Sí, así es. Para siempre, ahora que sí se le puede dar un verdadero significado a esa frase.

—Eres la mujer más hermosa que jamás haya conocido y por primera vez me he aguantado tanto las ganas de beber de la sangre de una persona, y eso tiene una razón. Soy un muerto vivo, pero, con el tiempo he aprendido a entender algunas cosas.

Dalila estaba embelesada con la belleza del hombre y sus palabras le llegaron al alma realmente. Lo miraba sin poder despegar la vista de él.

—Llévame contigo, Adam. Estoy segura desde aquella vez que te vi en mi sueño. Me enamoré de ti sin lugar a dudas. Te tengo presente siempre, aunque a veces de manera inconsciente, veo tus ojos por doquier, te busco en mis sueños, y ahora sé que puedo tenerte en mi vida... eterna. Déjame amarte como solo yo lo puedo hacer.

Dalila se recogió el cabello.

—Haz lo que debes hacer.

Lo que ella había dicho en ese momento hizo que él tomara una decisión. Nunca había escuchado a nadie decirle eso. Ella sentía amor por él. Era la única mujer que en 200 años se lo había dicho y estaba seguro que no encontraría a otra que se lo dijera.

La tomó de las manos y le pidió que cerrara los ojos. La miró fijamente mientras ella hacía caso a sus instrucciones.

La mente de Dalila se puso completamente en blanco y de un momento a otros comenzaron a aparecer imágenes de todo lo que ella había vivido ese día como un torbellino, desde el momento que se encontraron en la montaña y se vieron cara a cara por primera vez, al menos siendo ella consciente de eso, puesto que ya lo habían hecho previamente en la universidad.

Las sensaciones de placer se minimizaron un poco, pero, algunos detalles se mantuvieron intactos. Todo estaba pasando muy rápido, pero, ahora las cosas se veían en su mente un poco borrosas.

Escuchaba palabras y frases, pero parecían no tener ningún tipo de sentido, su cuerpo estaba relajado y sintió un despegue como el de siempre, pero, esa vez más intenso y entre su confusión pensó que la estaba llevando hasta las estrellas. Dalila seguía esperando la mordida. De nuevo la mente en blanco y no supo nada más de ella.

Despertó en su habitación y le dolía la cabeza, estaba exhausta y un poco confundida. Había tenido un sueño bastante extraño, pero, muy real. De hecho, quizá hasta se había estado moviendo durante la noche porque también tenía dolor en sus piernas y estaba sudada.

Fue directo a la ducha tratando de saber lo que había pasado, pero, todo estaba borroso en su mente. Lo que sí sabía era que tenía que dejar ese tema de los vampiros a un lado, eran simplemente historias fantásticas que no tienen nada que ver con la realidad. Y por otra parte debía conseguirse un novio, esos sueños húmedos estaban muy recurrentes últimamente.

Lanzó una risita leve al pensar eso y se metió a la ducha.

Salió una hora después y en definitiva había sido un sueño bastante extraño, pero, intenso. Seguía sintiéndose mal y cansada, entonces decidió que ese día no iría a la universidad, por lo que se colocó su pijama y bajó a la cocina a prepararse algo de comer.

Su padre la miró y frunció el ceño.

—Me siento mal, padre. Hoy no iré a la universidad.

El hombre seguía mirándola de la misma manera.

—Ya no me veas así, creo que no faltó a clases desde que estaba en

cuarto grado y me dieron paperas.

Su padre, en modo de juego, le mantuvo la mirada y ella sonrió mientras subía a su habitación después de darse cuenta que realmente no tenía hambre.

Ya arriba, se tiró en su cama y prendió el televisor, por un momento se perdió en su mente y pensaba en ese sueño tan intenso. Solo recordaba escenas, pero, realmente eran muy buenas.

Entonces volvió a la realidad consiguió un buen programa y se acomodó, sintió un pequeño dolor en la muñeca y se la miró. Tenía una casi invisible marca.

Se encogió de hombros.

—¡Quizá fue la vez que me torcí el tobillo!

El poder de darle a una persona la vida eterna era algo que no podía tomarse a la ligera, sin embargo, así lo habían hecho Blake y Adam durante un tiempo. La destrucción que dejaron a su paso también carecía de sentido y del sufrimiento, ni hablar.

No se sentía culpable por nada de eso, de hecho, disfrutaba recordándolo, él había nacido para eso y su padre. que había sido mordido por otro vampiro en Rumania (que supuestamente fue el primero de todos), también para eso. Era la única misión que tenían sobrevivir de la sangre de los vivos, era su única fuente de energía.

Pero, el tiempo y las dificultades fue lo que le hizo cambiar de parecer.

Cuando Dalila le dijo que lo amaba comprendió que él nunca podría pagarle a ella de la misma forma, Adam no sentía nada por nadie y nunca lo haría, era un ser que había nacido sin alma, pero que logró ver las cosas desde otro punto de vista.

Entonces se contuvo por última vez de morderla y solo manipuló su mente para que todo pareciera un sueño y la dejó en su cama vestida con su ropa. Para ella, nada de esto había pasado. Fue lo mejor que pudo hacer, puesto que iba a condenar a una chica con sentimientos a una vida que no merecía.

Él perdió a la mujer que estuvo buscando y después de esto no sería capaz de encontrar a otra, estaba obsesionado con Dalila, la necesitaba a su lado, pero, así como la liberó a ella, debía liberar al mundo de su sed y a él mismo de esa obsesión. Ya no había nada que hacer para él en un futuro lleno de soledad. El sol aparecía por el horizonte lanzando fuertes rayos y por primera vez a esa hora él no estaba en su ataúd y jamás volvería.

Princesa, Esclava y Enmascarada

Romance y Sexo con el Soldado Dominante

Princesa Elena.

Recuerdo esa tarde en el Reino de Camelot cuando una misteriosa espada apareció en un claro del bosque, atrapada en una piedra gigante, la espada, brillante y con joyas en su mango, despertó la curiosidad de mi padre el Rey Marcus, quien intentó sacarla de su prisión sin resultado, entonces los caballeros más fuertes del reino fueron llamados a retirar la espada, pero todos fallaron, tenía apenas 15 años en ese entonces.

Mi padre contactó al sabio Mago Merlín. Quien le reveló que la espada estaba encantada, y quien la sacara de la piedra estaría destinado a ser el nuevo rey de Camelot. Entonces instalaron tiendas de campaña y gradas de madera alrededor de la piedra, para ver cómo los valientes guerreros de todo el mundo intentaban sacar la espada, que fue bautizada como la espada de Excalibur.

Me divertía ver cómo los fuertes caballeros de tierras lejanas venían hasta el claro del bosque y hacían fuerza flexionando sus grandes músculos para sacar la espada. Algunos lo intentaban por horas, liberando alaridos de dolor, otros hasta se quitaban sus camisas para así alardear sus grandes músculos, pero la espada seguía inmóvil. Un día llegó un muchacho flaco acompañado de Merlín.

—Princesa Elena déjame presentarte a mi protegido —Dijo el mago. Su piel era pálida y su cabello castaño claro, no era más alto que yo y llevaba ropa vieja y la cara sucia, tenía el aspecto de un niño de la calle. Me vio, se arrodilló a mis pies y bajó la cabeza en reverencia. Tomó mi mano y la besó.

—Levántese por favor, no hacen falta tales formalidades ¿Cuál es tu nombre? —le dije al joven.

—Arthur, su majestad, mi nombre es Arthur Polock.

—¿Has venido a intentar sacar la piedra o a acompañar a Merlín?

—He venido por la espada princesa, pero no creo que pueda lograrlo,

solo sigo las órdenes del Mago.

Sus ojos eran verdes y brillantes, me sonrió de inmediato con una sonrisa cautivante

—Mucha suerte joven Arthur —le dije, para después darle un beso en la mejilla de buena fortuna.

El muchacho se sonrojó, y lo vi partir con Merlín a la fila de guerreros que tratarían de sacar la espada.

Cuando llegó su turno, yo estaba sentada en un trono de madera al lado de mi padre, todos empezaron a reírse de Arthur por su pequeñez. El joven tomó el mango con determinación y me miró a los ojos, le transmití toda mi fe en una mirada.

—Vamos Arthur, tú puedes —pensé.

Entonces sucedió, las pequeñas manos de Arthur liberaron a la espada de la piedra, todos hicieron un gesto de sorpresa y luego callaron, Arthur temblaba con la espada entre sus manos, era tan pesada que cayó al suelo cuando la levantó. Mi padre, ofendido, se paró del trono rápido.

—¡Atrapen a ese farsante! —gritó a los caballeros.

Mi padre no lograba pensar que la corona de Camelot caería en la cabeza de un chico sucio y andrajoso, tampoco lo permitiría. Los guardias desenvainaron sus armas y corrieron hasta rodear a Arthur.

—¡Déjenlo! —Grité desde mi asiento.

Arthur estaba aterrado, cuando un caballero alzó la espada para darte una estocada, Merlín tiró una bomba de humo verde hacia los caballeros, y cuando se esparció, no había rastro de él, ni de Arthur ni de la espada. Y así desapareció ese joven de ojos verdes que me había encantado con su sonrisa, no sabía si lo volvería a ver de nuevo. Mi padre ordenó buscarlo a él y a Merlín por todo el reino.

Sir Arthur.

Conocí a Merlín un día que mi jefe el boticario me envió al bosque para entregar unos frascos con líquidos extraños a un cliente, trabajé desde muy joven para ayudar a mi madre y a mis hermanos, llegué hasta lo profundo del bosque hasta una casa vieja de madera que era el hogar del mago, su casa estaba llena de pociones y animales extraños enjaulados, después de varias entregas me ofreció un trabajo como su ayudante, así me mudé al bosque con él.

Con el tiempo descubrí que más que un hechicero, Merlín era un hombre muy sabio con conocimientos en Botánica, Medicina, Alquimia y Astrología, sabía mucho de todas las ciencias y era un excelente ilusionista. Una noche me despertó exaltado, había tenido una revelación, en sus sueños vio mi futuro como el Rey de Camelot, no le creí, yo no era de la realeza, era el simple hijo de un herrero.

Me dijo que la clave de mi destino era una espada mágica que aparecería pronto en un claro del bosque. Pero Merlín era un hombre muy sabio y poderoso, quizás había algo de cierto en sus sueños.

Cuando llegamos al claro donde estaba la espada, las piernas me temblaban, tenía miedo de hacer el ridículo frente a todos esos grandes caballeros, pero cuando Merlín me presentó a Elena, sentí una fuerza correr por mi alma.

Elena era la chica más hermosa que había visto en mi vida, con grandes ojos azules y unas pestañas largas que hacían a sus ojos más expresivos, su cabello era negro y rizado oloroso a jazmín, su piel era pálida y suave, sus mejillas se enrojecieron apenas le sonreí, sus manos se sentían tan delicadas entre las mías, era una chica tan majestuosa que me sentí avergonzado de presentarme en mi ropa vieja frente a ella.

Su voz era tan dulce, como la música más hermosa que jamás hubiera escuchado. Toda su presencia era como estar observando a un ángel, su belleza era tal que me sentí apenado de presentarme en mis ropas viejas. Luego le dije que iría a sacar la espada y sus hermosos labios rosas besaron mi mejilla, como un ritual de buena suerte, ahí pude disfrutar mejor la fragancia de sus rizos de azabache. Después que me besó sus mejillas redondas se ruborizaron, pensé en jamás lavarme la cara después de eso.

No podía hacer el ridículo frente a la princesa, esto me puso más

nervioso cuando llegó mi turno de sacar la espada, era un pequeñín comparado a todos los otros caballeros que ya lo habían intentado y fallado. Muchos se reían al verme caminar hacia la roca, casi todo el pueblo se había reunido para ver el espectáculo.

Tomé aliento y apreté el mango de Excalibur con fuerza, antes de tomarla busqué con mi mirada a Elena, estaba sentada en la tribuna al lado del rey, nuestras miradas se encontraron entre la multitud y su ruido, sus ojos azules llenaron mi espíritu de una fuerza increíble, era como si pudiera sentir su corazón y el mío latir juntos. Entonces saqué la espada, sin mucho esfuerzo, como si nunca hubiera estado aprisionada.

De repente tenía la espada reluciente en mis manos, escuché al rey gritar algo y un montón de caballeros reales me rodearon y desenvainaron sus espadas. Me superaban en tamaño y en número. Escuché los gritos de Elena en el fondo, no podía hacer nada más que rendirme, yo era apenas un chico que no les podía dar batalla. Ahí fue cuando una gruesa nube de humo verde inundó el lugar, luego sentí que alguien tiró de mi mano, Era Merlín.

—¡Vamos Arthur, es tiempo de huir!

Corrimos hasta el caballo de Merlín y luego galopamos rápido hacia el bosque hasta llegar a la cabaña.

—No podemos quedarnos por mucho tiempo, el Rey enviará a sus caballeros a buscarnos ¡Toma tus cosas y larguémonos de aquí Arthur!

Tomé mis pocas pertenencias y metí la espada en una funda negra y la colgué a mi cintura, Merlín me ordenó que esparciera aceite por toda la cabaña, luego nos encontramos afuera, él llevaba un caldero de cobre en su espalda y muchos frascos y libros. De repente tomó un pedernal y encendió la cabaña prendiendo fuego a nuestro hogar.

—Ya no podrán encontrarnos los sabuesos —dijo.

Yo no pude evitar sentirme triste al ver la casa quemarse.

—Ahora debes escucharme muy bien, porque esta será la última vez que nos veamos, yo soy viejo y llevo muchos objetos, solo retrasaré tu huida, por eso debemos separar nuestros caminos —dijo antes de darme un libro sobre plantas y hongos venenosos y un mapa del bosque—. En el mapa he marcado una cueva que me sirvió de refugio hace tiempo, allí todavía hay algunos utensilios. Los secretos del bosque los deberás aprender tú solo. No estés triste joven Arthur, ahora tienes la espada en tu poder, he visto que estás destinado a ser grande, está escrito en las estrellas. Siempre que sigas tu corazón y mantengas la espada mágica contigo, no habrá monstruo que no

puedas vencer.

Y tomamos caminos totalmente distintos, esa fue la última vez que hablé con el gran Mago Merlín. La primera noche que pasé en la cueva me sentí abatido, mi vida había cambiado drásticamente en cuestión de horas, solo podía pensar en la espada, en el fuego acabando con la cabaña y en los ojos azules de Elena. ¿La volvería a ver? Su rostro de diosa alimentaba mis sueños... Debía volverme un hombre fuerte para algún día regresar al reino y poder poseer su belleza entre mis brazos.

Princesa Elena.

Han pasado años desde que ese joven sacó la espada encantada de la piedra, desde ese día mi padre no ha dejado de buscarlo por todo el reino, ofreciendo grandes recompensas en oro por su cabeza. Me encantaría volver a ver la sonrisa de aquel muchacho, pero sabía que estaba mejor lejos del reino y de mi padre.

Desde ese día los celos de mi padre aumentaron, como si yo también podía serle robada como lo fue la espada. No tenía permitido salir del castillo sin un acompañante, y mi única amiga era mi prima Claire, quien era una chica de cabello castaño con muchas pecas en su rostro, ella era mayor que yo y pronto se casaría con el Príncipe de Trivania, una tierra muy lejana. Mi prima me dejaría sola y sin nadie con quien hablar con confianza.

—No sabes lo mucho que te extrañaré Claire —le dije una tarde donde tomábamos té el jardín.

—Sí, yo también te echaré de menos prima, pero nos enviaremos cartas y espero que me visites tan pronto como puedas —dijo mi prima mientras comía unos bizcochos de azúcar—. Tengo que confesarte que estoy muy nerviosa.

—Te comprendo perfectamente, debes sentir mucha presión ya que te convertirás en princesa.

—Sí, sí... Pero no es sobre eso de lo que te quería hablar Elena —dijo Claire, bajando la vista y acercándose a mi odio para susurrarme— ya no soy virgen.

No lo podía creer, la virginidad era un tesoro que se supone debía guardar para su futuro esposo.

—¡Claire! ¿Cuándo pasó?

—Shhh... Si alguien se entera mi matrimonio se arruinará.

—¿Pero cómo paso? ¿Cuándo pasó? ¡¿Y con quién?! —pregunté muriéndome de la curiosidad.

—Fue hace dos días, con el Caballero Sir Edward... Todavía me tiemblan las piernas de tantas sacudidas que me dio —dijo Claire mordiéndose los labios —, cuando no tiene puesta su armadura Edward es un hombre realmente guapo, su cabello es corto y algo canoso, su barba es gruesa y hace cosquillas cuando la pasa por entrepierna mientras está lamiendo mi feminidad, y sus brazos... Oh, tiene los brazos firmes y fuertes de un caballero. ¡Oh prima! Un hombre con experiencia es lo mejor que hay,

saben cómo hacerte disfrutar, conocen tu cuerpo y van descubriendo tus puntos débiles hasta hacerte explotar de placer ¿Crees que ese bobo príncipe de Trivania sepa provocarme un orgasmo usando solo su lengua? Lo dudo. Antes de pasar toda mi vida al lado de un hombre de quien no sé nada y que probablemente ni siquiera me agrada ¡Tenía que hacer una locura!

—Claire, eres toda una traviesa —reímos— ¿Pero ya le tenías el ojo puesto a Sir Edward o solo fuiste por el primer pedazo de carne que se te cruzó?

—¿Qué tratas de insinuar prima? Yo soy muy selecta con lo que llevo a mi boca —dijo en un tono irónico—. Hace mucho tiempo que noté la manera en que Sir Edward me veía, cómo sus ojos se paseaban por mi cuerpo, él tiene esa mirada sobria y atractiva de un hombre fuerte, de esos que te toman entre sus manos y te manejan como su posesión. Me sentía excitada cada vez que lo descubría mirándome, y más de una vez nuestras miradas se cruzaron, ambas sedientas de lo prohibido, luego noté que empezó a seguirme por todo el palacio, siempre con una excusa tonta. Preguntando por mi padre o por la reunión en la mesa redonda, cosas de las que yo no sabía nada, él simplemente quería una excusa para hablarme. Una tarde, me le acerqué y le pedí ayuda para mover mi cama hacia la ventana. Subió a mi habitación y apenas entró yo cerré la puerta con cerrojo. Edward sabía exactamente lo que iba a pasar. Nuestros cuerpos se deseaban y no había manera de seguir ocultando nuestro deseo. Y bueno... Sucedió lo inevitable.

—¿¿Qué pasó?! No puedes dejarme así Claire ¡Quiero saber los detalles!

—Pues sí tú lo pides... Apenas cerré la puerta Edward se abalanzó contra mí, me cargó y me puso contra la pared, empezó a besar mi cuello y eso me excitó mucho, tanto que comencé a gemir como loca. Él cubrió mi boca, debíamos guardar silencio para no ser descubiertos. Apretaba mis nalgas al mismo tiempo que me besaba toda la boca y el cuello. Luego me tiró en la cama y desató mi vestido con agilidad, pasó su lengua por todos mis senos poniendo mis pezones duros y erizando mi piel, yo seguí gimiendo y él cubrió mi boca de nuevo mientras saboreaba mis pechos. Decía cosas como “Eres una diosa Claire, tus senos son deliciosos”. Y yo solo gemía y gemía. Después fue bajando por mi estómago hasta encontrarse con mi vulva, donde hundió su lengua un buen rato hasta me que corrí en su boca ¡Oh Elena no tienes idea lo delicioso que fue! Pero ahí no terminó todo, después de que mi feminidad estaba bien húmeda, introdujo sus dedos.

—¿Te dolió?

—Sí, un poco, pero después fue muy placentero, luego me metió su pene sin previo aviso y se embistió contra mí hasta que nos corrimos un par de veces.

—Fue todo un revolcón.

—Y que lo digas, esta mañana también necesité de su ayuda para “mover mi cama” —dijo Claire haciendo el gesto de las comillas en el aire.

—¿Y qué harás cuando te vayas?

—Pues nada, será el fin de esta aventura con Sir Edward, pero me lo pienso tirar todos los días hasta mi boda. Y si luego no logro que el Príncipe de Trivania me haga gemir de placer, tendré que buscarme un caballero con más experiencia entre su corte.

—Suena muy arriesgado Claire.

—Es que si no fuera arriesgado no sería divertido Elena. En el peligro está la emoción.

Estaba impactada con la historia de mi prima, en un momento de nuestra merienda Sir Edward se acercó a nuestra mesa. Una sonrisa cómplice se dibujó en el rostro de Claire.

—¿Hay algo que este humilde caballero podría hacer por ustedes bellas damas? —dijo Edward.

—¿Por qué no te agachas y me comes todo el coño querido? —dijo Claire abriendo sus piernas y subiendo su vestido para dejar al descubierto su vulva, no llevaba ropa interior.

Edward pasó su lengua por sus labios y siguió caminando como si nada hubiera pasado.

—¿Y tú Elena, nunca te ha provocado tener sexo con algún caballero?

—De hecho no... Puedes llamarme tonta o puritana si quieres, pero —creo que estoy enamorada.

—Qué ternura ¿Y quién es el chico?

—No tiene sentido, es alguien que solo vi una vez y con quien casi no compartí, pero en el momento en que nos miramos sentí como si hubiera encontrado algo que no sabía que había perdido, sentí su alma en un breve momento y era abrumadora.

—¿Lo conozco, es alguien de la nobleza?

—No Claire, no lo conoces, es Arthur.

—¿Arthur, el chico plebeyo que robó la espada de Excalibur?

—¡No la robó! Era una espada mágica y él fue quien la liberó.

—Te entiendo... Estás enamorada del principal enemigo de tu padre. Un

joven fugitivo con un arma que derrumbará nuestro reino ¡Es tentación pura!

—Creo que mis sentimientos van más allá de eso, pero... —me quedé sin palabras, la sonrisa de Arthur estaba grabada en mi mente.

De repente la Condesa Leah, madre de Claire, se unió a nuestra merienda en el jardín y ya no pudimos seguir nuestra conversación sobre hombres. Qué suerte que no apareció cuando a mi prima le atacó un impulso exhibicionista frente a Sir Edward.

Un mes después de revelarme su secreto, fue la boda de mi prima Claire, una hermosa ceremonia en una pradera de Trivania, Sir Edward estaba ahí y me enteré de que se iría de Camelot para proteger a Claire en su nuevo reino, como su caballero de confianza. Aunque mi prima no lo admita, sé que sus sentimientos hacia Edward son más profundos que una revolcada.

De vuelta en el palacio me sentía solitaria sin la compañía de mi confidente... En el castillo ya no tenía mucho que hacer, me aburría en las largas horas, traté de convencer a mi padre de ir al pueblo a dar un paseo, pero me dijo que estaba demasiado ocupado, que tenía muchos deberes como Rey de Camelot para pasar tiempo conmigo.

Un día salí, me dirigí hacia el bosque, la luz de la mañana acarició mi piel y me sentí libre y brillante. Caminé por el bosque y los sonidos eran extraños y me asustaban, de repente el cielo se puso oscuro y empezó a llover.

Corrí de regreso a mi hogar pero no podía encontrar el sendero, no hacía más que dar vueltas en círculos en el bosque y de repente, unos horribles duendes saltaron de los árboles, tenían la piel verde y narices puntiagudas, estaba aterrada, corrí lejos de ellos, pero más y más duendes saltaban para atraparme. Cuando estaba rodeada por las horrible criaturas escuché un caballo galopar. Y de repente un caballero con armadura plateada y una capa roja acabó con los duendes. No pude ver su rostro, estaba iluminado por un halo de luz blanca, pero era el espíritu de un héroe. Luego lo vi partir en su caballo.

Desperté, ese sueño había sido tan vivido. Como si en verdad hubiera sucedido aquella fantasía, fui hasta la ventana y vi el bosque, sentía que una voz me llamaba. No podía seguir encerrada en las paredes del castillo. Quería vivir nuevas emociones, arriesgarme como lo hacía mi prima Clarie. Debía idear un plan para escabullirme de esta prisión sin que mi padre se diera cuenta.

—Nadine ¿Podrías prestarme alguno de tus vestidos? —pregunté a mi

criada.

—Claro Princesa pero ¿Por qué querría usted usar mi ropa si tiene vestidos tan hermosos?

—Te diré la verdad... Pero debes jurar que no abrirás la boca —le dije entre susurros—, daré un paseo por el pueblo a escondidas.

—Señorita, déjeme decirle que debe ser muy cuidadosa, hoy en día hay muchos peligros por el pueblo de Camelot.

—Por eso mismo usaré un disfraz, si parezco una plebeya más pasará desapercibida, además, no tengo miedo de mi propio pueblo, es un lugar maravilloso ¿Contaré con tu ayuda? —le pregunté, Nadine pareció dudosa.

—Sí su majestad, le traeré una de mis vestimentas.

Cuando la traje procedí a colocármela con un disfraz, oculté mi cabello en un gorro blanco y salí de mi habitación con una cesta de ropa, para aparentar ser una sirvienta más del castillo. Cada vez que pasaba al lado de un guardia bajaba la vista para que no me reconocieran, y así fui burlando toda la seguridad del palacio, dejé la cesta en su sitio y corrí hasta las puertas.

Caminé por el paso empedrado como si nada, hasta que salí del palacio. El pueblo no quedaba muy lejos y yo todavía recordaba el camino, la adrenalina corría por mis venas ¡Al fin pude escapar del palacio! Apenas vi las casas pintadas de colores pintorescos y olí las rosas en los jardines y el pan recién horneado saliendo de las ventanas de las panaderías, me sentí realmente libre.

Sin embargo el pueblo había cambiado, aunque todavía era un lugar agradable, ya nadie andaba en la calle, no veía niños jugando como solían hacerlo o a las mujeres en el mercado comprando frutas, de hecho tampoco había vendedores ambulantes en las calles con sus cestas de vegetales. Era como un pueblo fantasma.

Entré a un pequeño restaurante que parecía agradable, dentro, no había gente, solo una vieja camarero que barría los pisos de madera.

—¿Podría darme una taza de té y un bizcocho de azúcar? —le pedí.

No me dio señales de una respuesta así que no supe si me había escuchado o no, pero unos segundos después regresó con mi pedido. Era un señor algo malhumorado.

—Es la primera vez que te veo por aquí ¿Cuál es tu nombre? —me preguntó.

Yo no había pensado en eso, no podía decirle mi verdadero nombre, tenía que inventar una nueva identidad.

—Marianne, mi nombre es Marianne Morrinson... Sí, es la primera vez que vengo por aquí, vivo en el castillo y siempre estoy muy ocupada sirviendo a sus majestades. Pero hoy me dieron el día libre.

—Con que una sirvienta... Es muy raro ver a una chica paseando sola por el pueblo en estos días.

—¿Es que una mujer no puede disfrutar de su té por si misma? — pregunté levantado una ceja. El hombre se rió.

—¡Claro! Pero es que desde que la banda de Los Zorros llegó a Camelot, no hay mujer que salga de su casa sin la compañía de un hombre.

—¿Los Zorros? No le tengo miedo a una peste de zorros —dije, el hombre soltó una carcajada.

—Pues estos zorros caminan en dos patas y son los bandidos más peligrosos que este pueblo ha visto. Han saqueado tiendas, han quemado casas y han robado cosechas ¿Por qué crees que los mercaderes ya no venden frutas en la calle? Por Los Zorros.

Me sorprendió para mal lo que este hombre me decía, ya entendía por qué las calles estaban tan solas, yo como princesa había vivido encerrada en una burbuja sin contacto con la realidad, me puso triste enterarme de que el lugar que en mis recuerdos era tan alegre y acogedor se había vuelto un sitio donde reinaba el miedo, y todo por culpa de la ambición de un grupo de criminales. Terminé de tomar el té mientras que conversaba con el camarero quien dejó su actitud malhumorada y resultó ser un hombre muy interesante.

—Será mejor que vuelva al palacio antes que anochezca, gracias por todo señor —le dije al cantinero y le dejé una buena propina de monedas de oro.

—Señorita Marianne, permítame acompañarla hasta su casa.

—No hace falta buen hombre. Puedo cuidarme sola —dije al salir por la puerta.

El sol estaba cayendo y la tarde se pintó de un color naranja, mi búsqueda del caballero de luz de mis sueños tendría que esperar hasta otro día, pero a pesar de todo, disfruté de volver a este lugar. El palacio no era lo mío, con todas las reglas, los modales y las tradiciones se perdía lo hermoso de la vida. Añoraba una vida más simple.

Creí saber por donde caminaba, pero estaba tardando más en llegar al palacio, de repente ya no reconocía las casas o las calles por donde pasaba, estaba perdida. No sabía cómo regresar al palacio y ya estaba a punto de anoecer, no había nadie en la calle a quien le pudiera pedir direcciones,

hasta que vi un hombre caminando por una esquina, era alto y robusto. Aunque el camarero me dijo que no confiara en nadie ese tipo era mi única esperanza.

—Disculpe ¿Podría decirme el camino al castillo? —pregunté.

El hombre estaba tallando un pequeño pedazo de madera con un cuchillo, parecía muy concentrado. Dirigió su vista hacia mí y me miró unos segundos como analizando mi rostro.

—Es que tengo que volver para servirle la cena al Rey —le dije, para hacerle saber que era una sirvienta —tenía mucho tiempo que no abandonaba el palacio pero hoy me encomendaron llevar un recado al pueblo y me he perdido como una tonta.

—Yo le diré el camino, pero ya es de noche. Déjeme acompañarla, mi nombre es Robert Dreafus—dijo mientras caminaba a mi lado.

—Mi nombre es Marianne, mucho gusto —dije y le extendí mi mano para saludarla, él la miro y tardó en responder a mi saludo.

Estuvimos dando vueltas por varias calles que no reconocía hasta que el sol cayó, era de noche y ya no podía distinguir nada, Robert se mantenía callado.

—¿Cuanto falta para que llegemos al palacio? —pregunté, sabía que estábamos tardando demasiado en llegar.

—Señorita, me temo decirle que esta noche usted no llegará al palacio. Mi corazón se detuvo. Cuando el hombre me tomó por un brazo mientras sacaba el cuchillo con que estaba tallando de su bolsillo.

—Usted vendrá conmigo a la guarida de Los Zorros —me susurró.

Pateé su entrepierna antes de que pusiera su cuchillo sobre mi pierna, el hombre me lanzó una estocada que pude esquivar y cayó al suelo del dolor. Corrí por la calle oscura gritando por auxilio pero nadie me podía escuchar. Entonces escuché que Robert silbaba muy fuerte, y de los tejados de las casas saltaron más bandidos.

Era como en mi pesadilla pero en vez de duendes eran hombres altos y tenebrosos con puñal en mano. Los hombres me rodearon, todos reían como hienas. Ya no tenía escapatoria lo mejor sería entregarme pues ellos no dudarían en herirme. Me ataron, pusieron un pañuelo en mi boca para silenciar mis gritos y colocaron un saco en mi cabeza, luego sentí que me subieron a un carruaje.

—Vamos a divertirnos mucho contigo —dijo uno de los maleantes mientras tocaba mis muslos.

Yo todavía no podía ver nada, solo escuchaba sus voces horribles hablándome sucio al oído. Todo parecía tan irreal, no podía concebir que mi vida estuviese en tal peligro, lloraba y solo deseaba que esto fuera otra pesadilla. Apreté mis ojos muy fuerte para intentar despertar pero no funcionó.

Nunca hubo un caballero de armadura plateada que viniera a salvarme, esas cosas solo pasaban en mis sueños y fui demasiado ingenua al creer que encontraría a ese hombre perfecto en el mundo real. Mi padre ya debe haber notado mi ausencia, debe estar desesperado buscándome por todo el palacio. No me quiero imaginar el castigo que recibiré cuando termine todo esto, si es que termina. Si es que estos hombres tienen piedad y me dejan con vida.

El viaje parecía interminable, cada segundo era una agonía y me convencía más de que toda esta pesadilla era real y no había manera de que pudiera salir de esta. Al fin pareció que llegamos a la guarida de Los Zorros, me bajaron y me amarraron de espalda a un árbol, sacaron el saco de mi cabeza, estábamos en un campamento en el medio del bosque, había al menos 10 bandidos bebiendo licor y celebrando alrededor de una fogata. Yo era el premio gordo de la noche, decían.

—Eres una putita con una cara muy delicada para ser sirvienta —dijo pasando su cuchillo por mis mejillas—, veamos qué escondes bajo ese gorro.

Quitó mi gorro liberando mis rizos negros, se acercó y los olió con deseo.

—También hueles muy rico para ser una sirvienta, me he cogido a muchas y su cabello siempre huele a sudor y a estofado de carne.

De repente Robert tomó un mechón de mi cabello y lo rebanó con su cuchillo.

—¡Oye Conrad ven a oler el cabello de esta puta! —gritó Robert.

El bandido se acercó hacia donde estaba y Robert le pasó el mechón. Conrad era el más joven del grupo, era un muchacho probablemente de mi edad, delgado y con cabello castaño corto, no pude distinguirlo debido a que era de noche, pero en contraste a Robert, él parecía un chico ordinario. En cambio Robert, quien era el líder de la banda, era un gordo de barba gruesa y brazos velludos.

—¿A qué te huele su cabello Conrad? —le preguntó cuando este aspiraba mi mechón.

—No lo sé... Como a perfume, quizás lavanda —respondió.

—¿Alguna vez has olido a una sirvienta que huelva a lavanda?

Conrad parecía pensativo, o inseguro de dar una respuesta.

—Pues puede que le haya robado algo de perfume a su ama.

—Esta putita está escondiendo algo y yo lo sé —dijo Robert acercándose a mi rostro, tenía su nariz casi rozando la mía y podía sentir el olor de su boca podrida, entonces bajó su vista a mi escote— ¿Qué tienes ahí zorrita?

Metió su mano entre mis pechos y descubrió que llevaba un collar.

—¡Mierda, la esmeralda! —pensé, olvidé quitarme la joya antes de colocarme el disfraz de sirvienta.

—¿Pero qué tenemos aquí?! —dijo Robert arrancando la cadena de mi cuello— ¡Una esmeralda!

Volteó a ver a Conrad con los ojos iluminados de codicia.

—O esta perra es una criada que le roba joyas y perfume a su señora para irse a fornicar por el pueblo, o en realidad tenemos un trozo de carne real en nuestras manos ¡Esto lo vamos a descubrir ahora! —gritó Robert cuando cortó el pañuelo que tenía en mi boca.

Estaba aterrada, Robert podría descubrir mi identidad en cualquier momento. Pero tuve una idea, si descubría que era la Princesa de Camelot, usaría eso a mi favor, los amenazaría de tal manera que tendrían que devolverme al palacio. Debía sacar todo el coraje que llevaba adentro.

—Estás en lo cierto, no soy una sirvienta —dije decidida—, soy la Princesa Elena de Camelot. Y ya mi padre estará personalmente buscándome por todo el reino, cuando dé con ustedes los mandará a la guillotina junto con todos sus familiares ¡Se los aseguro!

Robert soltó una carcajada, seguida por la risa de los demás bandidos. Y después me dio una bofetada.

—¡Calla niña estúpida! ¿Qué no sabes dónde estás? Este es el Bosque de la Oscuridad. Nadie viene jamás a este lugar porque está maldito... Ni siquiera tu papito el Rey va a venir a salvarte ¡Ahora eres nuestra! Y pediremos mucho dinero por tu rescate.

Se acercó a mi rostro, acarició sus mejillas con sus dedos gordos y grasientos.

—Me voy a divertir mucho contigo esta noche princesita —susurró a mi oído.

Con su cuchillo rasgó el escote de mi vestido dejando mis senos al aire, pasó la punta del filo por mis pezones, estaba asustada, tenía frío y el metal puso mis pezones duros y erizó mi piel. Bajé mi rostro, traté de contraer mi

cuerpo lo posible para que no pudiera tocarme.

—Por favor no me haga daño —rogué entre llantos— ¡Ayuda! ¡Auxilio! ¡Alguien que me ayude por favor. —grité, y Robert se reía y me dejaba seguir gritando como maniática.

—Nadie te va a oír Elena, en este bosque solo vivimos los monstruos —dijo entre risas.

Recorrió mi cuello lentamente con la punta afilada de su arma, dejando mis senos de nuevo expuestos. Empezó a lamerlos como un salvaje, sentía su barba y su bigote entre mis pechos y solo me producía asco. Luego se levantó y comenzó a estrujar el bulto que guardaba hinchado en sus pantalones por mi cara.

—¿Qué le harás a la chica Robert? —Preguntó Conrad.

—Solo la haré pasar un buen rato, no te preocupes después que acabe con ella será toda tuya.

—Deja a la princesa quieta, ya está pasándola muy mal.

—¿Tú crees que me importa cómo la este pasando esta zorra? Lo único que me importa es que se trague toda mi leche.

—¡No le harás nada a la princesa!

—¿Y quién me lo va a impedir? ¿Tú, pedazo de crío. —Levantó su puño para pegarle en la cara.

Conrad sostuvo el golpe con su mano y le devolvió un puñetazo en el estómago, todos los bandidos se acercaron y en vez de detener la pelea solo hacían ruidos de borrachos eufóricos. Los movimientos del chico eran rápidos comparados con los golpes de Robert, Conrad recibió un puñetazo en la mejilla, a lo que respondió con uno más fuerte que le rompió la nariz, Robert cayó al suelo y Conrad lo pateó varias veces en las costillas para dejarlo abatido.

—Levántate pedazo de mierda ¿O es que un golpe ha sido suficiente para acabarte? —decía mientras lo pateaba con fuerza —¡Levántate y pelea!

Dejó de patearlo para que se recompusiera, Robert trató de levantarse del suelo, mucha sangre corría por su boca, sus brazos temblaron y terminó tirado boca abajo. Los bandidos celebraron bañaron en vino a Conrad. En este grupo de malhechores no existía la lealtad, Conrad había vencido al líder convirtiéndose él en la nueva voz de mando. El Zorro Alfa lo llamaron mientras que Robert quedó tirado en el suelo y un bandido orinó sobre él. Conrad se me acercó con una manta para que me cubriera.

—No te preocupes Princesa mientras yo esté aquí nadie te pondrá un

dedo encima —me dijo y me arropó con la manta.

Se quedó parado frente al árbol custodiando de que ninguno de sus compañeros tratara de sobrepasarse conmigo, no podía creer que hubiera alguien honesto entre esta cuerda de salvajes, pero ¿Cuál sería mi destino ahora?

Conrad no sería tan tonto como para dejarme ir, eso haría que sus compañeros le dieran una paliza como la que él le acababa de dar a Robert. Pero si pedía un rescate por mí mi padre no lo pagaría, en cambio, ordenaría a todas las tropas a que me encontrasen, mi padre quemaría todo este bosque para encontrarme.

Por muy malos que eran estos Zorros, seguían siendo una simple banda de rateros, apenas la cosa se les pusiera apretada huirían como cucarachas, pero si atrapaban a Conrad, no tendrían piedad alguna como la que él tuvo conmigo ¿Pero qué acababa de pensar?

Conrad era otro bandido más, quizás su arremetida contra Robert fue una cuestión de celos y más nada, yo era un trofeo que él quería arrebatarme de las manos, no sabía si cuando todos se durmiesen él me haría lo mismo que me estaba haciendo Robert, o hasta algo peor.

Era muy difícil pensar con la cabeza fría en esta posición. Debía negociar con Conrad, parecía un poco más inteligente que el resto de sus compañeros de fechorías, y hasta podría estar enamorado u obsesionado conmigo. Si usaba mis encantos lo tendría bajo mi poder.

—Conrad —lo llamé, él volteó a mirarme —gracias por lo que has hecho por mí, estoy en deuda contigo.

—No ha sido nada —dijo serio.

—Te tengo una propuesta —dije, él se agachó y se acercó a mí—, tú eres más astuto que cualquiera de los otros zorros, por eso sé que te gustará escuchar mi proposición. Si me liberas, te doy mi palabra como la Princesa de Camelot que te daré el doble de lo que pidas por mi rescate, todo para ti, no tendrás que compartirlo con esta banda de animales.

Conrad me miró pensativo en silencio, parecía estar considerándolo. Entonces, una figura emergió de la noche en un caballo.

—¡Te ordeno que liberes a esa mujer!

Sir Arthur.

Desde que empecé a vivir en el bosque, tuve que resolverlo todo por mi cuenta con la ayuda de mis manos, mi espada, y las pocas herramientas que me había dejado Merlín. Si necesitaba algo tenía que caminar dos días enteros hasta el pueblo vecino de Austham. Pero pronto encontré mi retrato en todas las paredes del pueblo, ofrecían 1000 monedas a quien me encontrara vivo o muerto.

No importaba mi vida, sino que le entregaran la espada de Excalibur al rey. No podía volver a ese pueblo tampoco, estaba desterrado. Fueron muchas noches las que pasé hambriento pues lograba cazar nada, hasta pensé en tirar la espada de Excalibur al río o entregarme yo mismo al rey.

Pero una noche tuve un sueño revelador, estaba galopando en el bosque y a lo lejos vi a una mujer siendo maltratada por unas criaturas horribles. Me acerqué a salvarla para descubrir que era Elena, la princesa de Camelot, pero no era la niña que una vez me dio un beso en la mejilla sino una mujer de hermosas curvas.

Cuando desperté todo cobró sentido. Debía encontrar a Elena, no podía rendirme. Me enfrentaría al bosque, aprendería a cazar, a pescar y a sobrevivir y cuando el momento fuera oportuno volvería al reino de Camelot a reclamar su amor. Y así los años pasaron y cada día me volví más fuerte dentro del Bosque de la Oscuridad. Una tarde encontré a un caballo negro bebiendo agua de un río, era salvaje y rápido, pero lo pude domar y hacer mi corcel.

Si quería convertirme en rey algún día tenía que enfrentar todos los miedos del hombre común, por eso me propuse recorrer las colinas de noche con mi caballo, subí una de las más empinadas, desde donde podía ver todo el bosque. Desde la cima observé un campamento en un claro, era un grupo de hombres que celebraban frente a una fogata, muy ruidosos perturbando el silencio del bosque.

Cuando miré con más detalle pude ver a una dama atada a un árbol estaba medio desnuda, sus senos eran redondos y preciosos. Pero debía controlar mis instintos salvajes y ayudar a esa pobre mujer que estaba siendo torturada. De pronto escuché cómo gritaba pidiendo ayuda y me subí a mi corcel y cabalgué veloz hasta el campamento. Apuré a mi caballo, iba lo más rápido que pude, sabía que cada segundo era vital para esa mujer, si llegaba tarde ¿Quién sabe qué harían esos hombres con ella?

—¡Te ordeno que liberes a esa mujer! —le grité a el bandido.

Me bajé del caballo y le dí un puñetazo en la cara, todos los demás bandidos saltaron a mí con sus cuchillos, desenvainé mi espada hiriendo a varios, muchos salieron corriendo como cobardes pero a varios los dejé inconscientes en el suelo, y los amarré a todos en varios árboles.

Se trataba de la banda de Los Zorros, quienes llevaban tiempo sometiendo a los pobladores de Camelot, yo les estaba siguiendo los pasos desde que los vi un día tirando un cadáver al río. Eran hombres maliciosos pero se toparon con la justicia de parte de mi espada.

Cuando fui a desatar a la dama, reconocí de inmediato esos ojos azules, esos rizos negros, esa piel rosa y suave ¡Era Elena! No lo podía creer. Estaba en frente de la princesa, de la mujer que había visto aquella vez en mis sueños y que añoraba amar.

—¡Elena! ¿Eres tú? —le pregunté sorprendido. Ella se dejó caer en mis brazos llorando. Subí su rostro y limpié sus lágrimas.

Me miró como quien mira un rostro conocido pero no logra recordar su nombre.

—¿Arthur?

—Sí, soy yo. Tranquila, ya estás a salvo en mis brazos —le dije, me abrazó fuerte. A pesar de que la vida nos había cambiado mucho, ambos nos reconocimos al instante. Luego de saludarnos até a los bandidos en diferentes árboles.

—Me parece que esto le pertenece —le mostré la esmeralda que había hallado en manos de un bandido, luego se la coloqué en el cuello.

—¿Qué quieres que haga con ellos Princesa? —le pregunté, ella me miró decidida, con furia en sus ojos.

—Mátalos —dijo dándome la espalda para no ser testigo de la violencia.

Los dejé muy malheridos, si no morían desangrados serían comida de los lobos. Me acerqué a el más joven de ellos, el que me había dado más pelea parecía estar consciente.

—¡Tú! tú te has ganado mi misericordia —lo desaté y lo alcé por su camisa— quiero que seas agradecido y nunca vuelvas a delinquir. Y cuando pregunten en Camelot por tus amigos. Diles que Arthur acabó con ellos.

El chico se fue corriendo con una pierna coja por el bosque. Ayudé a subir a Elena a mi caballo y nos fuimos galopando de ese campamento de escorias. Ella apoyó su cabeza en mi espalda y rodeó mi estómago con sus brazos, pude sentir sus pechos descansar en mi espalda, la escuché sollozar

un poco mientras galopábamos.

—Elena, lamento que no podré llevarte a Camelot, el camino es demasiado largo y la noche es muy peligrosa en este bosque.

—Lo entiendo, gracias por rescatarme, no sé qué sería de mí si no hubieras llegado.

—No tienes nada que agradecerme Princesa, hice el deber de un hombre honesto. Pasaremos la noche en mi cueva, pero no te preocupes, me he encargado de convertirla en un hogar cálido y mañana partiremos a Camelot.

—¿Pero qué harás si te atrapan en el reino? Mi padre ha estado buscándote incansablemente desde el día que huiste con Excalibur.

—No lo sé Elena, pero no me importa. Sacrificaría mi vida por llevarte a salvo hasta el castillo.

Llegamos a la cueva en lo alto del bosque, encendí la hoguera y varias antorchas, había una mesa y varias sillas viejas de cuando Merlín vivía aquí, también muebles de madera con cojines de piel de mapache y plumas que yo mismo construí, tenía una cama de paja y hasta me las había arreglado para construir una bañera con los restos de una carreta que encontré en el bosque. Miré a Elena, parecía sorprendida por el lugar. Cubría sus pechos con una manta.

—¿Qué te parece mi pequeña morada?

—Es encantadora.

—Tengo aguja e hilo en alguna parte para reparar tu vestido ¿Sabes como coser?

—No, de esas cosas se encarga Nadine... Mi sirvienta —dijo apenada, como si se sintiera inútil por no saber ese oficio.

—No te preocupes, yo le pondré un parche y lo podrás usar de nuevo ¿Pero qué te parece si primero te das un baño?

—Por favor, me siento asqueada, lo único que quiero es borrar todo rastro de esos hombres de mi piel.

—Calentaré agua para ti.

Me quité la camisa porque estaba llena de sangre, solía andar sin mucha ropa en las noches calientes de verano. Pero no me percaté que Elena estaba ahí al frente de mí.

—Espero que no te importe verme sin camisa —reí, ella estaba sonrojada.

—Tranquilo, no pasa nada —dijo tapándose la boca en señal de vergüenza. Arreglé la bañera para ella con el agua tibia.

—Ya te puedes sumergir —ella me miró incómoda.

—¡Oh sí! Lo siento, te daré tu espacio —le dije, tomé el vestido y una aguja e hilo y salí de la cueva para que se bañara en paz.

No podía creerlo, Elena estaba adentro, tomando un baño en mi cueva, lavando su cabello y enjuagando sus piernas y senos. Estaba en tentación de entrar y meterme a la bañera con ella, para sentir su piel correr entre mis manos. Le dí varias puntadas al vestido y quedó como nuevo.

Pero todavía era demasiado pronto para entrar, seguro Elena todavía estaba disfrutando de su baño. Mi cuerpo se calentaba al pensar en las curvas de Elena cerca de mí, me acerqué a la puerta y encontré un orificio en la madera. Estaba mal espiarla, pero no lo podía evitar.

Entonces me asomé por el agujero y vi su silueta en el agua, su cabello mojado era largo y sedoso, sus curvas eran un paisaje perfecto que quería recorrer entero. Y sus pechos parecían estar hecho para que yo durmiera sobre ellos. Mi corazón latió rápido, el sudor corría por mi cara, sentía la sangre acumularse en mi pene, solo quería entrar y hacerle el amor a esta mujer tan hermosa con que siempre había soñado.

Princesa Elena.

El hombre a caballo de mis sueños era real. Todo era real. Había llegado para salvarme. Les dio una paliza a los bandidos sin mucho esfuerzo y me liberó. Cuando vi su rostro lo supe inmediatamente ¡Era Arthur! Ya no era un muchacho, tenía una barba oscura y el cabello castaño y largo.

Era mucho más alto que yo y sus brazos eran gruesos y su pecho amplio. Pero aunque se veía diferente, su alma era la misma. Yo tenía la capacidad de ver en el alma de Arthur y él en la mía, cuando nos vimos de nuevo fue un encuentro extra-corporal como dos almas que son una sola se unieran después de años separadas. Lo abracé, mi cuerpo se desvaneció entre sus brazos.

Dejó el destino de los bandidos a mis ordenes. En mi mente solo se repetían sus palabras cochinas, la lengua de Robert recorriendo mi piel, mis senos siendo lamidos por aquella bestia. Dos hombres peleándose a muerte por mí.

—Mátalos —le dije, les di la espalda y me alejé para no escucharlos gritar.

Los Zorros eran los responsables de todos los males de Camelot, ellos habían acabado con el pueblo de mi niñez, era tiempo de que recibieran su castigo. Subí al caballo de Arthur, nunca había cabalgado sin una silla de montar, me aferré a él para sentirme protegida. Me dijo que tendríamos que pasar la noche en su cueva.

Mi padre ya estaría muy preocupado por mí, pero confiaba en lo que decía Arthur, parecía conocer el bosque y sus peligros mejor que nadie, o quizás solo quería pasar más tiempo conmigo, no podía negar que yo también lo deseaba.

Desde que salí del castillo mi meta era dar con él así tuviera que recorrer hasta el último rincón del reino, pero el destino había cruzado nuestros caminos. En la cabaña hablaría con él, le contaría de mi vida y él de la suya aquí en lo salvaje. Seguro tendría muchas historias fascinantes.

Cuando abrió la puerta de su cueva encontré que el lugar era muy acogedor. Entonces de la nada se quitó la camisa. Sentí un calor recorrer mi cuerpo al verlo, el sudor corría por sus pectorales, su piel era oliva y brillante, tenía una marca de nacimiento rojiza en su pectoral derecho, su pecho era firme como una roca y no había rastro de vellos, tenía unos abdominales definidos y unos brazos de guerrero, como si fuera capaz de derribar un árbol con tan solo sus manos, su cuerpo parecía tan cómodo como para tenderme

en él y quedarme dormida entre sus brazos.

—Espero que no te importe verme sin camisa —me dijo sonrojado.

Por supuesto que no me importaba, podría verlo sin camisa toda la noche, quería abalanzarme a él y terminar de desnudarlo. El deseo corría por mi cuerpo erizando mi piel. Me dispuso su bañera para que me limpiara. Ansiaba quitarme la peste de Robert de mi cuerpo y así quizás también limpiar los recuerdos tan desagradables de mi mente. Debía desnudarme para entrar a la bañera, pero él seguía en frente de mí. No sabía si quería verme desnuda, estuve a punto de librarme de mi ropa a sus ojos cuando se apenó y salió de la cueva para reparar mi vestido

Mientras limpiaba mis muslos solo podía imaginar el cuerpo de Arthur sobre el mío, en sus labios encontrándose con los míos en miles de besos llenos de pasión y que esos mismos labios recorrieran todo mi cuerpo hasta encontrarse con mi feminidad, quería sentir el placer del que me habló Claire, quería darle mi virginidad, como un tesoro, a Arthur, mi salvador.

Terminé mi baño, Arthur me pasó el vestido remendado por el resquicio de la puerta, cuando estuve lista le avisé y entró, me vio como un bobo, como si me estuviera de nuevo por primera vez, el baño me dejó reluciente, ya no había sufrimiento en mi rostro. Le sonreí.

—¿Por qué? ¿Acaso huelo mal? —me preguntó y subió su axila para olerla, reí.

—Hueles... A hombre —pensé, en voz alta, él me miró sonrojado.

—Date vuelta —me dijo.

Voltee a ver a una pared donde casualmente había un trozo de espejo colgado, Arthur estaba desnudándose para entrar a la bañera, estaba de espaldas, lo vi quitarse el pantalón y ahí estaban sus dos nalgas, redondas y firmes como duraznos, solo me provocaba apretarlas. Luego de la ducha se secó con una manta y se quedó sin camisa, cosa que mis ojos agradecieron.

—¿Cómo te capturaron esos bandidos? —me preguntó, yo no podía decirle que salí del castillo a buscarlo por un sueño que tuve, sonaría demasiado ridículo.

—Fui a dar un paseo por el pueblo, hace mucho que no salía sola y no sabía que el lugar se había vuelto tan hostil.

—Sí, debes tener más cuidado la próxima. Seguro estarás hambrienta después de todo esto.

—Un poco...

—Tengo unas fresas frescas que recogí esta mañana.

Arthur se sentó sobre la piel de un oso frente a la chimenea con la cesta de fresas y me invitó a sentarme a su lado.

—¿Quieres probarlas? —me preguntó, asentí con la cabeza.

Puso una fresa en mis labios, la mordí lentamente sintiendo su dulce jugo. Lo miré a los ojos, pasé mi lengua por mis labios para atrapar los restos de la fruta. Arthur tragó grueso, parecía nervioso. Como si temiera del deseo que había entre nosotros. Aunque no quería ser yo la que diera el primer paso, ya no podía aguantarme las ganas de estar con él. Me recosté de su cuerpo y él me rodeó con su brazo.

—Quiero otra —le dije, él colocó otra fruta en mi boca que comí con placer. Podía sentir su corazón latir rápidamente, seguro yo era la primera mujer que tenía entre sus brazos.

—Tengo curiosidad acerca tu espada...

—Es una espada muy ligera y veloz, pero sigue siendo filosa y mortal.

—Yo no me refería a la espada de Excalibur Arthur —me miró confundido, bajé mi mano y palpé su bulto, estaba muy duro y cuando lo toqué lo sentí saltar.

Arthur me miró y me clavó un beso apasionado, sus labios eran suaves y carnosos, su lengua fue encontrándose con todas las dimensiones de mi boca, estaba excitándose con el sabor de su saliva. Me tendió en la piel del oso, yo rodee su cintura con mis piernas y la cesta de fresas se desparramó en el suelo.

Estábamos besándonos frente al fuego de la chimenea, lo que hacía todo aún más caliente. Besaba mi cuello mientras acariciaba mi cabello, yo pasaba mis manos por su gran espalda. Luego lo voltee, estaba ahora encima de él. Tomó mis nalgas y las apretó con fuerza, empecé a gemir.

—Desnúdame —le pedí.

Metió sus manos por debajo de mi vestido quitándomelo con delicadeza, sus manos eran tibias sobre mi piel. Al verme desnuda estaba deslumbrado.

—Eres... Hermosa... —dijo anonadado.

Sonrió, tomé sus manos y las subí hasta mis senos, él los acarició, yo me movía sobre su cadera y podía sentir su miembro erecto guardado en su pantalón. Se levanta, me alza y me toma de las nalgas, me besa y me acuesta sobre la mesa de madera. Lamió mi cuello hasta llegar a mis senos, los cuales saboreó con gran placer, lo escuché gruñir, traté de tocarlo pero tomó mis muñecas y las puso contra la madera.

—Quiero que solo disfrutes... Mi princesa.

Arthur fue bajando con su lengua por todo mi cuerpo, dándome besos y lamidas a las cuales yo solo respondía con gemidos, hasta que sus labios encontraron mi vulva humedecida, y la acogió con un beso de lengua. Voltee los ojos de placer. Mis muslos temblaban con cada lamida, sentía un cosquilleo frío recorriendo toda mi piel, abrió los pliegues de mi vulva con sus dedos para atrapar mi clítoris hinchado con su boca.

—¡Aaaah! ¡No te detengas! —le pedí, estaba retorciéndome de placer.

—¿Te gusta?

—¡Sí! —grité.

Hizo círculos con su lengua por todo mi sexo. Cada vez su lengua iba más profundo en mi vagina, después empezó a frotar mi clítoris con su lengua y con un dedo exploraba las paredes de mi vagina. Tomó una fresa que había en la mesa y la puso en mi boca para que probara su sabor ácido y dulces mientras él me llenaba de placer.

Arqueé la espalda, sentía electricidad por todo mi cuerpo, mis gemidos se aceleraron, cerré los ojos y el éxtasis me invadió. Solté un grito de placer cuando me corría por toda su boca. Quedé jadeando extasiada y sudada y Arthur se acercó y fue besando mi cuerpo hasta llegar a mi boca. Tomé su cuello con mis brazos y lo besé todavía agotada.

—Qué delicia... —me dijo entre besos—, tu vulva... Es deliciosa.

Me ayudó a levantarme de la mesa, todavía no estaba satisfecha, quería ese hombre entero dentro de mí. Lo besé, como él a mí, recorrí con mi lengua sus pezones y sus abdominales definidos, mientras él acariciaba mi cabello. Fui bajando hasta toparme con su pene, estaba completamente erecto bajo la tela de su pantalón, pasé mi cara por él.

Lo mojé con mi saliva a lo que él respondió con bufidos, podía sentir el sabor de su pene a través de la ropa. Cuando no pude más le bajé los pantalones, su miembro rebotó erecto, Era grande, venoso y parado como una flecha. No tenía vellos por lo que se sentía suave entre mis manos, lo empecé a masturbar y ya podía sentirlo humedecerse, seguí los consejos que me dio Claire antes de irse y recorrí su glande hinchada con mi lengua para luego aprisionarlo en mis labios.

Sabía salado pero delicioso, lo tragué hasta que rozó el fondo de mi garganta, escuché los jadeos de Arthur cuando movía su cabeza hacia atrás en señal de placer. Entonces empezó a mover sus caderas una y otra vez dentro y fuera de mi boca. Lo miré directo a los ojos mientras disfrutaba de su miembro palpitando en mi boca, él me miró, sacó su pene de mi boca y la

saliva y otros fluidos corrían por mis labios, sonrió y me dio un beso profundo.

Me puso en cuatro piernas, se arrodilló y siguió con su vaivén de caderas contra mi boca, pero ahora jugaba con mi vulva, introdujo dos dedos dentro de mí, los movía rápido para darme placer mientras yo se lo daba a él.

—Voy a correrme Princesa —dijo Arthur y sacó su pene de mi boca, temeroso a que me diera asco su semen.

—¡Ven aquí Arthur! Quiero probar tu leche tibia —le dije.

Tomé su miembro con mis labios y lo hundí hasta el fondo, lo escuché soltar un alarido como una bestia cuando su pene estalla dentro de mi garganta, tragué todo su semen y seguí chupándolo. Él apretó mis nalgas y jadeó rápido, mi boca prolongaba su placer. Cuando lo dejé ir todavía estaba erecto y daba pequeños brincos.

Me pasé la lengua por los labios, él subió mi mentón y me dio otro beso para tumbarse encima de mí. Nos acostamos abrazados encima de la alfombra de oso, él acariciaba mis nalgas con suavidad y a momentos pasaba sus dedos por mi vulva, yo le daba pequeños besos en el cuello y en el pecho.

—Arthur, no sé cómo pude pasar tanto tiempo lejos de ti...

—¿Pensaste en mí todo este tiempo? —me preguntó.

—Jamás olvidé tus ojos.

—Yo jamás olvidé ese beso en la mejilla que me diste esa tarde. Todos los días pensaba en ti, y mi meta era un día volver al reino para reclamar tu mano.

—Arthur, no quiero volver al reino, no quiero ir al castillo nunca más. Quiero vivir aquí contigo en el bosque.

—Princesa, el bosque es un sitio muy duro para ti, te prometo que volveré por ti y que viviremos juntos muy pronto. Mi destino es ser el Rey de Camelot y tú serás mi reina.

Sus ojos se iluminaban cuando hablaba de nuestro futuro juntos, yo suspiré ilusionada, deseaba perderme por siempre junto a él, no me importaba perder todas mis comodidades, el amor de Arthur lo compensaba todo, era lo más puro y hermoso que jamás había sentido. Entre mis piernas sentí su pene todavía erecto.

Empecé a jugar con sus bolas, eran grandes y suaves. Él se rió y frotó mis pezones, gemí, le dí una mirada pícara. Era hora de ir por todo. Bajé a su pene, lo comencé a masturbar al mismo tiempo que lamía sus testículos, él soltaba bufidos de placer. Hasta que se levantó y se abalanzó contra mí. Puso

mis piernas sobre sus hombros y acomodó su pene.

—¿Estás lista?

—Sí, lo quiero todo.

Me penetró lentamente, gemí, fue un poco doloroso al principio, pero él supo moverse con cuidado para que mi vagina se fuera adaptando a su miembro grueso, Lo sentía más cerca que nunca, con cada penetrada profunda él me besaba. Poco a poco fue acelerando el compás de sus caderas hasta que me embistió con desenfreno.

Su sudor corría por mi piel. Con cada embestida me sentía más cerca del placer máximo hasta que me corrí, Apreté su espalda con mis uñas cuando grité por el orgasmo. Luego sacó su pene y lo masturbó rápido para acabar por segunda vez sobre mi estómago. Me encantaba escucharlo hacer ruidos de placer. Tomó una manta que había en el suelo y me limpió, le gustaba cuidarme.

—¡Es hora de limpiarnos! —dijo, me cargó y me metió a la bañera.

Tomó el agua tibia en un recipiente y lo vertió en mi cabello, masajeó mi cuero cabelludo y mis hombros.

—Entra conmigo cariño —jalé su brazo.

Arthur se sentó en la bañera descansando su espalda sobre mis pechos, lo besé, lo llené de mimos y estrujé sus abdominales para limpiarlos, duramos un buen rato acariciándonos en el agua, hasta que mis dedos empezaron a arrugarse.

Traté de salirme pero Arthur tomó mi mano y me devolvió en la bañera, me sentó sobre su cadera y sentí su pene rozar mi vulva, moví mi cuerpo para encajar con su miembro, empecé a menearme sobre él a mi ritmo, iba rápido, él besaba mi cuello, yo me retorcí de placer, el agua chapoteaba por todos lados. Él también movía su cadera y los dos tomamos el mismo ritmo incesante hasta que llegamos al orgasmos al mismo tiempo. Nuestros gemidos se unieron en uno solo que seguro retumbó en todo el bosque.

Dormidos abrazados y desnudos el resto de la noche, nuestros cuerpos estaban agotados de tanto placer. Me sentía como en casa durmiendo sobre el pecho de Arthur escuchando su corazón latir.

—Despierta Princesa —susurró Arthur en mi oído— es hora de que vuelvas a Camelot.

Aún el sol no salía, Arthur me preparó el desayuno, eran huevos de codorniz hervidos con rábanos.

—¡Está delicioso! —dije, mientras comía su preparación.

—Gracias, Merlín me enseñó cómo hacer buenos platillos con muy poco. Come rápido princesa, debemos llegar al amanecer.

Cuando salimos de la cueva no pude evitar ponerme triste, pensar que esta podría ser la última vez que vería a Arthur en mucho tiempo, debíamos averiguar una manera de encontrarnos.

—¿Te volveré a ver?

—Tenlo por seguro Elena, nada nos volverá a separar.

—Pronto será mi cumpleaños, en dos semanas...

—¿Qué le podré regalar a una princesa que ya lo tiene todo?

—Me puedes regalar lo que ningún otro hombre puede... Amor puro.

Nos besamos, fue un beso profundo y alargado, como si fuera el último. Subí a su caballo, galopó rápido por el bosque, la luz era del azul pálido del amanecer, rodeamos todo el pueblo de Camelot para que nadie nos viera y me dejó varios metros detrás del castillo, me bajé de su caballo. No había tiempo para despedidas emotivas, el sol comenzaba a salir llenando el cielo de un color naranja.

—Adiós Arthur...

—Hasta pronto amor mío.

Y se fue en su veloz caballo hacia el bosque. Subí por la ventana de mi cuarto y entré, todo parecía normal en mi habitación, como si nadie hubiera entrado a buscarme, me quité el vestido de sirvienta y me puse una de mis batas para dormir, fui a la cama y cerré los ojos.

Solo veía el rostro de Arthur, solo sentía sus besos sobre mi piel, solo imaginaba mi cuerpo entre sus manos. Las piernas aún me temblaban, como me había dicho mi prima, de solo pensar en su pecho amplio, en sus abdominales de dios y en su pene, su vigoroso miembro entrando y saliendo de mi cuerpo. No pude quedarme dormida a pesar de lo cansada que estaba.

De repente, alguien tocó mi puerta. Estaba nerviosa, seguro era mi padre furioso, no había pensado en una excusa para justificar mi desaparición.

—Adelante —dije temerosa.

—¡Princesa! —dijo Nadine, como en un susurro gritado —Al fin apareces.

—Oh Nadine qué bueno que eres tú.

—¿Dónde se había metido?

—No sabes todo lo que me pasó ¿Y mi padre, todavía me está buscando?

—Su padre salió en un carruaje a Trivania un poco después de que usted

saliera a dar un paseo, volverá en dos días.

—¿Entonces nadie notó mi ausencia?

—No. Luego de que transcurría la tarde comencé a preocuparme por usted, pero pensé que seguro se había escabullido con algún caballero... Y que pasaría la noche fuera de casa. Por lo que a la hora de cenar dije que se sentía mal del estómago y no comería.

Entonces mi mayor preocupación se esfumó. Nadie había notado que me había perdido, por lo que no tendría que dar explicaciones ni recibir un castigo.

—¿Por qué supusiste eso Nadine? —dije apenada.

—¡Já! No tiene que disimular conmigo, yo no la voy a delatar, ya estaba acostumbrada a cubrir las aventuras de su prima la princesa Claire.

—Oh Nadine, si te contara todo lo que me pasó... Fueron tantas cosas en una sola noche que parece que hubiera vivido años.

Le relaté toda la historia a mi sirvienta, se sorprendió al escuchar que Los Zorros me secuestraron.

—Princesa, si le hubiera pasado algo peor sería mi culpa.

—Tú no tienes la culpa de nada, todo fue invención mía. Pero de todo lo malo salió algo bueno... Encontré el amor de mi vida.

—¿En el Bosque de la Oscuridad?

—Sí, ahí es donde vive Arthur. El de la espada de Excalibur —me miró sorprendida —, él fue quien me rescató de los bandidos y los fulminó. Luego me invitó a su casa.

—¿Dónde se ha ocultado todo este tiempo?

—En una cueva... Pero es un lugar muy acogedor, al que me encantaría volver.

—¿Y si su padre lo encuentra, qué hará?

—Arthur es un hombre tan fuerte, seguro derrotará a todos los caballeros con su espada.

Nadine era mi nueva confidente, había demostrado su lealtad al encubrirme anoche, sabía que guardaría el secreto de mi aventura con Arthur.

—Su cumpleaños se acerca ¿Ya tiene pensado qué hará?

—Lo único que quiero hacer es escaparme al bosque de nuevo para besar a Arthur toda la noche.

—Podría organizar una fiesta de máscaras, como lo hizo su prima Claire el año pasado.

—Es una excelente idea, y así Arthur podrá venir hasta el castillo y

nadie lo notará bajo un disfraz ¡Gracias Nadine, eres una genia!

—¿No cree que será muy arriesgado traer al enemigo de su padre hasta aquí?

—Mi padre estará bien ebrio desde temprano, sabes cómo se pone en las celebraciones... Además, en el riesgo está la emoción. Necesitaré tu ayuda Nadine, debes ir hasta el bosque a entregarle mi invitación.

—¿Yo sola?

—¡Por favor Nadine! Prometo recompensarte, Arthur ya aniquiló a Los Zorros, yo misma lo vi, ya no hay peligros en Camelot. A menos que tú creas en supersticiones.

—Está bien Princesa, la ayudaré... Pero quiero ser una invitada más en su fiesta, con máscara y con vestido y no una simple sirvienta.

—No te preocupes Nadine, esa noche todos nuestros sueños se harán realidad.

—Hay que poner manos a la obra, ya se acerca mi cumpleaños y tenemos que organizar un festín.

Aunque tenía que esperar el regreso de mi padre para su aprobación igual organizaría todo, para que cuando me viera tan entusiasmada no pudiera decirme que no. Le escribí una invitación personal a Arthur y ordené entregar invitaciones para toda la aristocracia de Camelot y los monarcas de los reinos vecinos, por supuesto invité a mi prima Claire y a su esposo el Príncipe de Trivania.

Contraté a las mejores modistas del reino para que me hicieran un vestido a mi medida, y uno para Nadine también, pero el Mío debía ser digno de una princesa, debía cautivar todas las miradas, ser el espectáculo de la noche. Lo pedí de tela azul marino con un armador y detalles de flores bordadas de color plateado. Mi antifaz era de encaje negro y estaba adherida a mi rostro, además llevaba una capa blanca para verme aún más imponente y misteriosa.

Serviría un banquete de 5 platos para mi cumpleaños, junto con un pastel por cada año que cumplía, habría más comida que gente y lo que sobrara lo repartiría entre los plebeyos el día siguiente. Un orquesta tocaría toda la noche canciones para que todos los invitados bailasen bajo el anonimato de las máscaras. Lo divertido de la noche es que nadie sabría quién era quién.

El día había llegado, mi padre me despertó cantando desde la ventana. Cuando me asomé, me había regalado 20 caballos blancos, eran hermosos.

Pero yo no necesitaba 20 caballos, con uno solo bastaba. En la sala de estar había una montaña de regalos de todo el mundo. Collares de joyas, aretes, vestidos, pasteles.

Hasta un retrato mío de tamaño gigante me regalaron. Pero no había rastro de nada de Arthur, él era el único que me importaba, esperaba que viniera esta noche, si no lo hacía no habría regalo que me pusiera feliz.

Salí en la carroza hacia el pueblo, en la catedral harían una misa en mi honor, la gente me tiraba flores cuando pasaba saludando por la ventana de la carroza, estaban felices de verme, ya no se veían asustados como cuando Los Zorros dominaban el pueblo, Camelot había vuelto a la paz gracias al valiente Arthur y quería que todo el mundo lo supiera y que fuera reconocido como se debía. Al caer la noche las carrozas comenzaron a llegar al palacio para la gran fiesta, yo los veía por la ventana mientras una modista me peinaba a mí y a Nadine y me ayudaba a colocarme el vestido.

—¿Está nerviosa Princesa?

—Por supuesto... ¿Tú crees que venga Nadine?

—No tengo idea Princesa, yo dejé la carta donde usted me indicó, debajo de la puerta de la cueva. Pero entienda que al venir hasta aquí él estaría arriesgando su vida.

—Lo sé Nadine, pero yo creo que él la arriesgaría por mí.

—Solo compartiste con él una noche, es una suposición acelerada.

—No lo es. Yo pude ver en su alma. Él me ama de verdad.

—El tiempo le dará la respuesta Princesa, por el momento lo mejor será que disfrute de su gran agasajo.

—Lo haré ¡Nos vamos a divertir como nunca! Podrás bailar con algún príncipe, serás de la realeza por esta noche... No te cohíbas en nada Nadine, esta es mi manera de agradecerte tu ayuda y tu amistad.

Sonrió, se veía radiante con su cabello rubio suelto y su vestido color turquesa, esa muy linda para ser una sirvienta pero detrás de la máscara podría ser otra princesa en la fiesta. Cuando bajé por las escaleras escuché los aplausos de la multitud, alababan mi vestido.

El heraldo prosiguió a presentar los invitados, uno por unos desfilaron, duques, marqueses, príncipes y princesas, reyes y reinas reverenciándose ante mí. Todos vinieron acorde a la mascarada con vistosos antifaces. Mi prima desfila un vestido color púrpura de la mano de su actual esposo. Nos sonreímos, ya quisiera contarle a ella sobre mi aventura. De repente las trompetas sonaron anunciando la llegada de un nuevo invitado. Dirigí mi

mirada hacia las puertas ¿Era Arthur quien había llegado?

—Démosle la bienvenida al Príncipe Christopher de Lataria y a su esposa la Princesa Jacqueline—Dijo un heraldo.

Me decepcioné, eran unos príncipes que ni siquiera conocía. Cerraron las puertas y comenzó el baile, Arthur no había asistido. Bailé un vals con mi padre sin mucho ánimo, todas las parejas se movían agradadamente, parecían disfrutar de la fiesta. Quizás fui demasiado egoísta al querer que Arthur viniera hasta al palacio.

—¿Me permite esta pieza con su hija, su majestad? —escuché que alguien preguntó a mi padre.

Ahora tendría que bailar con cuanto hombre quisiera tocar mis caderas por un rato, la idea me parecía detestable pero era mi deber como anfitriona bailar con cada invitado. Me despegué de mi padre y tomé la mano de aquel hombre, este puso su mano en mi cadera me apretó contra él.

Subí la vista, traté de detallarlo a través de su antifaz negro. Tenía el cabello castaño claro un poco largo, no tenía barba, era alto y llevaba un elegante traje negro, olía muy bien, como a cedros, pero tenía un olor particular que me parecía familiar.

—Te ves más radiante que nunca Elena —me susurró al oído.

¡Esa voz la conocía! Era la voz grave de Arthur, mi corazón se aceleró, debía guardar la compostura pero en verdad quería darle un gran beso y saltar en sus brazos.

—Feliz cumpleaños mi princesa.

—Gracias —le dije, para luego darle un sutil beso en la mejilla.

Arthur era un excelente bailarín, me tomó por la cintura con gran maestría y bailamos como si estuviéramos flotando por el salón, me dejé llevar por sus movimientos agradados, se veía tan elegante ahora. Con el cabello cortado, afeitado y arreglado, parecía todo un caballero. Luego nos tocó cambiar de parejas, él bailó con mi prima Claire y yo con su esposo el Príncipe August.

Era un chico muy refinado de piernas cortas, nada que ver con el tipo de hombre de mi prima. Vi que ella le hablaba a Arthur mientras bailaban, tenía miedo de que lo descubriera. Terminó el baile, era hora de la comida, brindamos a mi nombre antes de probar el banquete. Yo estaba sentada en la cabecera de la mesa y Arthur estaba perdido en alguna silla del largo mesón, pero su mirada me encontró, no apartó la vista de mí en toda la cena. Me sonreía de momentos, me sentía apenada. Sus ojos me decían cuánto me

deseaba.

La fiesta prosiguió con un espectáculo de bailarines y malabaristas circenses. Mientras todos aplaudían y los artistas hacían piruetas yo busqué la mirada de Arthur entre todos los antifaces, ahí estaba, aplaudiendo y viéndome con una sonrisa pícaro.

Mis ojos se lo decían todo, quería escaparme del castillo con él a un lugar más privado. Caminé y él me siguió hacia el laberinto hecho de arbustos donde podríamos estar solos. Entramos a la hierba, nos adentramos hasta un rincón del laberinto y le quité el antifaz a mi caballero misterioso.

—Arthur... Te extrañé demasiado —salté hacia él para besarlo.

—Mi princesa, tú también me hiciste mucha falta, no sabes cuánto... No pude dejar de pensar en ti ni por un segundo desde que nos separamos.

Me tomó por las caderas y nos abrazamos, no tardó en llenarme de besos y mimos.

—Te ves tan diferente Arthur ¿Cómo lograste conseguir esa ropa y que te cortaran el cabello?

—Cuando recibí tu invitación salí de inmediato al pueblo de Mirwetch, fue un viaje largo pero ahí nadie me conocía. Cambié algunas reliquias que me había dejado Merlín en la cueva y fui al barbero y al sastre. Quería lucir digno de ti —sonreí.

—Eres digno de mí de cualquier manera.

—Te traje un pequeño regalo.

Se arrodilló y sacó un pequeño cofre de su bolsillo. Mi corazón se detuvo. Sabía exactamente lo que haría y no lo podía creer.

—¿Quieres casarte conmigo Elena? —me preguntó, abrió el cofre y me mostró un anillo de oro con un diamante traslúcido.

—¡Sí! ¡Sí quiero casarme contigo mi Arthur! —tendí mi mano, él colocó el anillo en mi dedo y me besó.

—Te haré la mujer más feliz de todo Camelot, de todo el mundo, te lo prometo.

—Arthur ¿Cómo haremos que funcione? Tú no puedes volver a Camelot.

—Tendré que enfrentar a tu padre. Lo haré ahora mismo que estoy aquí.

—¡No! No arruines este día tan especial. Debemos hallar un modo de vernos.

—Ya encontraremos el camino Elena. El amor verdadero siempre lo encuentra.

—¿Me amas?

—Te amo más que a mi vida princesa... Quiero hacerte el amor Elena, quiero hacértelo todas las noches de mi vida.

—Quiero que me tomes como lo hiciste aquella noche.

Él se acercó a mí, subió mi mejilla y me dio un beso, yo quería más, quería que me devorara. Tomé su mano para salir del laberinto, entramos al castillo y todos reían y comían, el vino había emborrachado a todos los invitados, nadie notó mi presencia ni la de mi acompañante. Pude ver a mi padre tocándole las piernas a una doncella, a Nadine reírse sentada en las piernas de un Conde, Claire por otro lado coqueteaba con Sir Edward mientras que su esposo el Príncipe August conversaba con su chambelán.

—¡Vamos! Es nuestra oportunidad —le dije, llevándolo hasta mi recámara.

Entramos, no podía contener la emoción de tener a Arthur para mí sola de nuevo, me besó apasionadamente, estaba desesperado por quitarme el vestido.

—Aguarda, tienes que ayudarme a quitármelo con calma —se rió.

Desató mi corsé para luego sacar el vestido y ayudarme a quitar el armador. Era todo un proceso desnudarme, pero él se esforzaba para tratarme con cuidado. Cuando al fin me tuvo desnuda trató de quitarme la máscara.

—Déjala puesta —le pedí.

Estaba desnuda a la luz de la luna con nada más que mi máscara de encaje puesta, él me contemplaba como si estuviera viendo a una diosa, metió sus dedos entre mis rizos negros para acariciarme, yo desabroché su traje y besé su pecho, tomó mis senos entre sus manos, los besó y los llenó de mimos.

Me cargó y me tendió en la cama, yo sobé su bulto con mis pies, estaba bastante duro ya, se veía tan guapo con ese corte de cabello. Se tiró encima de mí para besarme el cuello, yo empecé a bajarle los pantalones con los pies, él se los quitó y quedamos los dos desnudos. Lo tomé por las nalgas, y lo pegué a mi cadera.

—¿Quieres que te penetre amor?

—Siempre.

Abrió mis piernas y metió su pene de un solo golpe, solté un grito placentero.

—Más fuerte —pedí. Me embistió de nuevo llegando al fondo de mi vagina— ¡Más!

Empezó a mover su cadera rápida y profundamente contra mí, llenándome de mucho placer, sudaba, gemía como loca y lo escuchaba a él estremecerse, su pecho sudado sobre el mío, se acostó encima de mí mientras me penetraba, estuvimos tan cerca que era como si fuéramos un mismo ser.

Me besó y sentí su pene derramarse dentro de mí. Pero no paraba de sacudirse hasta que me hizo alcanzar el orgasmo. Arañé su espalda y grité desenfadada. No me importaba que alguien me escuchara, el placer borraba todos los límites de mi vergüenza.

Fue un polvo fugaz pero delicioso, Descansé en el pecho de Arthur, él me acariciaba los senos y me hacía mimos.

—Se me ocurre una idea para vernos a escondidas —me dijo Arthur al oído.

—¿Qué día preferirías que te hiciera el amor?

—Todos los días mi vida.

—¡Jajaja! Pero elije un día a la semana, para hacerlo nuestro.

—El viernes.

—Perfecto, el viernes a las 7 de la tarde me esperarás en las ruinas de la muralla de Camelot, yo iré a buscarte en mi caballo, estaremos lejos de la vista de todos y te llevaré mi cueva para hacerte el amor hasta el amanecer.

—Me encanta la idea... ¿Pero luego de eso qué haremos?

—Luego contaremos 8 días a partir del sábado para volvernos a ver, en el mismo lugar, a la misma hora.

—¿Por qué tanto tiempo Arthur? No creo que resista estar sin ti.

—Tendrás que hacerlo Princesa. Será la única manera de no levantar sospechas.

—Haré lo que sea para amarte...

—Yo también Elena, yo también haré todo lo que tenga que hacer, así tenga que matar a tu padre para estar contigo.

Sus palabras retumbaron en mis oídos ¿Matar a mi padre? ¿Sería esa la única manera de que viviéramos felices Arthur y yo? Aunque amara mucho a Arthur no quería que mi padre muriera. Debía haber otra manera, tenía que convencer a mi padre que Arthur era un buen hombre, un caballero valiente y leal a Camelot. Era demasiado en qué pensar pero ahora solo quería disfrutar del momento con mi hombre.

Mis manos fueron bajando por su cuerpo hasta que tomé su pene dormido, era largo y flácido. Lo besé con ternura y empezó a hincharse lentamente, empecé a masturbarlo y a estimularlo con mi boca hasta que se

puso duro de nuevo, lo lamí e hice el sonido de una gatita, Arthur se rió.

—¿Quieres tu bocadillo gatita?

—Miau.

Se tiró hacia mi cara, se sostuvo del cabezal de la cama y empezó a mover rápido su cadera contra mi boca.

—¿Te gusta este bocadillo gatita? —asentí con la cabeza mientras le daba una buena felación.

Exploré sus nalgas con mis manos, eran tan firmes y excitantes, De repente Arthur se dio una vuelta y hundió su cara en mi vulva al mismo tiempo que metía su pene en mi boca, era una sobrecarga de placer sentir su miembro penetrando en los profundo de mi garganta al mismo tiempo que su lengua jugaba con mi clítoris. Me erizó toda la piel, estaba tan cerca del orgasmo.

—¡Voy a acabar bebé!— me dijo.

Y nos corrimos al mismo tiempo, él llenó mi garganta de semen y yo llené su boca con mis fluidos. Quedamos jadeando de placer. Se recostó a mi lado, nos estábamos besando un rato cuando alguien tocó la puerta.

—Elena, soy yo Claire.

No sabía si responder o guardar silencio y pretender que no estaba ahí.

—Elena, sé que estás ahí con Arthur. No soy tonta ¡Abre la puerta!

Abrí la puerta y le hablé por el resquicio.

—¿Qué quieres Claire?

—¡Están en aprietos! Alguien le ha contado a tu padre que Arthur vino como un invitado al palacio.

—¡¿Qué?! ¿Quién le habrá dicho eso?

—No lo sé Elena, lo importante es que debes escapar.

—¿Qué sucede Elena? —me preguntó Arthur desde la cama.

—Cariño, vístete rápido. Te han delatado, debes escapar antes de que mi padre te encuentre.

—No, estoy cansado de escapar, es hora de que le de fin a este problema.

—Arthur, estás en la casa de mi padre, ten un poco de sentido común.

—Lo siento Elena, pero no puedo seguir siendo un cobarde, sabías que este momento llegaría tarde o temprano.

Se levantó, volvió a vestirse y tomó su espada. Yo me coloqué una bata rápidamente, abrió la puerta y bajó al salón. Detrás todavía estaba Claire oyendo todo lo que habíamos hablado.

—¿Cómo te enteraste de que estaba con Arthur? —le pregunté.

—Pues desde que los vi bailando juntos noté las chispas, luego cuando conversé con él, era muy obvio que no se trataba de un aristócrata.

—Pero... ¿Qué te hizo pensar que era Arthur?

—Hice la suma querida prima, dos y dos son cuatro y yo no soy ninguna tonta. Pero no te preocupes, sabes que jamás te traicionaría.

—Debo hacer algo para evitar que mi padre lastime a Arthur.

—O que Arthur lastime a tu padre —dijo Claire con su típico acento irónico.

Sir Arthur.

Dejé a Elena en las afueras del palacio. Se veía hermosa pero a la vez tan triste. No quería dejarla, quería llevarla conmigo y escapar a el bosque o hacia un reino muy lejano donde pudiéramos amarnos sin ninguna restricción. Pero por ahora, debía ser sensato y dejarla a salvo en su hogar.

Cabalgué rápido de regreso a la cueva, creo que habré soltado una lágrima que la brisa se llevó. La princesa era lo único en lo que pensaba, día y noche. Me imaginaba besando sus senos, acariciando sus hermosas nalgas y haciéndola gritar de placer. De repente llegó una carta. Era su invitación a su cumpleaños.

Tomé unas viejas reliquias y salí a venderlas a Mirwetch. Fue un largo viaje pero al menos nadie me conocía ahí. Compré un traje y en una joyería vi un anillo, el regalo perfecto para Elena, una muestra de mi amor y mi compromiso con ella.

Esperé los días con ansias, solo deseaba volver a probar los dulces labios de mi princesa. Una tarde la imaginé entrando a mi cueva con un hermoso vestido, yo la desnudaba en cuestión de segundos para admirar las curvas de su cuerpo.

El deseo corría en mí, el recuerdo de su olor, de su vulva húmeda entre mi boca, de sus nalgas rebotando contra mi cuerpo, era demasiado deseo contenido y demasiada soledad. Me bajé los pantalones y sacudí mi pene erecto imaginando que tenía su boca hundida en mi miembro, imaginé que la penetraba lentamente, cerré los ojos y sentía su vagina estrecha palpitando con mi pene adentro. Acabé chorros de semen esa tarde.

La fecha había llegado, me coloqué el traje, tomé mi espada, pero me faltaba algo ¡El antifaz! Había olvidado lo más importante. Aunque me veía muy distinto a cuando saqué la espada de Excalibur, resaltaría entre la multitud si no cumplía con el código de vestimenta.

Entonces busqué en un baúl de Merlín, tenía que haber un antifaz de algún lado. Hasta que lo encontré, era rústico, de madera y tenía la pintura desgastada, pero serviría para pasar desapercibido entre los invitados y acercarme a mi princesa.

Llegué al palacio y mostré mi invitación, los guardias no vieron nada irregular y me dejaron pasar. La vi bajar las escaleras con su gran vestido azul y su máscara, se veía hermosa, más hermosa que en mis sueños.

Sin duda era la mujer más radiante de la fiesta. Cuando bailamos, tenía

que evitar las ganas de comerla a besos, pero tenerla conmigo, tan cerca, oler su cabello de nuevo era demasiado agradable. Nos tocó cambiar de pareja, bailé con una chica de cabello castaño y cara pecosa.

—¿Con quien tengo el placer de bailar? —me preguntó la chica.

—Es una fiesta de máscaras señorita, aquí las identidades no importan.

—Interesante... ¿Eres un príncipe o un duque? ¿O eres acaso un bandido?

—Un poco de cada cosa, pronto seré el Rey de Camelot —le dije al oído, ella se rió.

Terminó el baile, después del festín y de los espectáculos nos perdimos entre el jardín y me quitó la máscara, nos besamos y fue como besarla por primera vez, jamás me cansaría de su boca. Le di el anillo, le propuse que fuera mi esposa porque la amo con locura y quería que fuera mía para siempre.

Ya había cumplido una de las metas que me propuse, pedirle la mano a la mujer de mi vida, ahora tenía que cumplir la otra meta, esa por la cual había entrenado en secreto todos estos años. Convertirme en Rey de Camelot.

Hicimos el amor como salvajes, yo no podía contener las ganas de amarla. Comí de sus senos, comí de su vulva, comí de todo su cuerpo como si estuviera muriéndome de hambre. Me encantaba la manera en que jadeaba cuando mi pene chocaba con las paredes de su vagina. Y cuando arañaba mi espalda, era doloroso pero me excitaba aún más. Fue tanto el placer que me daba que no pude contenerme y me corrí adentro de ella.

Pero lo que más me gustaba de hacerle el amor a Elena, era tenerla en mis brazos después, haciéndole cariños y hablándole al oído, era mágico, su piel era tan suave, me encantaba acariciar sus pechos, pasar mi nariz por sus pezones y besarlos, explorar sus muslos y sus nalgas con mis manos.

Cuando le pasaba los dedos por su columna siempre sonreía y temblaba un poco, como si le diera un escalofrío, sentía una paz inigualable al estar con ella en esos momentos donde solo quería tratarla con dulzura para que descansara, para que recuperara energías y después seguir haciendo el amor de maneras diferentes.

Después de que lo hicimos por segunda vez alguien tocó la puerta para interrumpirnos. Era la chica con la que bailé hace rato, quien resultó ser la prima de Elena. El Rey Marcus ya sabía de mi presencia en su palacio, seguro alguien de Mirwetch me había reconocido y vino a buscar su recompensa.

Me vestí rápido y bajé a arreglar las cosas como un hombre. No tenía nada que esconder, no era un ladrón, solo tomé la espada de la piedra porque era el único que estaba destinado a hacerlo. Yo había protegido mejor el reino de lo que él lo había hecho.

Obsesionado tantos años con esa espada, había dejado que Los Zorros hicieran estragos en Camelot, hasta que acabé con ellos esa noche que salvé a Elena. Ella trató de calmarme para que no cometiera ninguna locura, pero ya estaba harto de vivir en las sombras. Era hora de terminar con todo esto.

—¡Aquí me tienes en persona Rey Marcus, soy Arthur Pollock hijo de Clarence Pollock y protegido del gran mago Merlín —desenvainé la espada de Excalibur.

—¿Cómo te has atrevido a aparecerte en mi casa, insolente? ¡Captúrenlo ahora mismo! —gritó el rey a sus caballeros.

—¡Padre! No puedes hacerle esto —dijo Elena bajando las escaleras.

—¿Elena? Por qué defiendes a este ladrón.

—Porque lo amo padre ¡Es el hombre de mi vida!

El Rey Marcus le dio una bofetada a Elena, la gente estaba conmocionada, yo no podía dejar que la maltratara frente a mis ojos, derribé a los caballeros para enfrentarme a él.

—¡No toque de nuevo a la princesa! —apreté mi puño, estaba a punto de darle un puñetazo en la cara al Rey.

—¡Arthur! Contrólate —gritó Elena.

Me calmé un poco, solo porque sabía que si golpeaba al Rey iría directo a la guillotina.

—Tú, maldito bandido, me entregarás la espada de Excalibur de una vez si no quieres que te mate.

—La espada le pertenece a quien fuera capaz de sacarla de la piedra. Ni usted ni ninguno de sus caballeros lo logró. Así que no tengo por qué entregársela.

—¿Acaso crees que serás Rey, crees que puedes venir a enamorar a mi hija para quitarme mi corona. Tú solo eres el hijo de un pobre herrero y jamás serás otra cosa que un ladrón.

—Pregúntele a su hija, o a cualquier persona. Claro, no a estas personas ricas y privilegiadas. Pregúntele a sus sirvientes, a la gente del pueblo de Camelot, quién fue el que terminó con los bandidos, los llamados Zorros ¡Díganselo compañeros! —señalé a los meseros de la fiesta y a las cocineras que se habían reunido en el salón junto con los invitados para observar la

pelea.

—Arhur... Sir Arthur... —comenzaron a rumorar.

—¿Eso es cierto Elena?

—Sí padre, él solo detuvo a todos Los Zorros con la espada de Excalibur. Es un buen hombre, no merece que lo castigues.

El Rey Marcus pareció entrar en razón gracias a las palabras de su hija, bajó la guardia y se acercó al público.

—Entonces declaro que Arthur Polock es bienvenido en el reino.

Todos aplaudieron y los sirvientes gritaron de la emoción. Yo salté hacia Elena, la tomé de la mano y la levanté, ella me abrazó muy fuerte, pude ver que estaba llorando. La besé en la frente. Ella me besó en la boca, su padre nos miró, no podía hacer nada contra el amor.

La tomé por la cintura y seguí besándola, ya no me importaba si su padre nos veía o no. Luego del altercado con el Rey, muchos invitados venían a saludarme, a darme la mano y felicitar me por mi valentía, otros me preguntaban por la espada Excalibur, yo la desenvainaba y demostraba su agilidad.

Elena me sacó de la multitud para presentarme formalmente a Claire y Nadine, su prima y su sirvienta, quienes también eran sus únicas amigas, ambas se veían hermosas pero ninguna más hermosa que mi Elena.

—Yo sé quien te delató —dijo Nadine susurrando —fue el Conde de Mirwetch.

—¿Cómo sabes eso? —preguntó Elena.

—Porque pasé toda la fiesta junto a él y me lo contó primero a mí, iba a decirte pero no te encontré en ningún lugar... Su sastre es el mismo al que Arthur le compró el traje.

—Maldito sastre. Pero todo pasa por una razón supongo, ahora ya no me tengo que esconder en el bosque y puedo estar con mi princesa a gusto ¡Mañana mismo me mudo a Camelot!

Abracé a Elena por la espalda y le di un pequeño beso en la boca.

—Por fin podremos ser felices— dijo Elena.

—Yo no estaría tan segura de eso. —dijo Claire—, no confíen en el Rey Marcus, si te ha aceptado en el reino es porque le gusta tener a sus enemigos más cerca. Mi consejo es que te mantengas de bajo perfil.

En ese momento el padre de Elena se acercó a nosotros junto con otros dos caballeros, las chicas se esparcieron para dejarme a solas con ellos. Me dio varias palmadas en la espalda y me tomó por el hombro. Tenía una

sonrisa de reptil y un insoportable tufo a licor.

—Querido Arthur, he hablado con el consejo real y hemos decidido nombrarte Caballero real de Camelot por haber colaborado con el exterminio de Los Zorros.

—Gracias señor, pero... —me interrumpió.

—La ceremonia se llevará a cabo pasado mañana en la catedral de Camelot. Te felicito muchacho, eres un hombre, valiente, solidario y decidido como los que necesita este reino —se acercó a mi oído y susurró— Puedes quedarte con la espada, pero jamás te quedarás con mi hija...

—¡Hurra por el Caballero Arthur!—dijo uno de los caballeros, interrumpiéndolo

—¡Hurra! —gritaron todos los invitados.

La fiesta estaba finalizando y los comensales regresaban a sus carrozas, muchos se despidieron de mí con cariño. Elena me tomó del brazo.

—Parece que todas las máscaras se cayeron esta noche.

—Yo creo que algunos simplemente se cambiaron de antifaz por uno menos aterrador.

—Ahora que serás caballero podré tenerte muy cerca de mí.

—Elena, no creo que tu padre me deje vivir en el palacio como a sus caballeros de confianza.

—Entonces ¿Nuestro plan secreto sigue en pie?

—Por supuesto. Apenas me asiente en Camelot te escribiré para que sepas mi dirección. Pero debes tener mucha discreción, ahora que tu padre sabe de nosotros será más severo contigo.

—No te preocupes estás hablando con la reina del engaño.

—¿Sí? La última vez terminaste descubierta en manos de unos bandidos —la tomé por las caderas, la acerqué a mí. Rocé su nariz con la mía y ella sonrió —, espero que seas tan buena engañando como lo eres haciendo el amor.

—He aprendido algunos trucos. Te sorprenderé...

* * * *

Fue extraño volver a Camelot y que la gente me reconociera y me saludara con cariño, ya me había acostumbrado a vivir bajo las sombras, todavía había algunos de mis retratos pegados por Camelot, donde se veía el

dibujo de un niño que ya no existía. Ahora era un caballero de Camelot y mi deber era proteger a la gente, y servir al Rey.

Pero yo haría las cosas a mi modo, el Rey Marcus y yo concordamos que sería más útil fuera del palacio, viviendo en el pueblo y cuidándolo desde adentro con mi caballo, encontré una pensión sencilla en la calle Emery.

Desperté y mientras cabalgaba por el pueblo solo pensaba que hoy sería el día de reencontrarme con Elena, esperaba que todo le saliera bien, recompensaría todo su riesgo con mucho cariño y placer. Antes de que terminara el día fui hasta el rosal para recoger algunas flores para mi princesa.

Llegué a la pensión en la tarde, estaba cansado porque tuve que ayudar a mover un árbol gigante que se había caído sobre una casa, tomé un baño, me rasuré y me puse un poco de colonia, tenía que estar presentable para Elena. Ya era de noche, mi princesa aún no aparecía, me estaba poniendo nervioso, había tratado de ser lo más cauteloso el día del juramento para que no nos descubrieran. Salí a la calle a ver si la veía por ahí, unos hombres jugaban a las cartas en una acera y vi a una chica pasar. Me le acerqué.

—¿Puedo ayudarte? Pareces perdida.

—Me desalojaron de mi casa por no pagar a tiempo, no tengo donde pasar la noche—me dijo la chica entre lágrimas.

Tenía el cabello rubio pero no podía detallarla bien porque era de noche y llevaba encima una capa.

—Puedes quedarte conmigo esta noche, no te preocupes, soy un caballero real, no te haré daño.

—Yo te conozco, eres Sir Arthur Pollock.

—Sí, ese soy yo... ¿Y tu nombre cual es?

—Marianne, Marianne Morrinson.

—Ven conmigo Marianne, yo te protegeré.

No sabía si Elena vendría porque ya habían pasado dos horas de la hora en que acordamos vernos, seguro su padre la había encerrado en su habitación o le habían asignado una institutriz que la vigilara, solo esperaba que estuviese bien, mañana mismo saldría al castillo con cualquier excusa para tratar de verla, mientras tanto, no podía dejar a esta chica en la calle.

—Oye Charles ¿No tienes una habitación libre para esta joven? Ponla a mi cuenta —pregunté al dueño de la pensión

—Lo siento Arthur, todo está lleno, pero no tengo problema en que se quede contigo.

Miré a la chica para ver si estaba cómoda con la idea, ella asintió con la cabeza. Nos dirigimos a mi habitación, ella seguía con la capa puesta todavía adentro del cuarto.

—Puedes quedarte en la cama, yo dormiré en una silla o donde sea.

La chica recorrió la habitación y se sentó al borde de la cama.

—Es una cama muy grande, podemos compartirla...

—No creo que eso sea correcto señorita.

—¿Por qué? Solo dormiremos... ¿O es que acaso tienes novia?

—Estoy comprometido de hecho.

—Pero yo no veo a ninguna mujer por aquí.

—Sí, es algo complicado.

—Tranquilo, no haré nada que no quieras.

Me acosté de espaldas a la mujer, su fragancia hechizaba mis sentidos, era una tentación estar durmiendo al lado de una mujer tan hermosa y no poder siquiera tocarla. De repente la mujer se levantó de la cama.

—Creo que está haciendo mucho calor aquí.

Se quitó toda la ropa de un tirón, quedando completamente desnuda como si nunca hubiera llevado nada abajo de su capa. Era preciosa, sus curvas eran perfectas, tenía unas caderas amplias y sus pechos se veían deliciosos.

No podía aguantar más, mi sangre vibraba por todo mi cuerpo, me levanté y me acerqué a Marianne, todo estaba muy oscuro, no había más luz que una vela en el cuarto, cuando detallé su rostro descubrí marcas de flores negras de encaje entre sus ojos. El mismo que usó Elena en su fiesta.

Me sorprendí, pero ahora todo tenía sentido, este cuerpo tan precioso no podía ser otro sino el de mi princesa. Elena se había convertido en una maestra del disfraz como me había prometido. Le seguiría el juego.

La besé apasionadamente y la puse contra la pared. Ella soltó un pequeño grito de susto por mi salvajismo... Si se suponía que esta chica no era mi princesa, podía hacer lo que quisiera con ella. Le lamí el cuello, la cargué más arriba hasta llevar mi boca hasta sus senos, mordí sus pezones, ella se estremeció y arrancó mi espalda.

Puse todo su peso sobre mis hombros, se tambaleaba hasta que encontró equilibrio, la estaba alzando y casi tocaba el techo con su cabeza, tenía toda su vulva para saborear como quisiera. Metí mi lengua ahí dentro, definitivamente era la dulce vulva de mi princesa. Moví mi lengua en círculos y la escuché gemir. Mordí los labios de su feminidad y ella golpeó la pared

por el dolor.

—Cálmate cariño, que despertarás a los vecinos.

—¡Aaah! —gimió —, lo siento.

La bajé de mis hombros y la puse de rodillas en el suelo, me quité la ropa, ella debía quitarme los pantalones. Lo hizo tímidamente, se sorprendió al ver mi pene erecto, lo tomó con cuidado, yo lo metí en su boca sin más, lo hundí hasta sentir que mi glande chocaba contra su garganta.

La tomé por la cabeza y la hundí en mi pene hasta que no podía respirar y tenía arcadas. Movía mi cadera rápido dentro de su boca. Elena era la mejor con sus labios, su lengua jugaba con mi glande y ratos la dejaba masturbarme mientras lamía mis testículos. Tenía ganas de acabarle en la cara pero me contuve, quería darle mucho placer a esta “Marianne”.

La puse sobre la cama en posición de perrito, sobé su nalga y le di una buena nalgada, soltó un grito. Le metí dos dedos en la boca y la nalguee de nuevo y de nuevo hasta que su culo se puso rojo, arqueaba la espalda pero no podía gritar, fui metiendo mis dedos en su vagina, luego se los daba a probar.

Me puse detrás de ella y abrí sus nalgas para descubrir su ano y su vulva, empecé a lamerle los labios y después fui subiendo con mi lengua hasta su ano. Ella gimió muy fuerte, tembló, y soltó una risa, le daba cosquillas que hiciera eso pero lo disfrutaba.

Metí mi pene en su vagina, ya estaba húmeda y lista para recibir mis embestidas, mientras la penetraba hasta el fondo metía un dedo en su ano, ella se estremecía de placer. Me movía rápido chocando con las paredes de su vagina, tenía que limpiarme el sudor de la cara a cada rato, ella apretaba sus músculos para aprisionar mi miembro.

El placer nubló mi vista, nuestras pieles se conectaron, todos los sentidos se agudizaron, sentía que el tiempo era eterno cuando estaba haciéndole el amor a esta chica, que podía ser tan salvaje como sumisa.

Cuando me di cuenta, estaba abajo de ella y los movimientos de sus caderas llevaban todo el control, su cabello era negro de nuevo, era Elena a la que le estaba haciendo el amor, pero una Elena más salvaje que rebotaba sin pensar sobre mi cuerpo, meneaba mi miembro dentro de su vagina, era incontrolable.

La sentí correrse sobre mí y su vagina disparó fluidos sobre mi estómago, pasé mis dedos por el líquido y lo probé, era algo amargo pero delicioso. Saqué mi pene de su vagina, lo puse entre sus tetas y empecé a balancearme, Elena, que tenía unos pechos grandes y hermosos los apretó

entre mi miembro y me corrí en ellos, algunas gotas cayeron en su mejilla. La limpié con mi camisa que estaba tirada.

—¿Quieres tomar un baño mi princesa?

—Solo si es contigo mi caballero.

Y como la primera vez que le hice el amor, terminamos en la bañera juntos, para luego acostarnos abrazados, a pesar de que la traté con dureza era solo porque sabía que lo disfrutaría, ahora la llenaba de besos y caricias como siempre. Quedamos despiertos dándonos amor hasta que el sol empezaba a asomarse en el horizonte.

—De verdad que me engañaste con esa peluca rubia, eres toda una actriz.

—Gracias, gracias... —dijo como una actriz de teatro— sabía que no podías resistirte a ayudar a una chica en apuros.

Sonrió, su sonrisa era tan radiante después que hacíamos el amor que sentía que no la merecía.

—Debo irme mi amor —dijo Elena.

—¿Cuándo te volveré a ver?

—El sábado siguiente.

—Te prometo que te tendré una sorpresa.

Elena se vistió con su disfraz de plebeya, se colocó su peluca rubia y abrió la puerta.

—Adiós mi Arthur...

La tomé por las caderas antes de que saliera y la besé. Fue un beso largo, pero yo deseaba que durara para siempre.

Princesa Elena.

Mi Arthur había sido tan valiente al defenderme frente a mi padre, se había ganado su respeto y el de todo Camelot, ahora sería juramentado como caballero. Vestí de rosa pálido para la ceremonia, estaba al lado de mi padre cuando este posó una espada sobre los hombros de Arthur para nombrarlo caballero, se veía tan guapo con su brillante armadura. Me guiñó un ojo justo después de dar el juramento. Yo solo deseaba que ya fuera viernes para que me hiciera suya. Luego de la ceremonia hubo un pequeño festejo donde sirvieron cordero y vino.

—Un brindis por Sir Arthur—dijo mi padre y todos chocamos nuestras copas.

Arthur pasó por mi silla y me dejó disimuladamente una nota en un pequeño papel. La leí, era la dirección de su nuevo hogar y además decía “te ves hermosa como siempre”. Lo miré y estaba hablando con otro caballero. Aunque ya todos sabían de lo nuestro se esforzaba en mantenerlo discreto.

Luego de su agasajo se retiró en su caballo, su trabajo era mantener las calles del pueblo seguras. No lo vería por aquí en el palacio, solo en las ceremonias reales. Pero lo vería cada 8 días como habíamos acordado, tenía que convencerlo de acortar el tiempo. No podía pasar tanto tiempo sin sus besos, sin sentir su cuerpo temblar dentro de mí.

El día había llegado, desde que desperté no podía contener la emoción, esperaba con ansias que el sol cayera para escaparme del castillo a los brazos de Arthur, tomé un largo baño en leche de vaca, exfolié mis piernas, toda mi piel con el líquido, era un secreto de belleza que todas las princesas hacían para sentirme más bellas y sedosas. Le conté de mi plan a Nadine, necesitaba de su colaboración para que todo funcionara.

—¿Y dónde está viviendo ahora? —me preguntó.

—En la calle Emery ¿Sabes cómo llegar ahí?

—¡Oh Elena! Dices conocer y amar el pueblo de Camelot pero de verdad no tienes idea. Es la calle donde está la herrería. Trata de no ser secuestrada de nuevo.

—¡Jajaja! Eres tan cruel Nadine.

—¿Qué harás para que no te reconozcan?

—Ya verás...

Me coloqué una capa sobre mi cuerpo desnudo, la cerré bien, practiqué

una manera diferente de caminar, más tosca, también practiqué un acento diferente al hablar, y el disfraz estaría completo con una peluca rubia de cabello natural. Era otra persona.

Estaba lista para adoptar mi identidad secreta, Marianne Morrison, y conquistar a Arthur. Bajé por la ventana de mi cuarto con la ayuda de Nadine, arreglarme me tardó más de lo que esperaba, pero lo mejor se hace esperar, pensé. Además, si llegaba tarde eso aumentaría el factor sorpresa.

Deambulé un rato por la calle al frente de la pensión donde vivía Arthur, estaba nerviosa, pero sabía que él saldría a buscarme en los alrededores, y así fue, lo vi caminando hacia mí y comencé con mi obra de teatro.

Era una chica que no tenía donde pasar la noche y que aceptaría la ayuda de un hombre generoso como él ¿Será que me había descubierto pero también continuaba actuando? No lo sabía, pero yo no me saldría de mi personaje, había algo tan excitante en jugar a ser otra mujer, podía darme la libertad de ser más atrevida o más inocente.

Arthur se sentía nervioso con mi presencia, podía notarlo en sus movimientos rígidos y en el tono de su voz. Lo convencí de que se acostara a mi lado, aunque me dio la espalda para evitar verme y caer en la tentación. Pero la tentación de serme infiel crecería cuando me desnudara frente a sus ojos. Dejé caer mi capa y bajo ella no había más nada que mi suave piel.

Arthur se acercó, me miró, ya me había reconocido. Me tomó y me hizo suya de una manera tan salvaje que parecía otro hombre el que me estaba haciendo el amor. Me hizo gritar y gemir de placer toda la noche.

Exploró zonas de mi cuerpo que no sabía que podían esconder tantas sensaciones. Perdí la cuenta de las veces que me corrí esa noche. Fue la mejor noche que había pasado con él. Ansiaba que la noche fuera eterna para hacer el amor una y otra vez con mi caballero, pero el sol comenzó a salir lo que significaba que debía volver al castillo.

Me despedí, abrí la puerta y cuando estaba a punto de salir, Arthur me tomó por las caderas y me besó. Desabotonó mi capa para dejarme desnuda una vez más. Cerró la puerta y me alzó hasta dejarme caer en la cama una vez más.

—Te tengo una sorpresa mi princesa.

Fue hasta el armario y volvió con un ramo de rosas, era un detalle tan tierno de su parte.

—Flores para la flor más hermosa de mi vida.

—Gracias cariño— las olí, aún estaban frescas y perfumadas.

Arthur tomó una y pasó sus pétalos por mis labios, para después besarme, luego acarició mis pezones con ella, después pasó su nariz entre mis pechos para apreciar el olor, la rosa se sentía muy agradable entre mi piel, estaba excitándome de nuevo.

—Arthur... Es tarde, tengo que regresar.

—No te preocupes cariño, todavía es temprano...— dijo mientras besaba mis pechos.

Sabía que no era temprano, podía ver la luz del sol asomándose por la ventana. Fue bajando con la rosa y la rozó en mi feminidad haciéndome cosquillar, para después darme un beso muy húmedo. Después abrió los labios de mi vulva para lamer mi clítoris, no sabía si dejarme llevar por la pasión o ponerle fin a esto porque me sentía en el paraíso y ya estaba muy excitada.

—¡Oh Arthur! —dije entre gemidos— déjame ir por favor.

Pero su lengua no se detenía, hacía círculos en mi clítoris cada vez más rápido. Metió un dedo en mi vagina y el pulgar en mi ano mientras lamía mi clítoris hinchado, era como si todo el placer que sentía, él también lo podía sentir. Sentí la electricidad recorriendo mis muslos y me corrí en su boca. Me besó y me puso de espaldas.

—¿Qué harás ahora?

—Te voy a dar por detrás amor mío.

Estaba asustada, no sabía si me dolería, metió su lengua entre mis nalgas para lamer mi ano, mi cuerpo todavía estaba temblando del orgasmo que acababa de tener, todo me palpitaba en mis adentros, estaba agotada por tantas embestidas que me había dado en toda la noche. Tampoco quería darle todo, debía dejar lo mejor para después y que así sus deseos crecieran.

—Lo siento Arthur, no te daré mi culo este día.

—¿Por qué amor, acaso no me lo he ganado?

Le sonreí y me dio una nalgada.

—Está bien querida, no haré nada que tú no quieras.

Le dí un pequeño beso a Arthur antes de salir. Se ofreció a acompañarme pero yo no quería generar más sospechas, así que lo dejé acostado sobre su cama, desnudo y con su miembro medio dormido, se veía tan guapo e imponente. Me puse de nuevo mi capa y salí de su cuarto hacia el castillo, me encontré con el casero que me vio con sonrisa pícaro.

—Hasta luego—le dije un poco apenada.

Ya había amanecido por completo, tenía que apurarme antes de que

notaran mi ausencia a la hora del desayuno. Me moví rápido entre las calles del pueblo hasta llegar a la parte trasera del castillo. Donde me esperaba Nadine desde la ventana de mi cuarto para ayudarme a subir.

—¡Nadine!—llamé y tiré una pequeña roca hacia mi cuarto.

Nadie salió... Algo andaba mal, seguí llamando por un rato pero al parecer ella no estaba en la habitación como habíamos acordado, comencé a trepar el muro, hasta que subí a la habitación para encontrar a mi padre ahí.

—¿Puedes explicarme donde estabas Elena?!—gritó.

—¿Elena? Yo no soy Elena—pensé que mi disfraz lo engañaría.

—Oh, si no eres Elena entonces... ¡Guardias! Llévense a esta intrusa.

Entraron los caballeros con lanzas en sus manos, estaba aterrada, mi engaño había llegado a su final.

—Padre, soy yo... Elena —me quité la peluca para revelar mi verdadera identidad.

Mi padre me tomó por el brazo y me tiró al suelo.

—¿Estabas con ese malnacido Arthur? ¡Dime la verdad!

—Sí padre, estaba con él—dije cabizbaja, mientras las lágrimas caían por mi cara.

—¿No fue suficiente para ti que le perdonara la vida y que lo dejara venir al reino? ¡Hasta lo nombré caballero! Tenías que ir hasta tu casa como una zorra escurridiza.

—¡Lo amo padre!

Me levantó del suelo.

—No me importa que lo ames. Tú jamás podrás estar con él. Ahora quítate esos trapos y ponte algo decente. Es hora del desayuno y todos están preguntando por ti.

Jaló de mi capa, traté de retenerla pero tiró de ella con más fuerza y me dejó desnuda. Los caballeros se sorprendieron, mi padre me miró con enojo y me dio una cachetada tan fuerte que me dejó tirada en el suelo. Me estaba humillando frente a todos los guardias y eso era lo que más me dolía.

—¡Yo no te crié, yo no te di todas las comodidades, todos los estudios, todos los lujos que me pediste para que fueras una ramera! Si quieres ser una ramera vivirás como tal. Llévenla al calabozo—ordenó.

—¡Perdóname padre! —me miró indiferente.

Alcancé mi capa y me la puse como pude. Los guardias me tomaron del brazo y me arrastraron, mientras yo lloraba y pedía misericordia.

—Ni te imaginas lo que le espera a tu noviecillo...—dijo un caballero

mientras me llevaba hasta el calabozo.

Me encerraron en una celda oscura y sucia, llena de goteras y charcos, podía ver a las cucarachas y a las ratas pasearse. Era un lugar frío y tenebroso, no dejaba de llorar y de pedir ayuda pero nadie me escuchaba aquí abajo. Estaba totalmente sola. Tenía que encontrar una manera de comunicarme con Arthur, temía lo peor. Mi padre lo enviaría a la inquisición por haberse acostado conmigo, moriría por mi culpa. Mi amor había sido una maldición para él.

De saber que esa sería la última noche que estaríamos juntos, le habría dado todo lo que me pidiera, pues se lo merecía, se había ganado mi corazón y mi cuerpo con su valentía y sus detalles.

Miré el diamante en mi anillo y recordé la noche en que me pidió matrimonio. Recordé cada uno de sus besos, sus caricias, sus promesas. Ahora todo estaba roto, como si alguien hubiera dejado caer una copa a mis pies y solo me cortara las manos al tratar de repararla.

Sir Arthur.

Pasé unas cuantas horas durmiendo después de que Elena se fue, me ponía muy duro pensar en su culo, tenía unas terribles ganas de probarlo, de penetrarla por detrás y hacerla gritar de placer.

Soñé que nos casábamos, huíamos en mi caballo hacia una pradera donde yo había construido una cabaña para nosotros y hacíamos el amor cuantas veces quisiéramos. Desperté, haría exactamente lo que vi en mi sueño. Buscaría la pradera más linda en los bosques de Camelot para construir nuestro nido de amor.

Tenía 8 días para terminar este trabajo, tendría que ponerme manos a la obra. Tendría que contratar algunos hombres que me ayudaran si quería terminar a tiempo. Si alguien me preguntaba por qué no estaba cuidando las calles del pueblo diría que estaba construyendo una casa para una chica que se había quedado sin hogar... Una casa para la misteriosa Marianne Morrison. Me levanté de la cama, salí de la pensión y saludé al casero.

—Buen día Charles ¿Cómo amaneciste?

—Muy bien Sir Arthur, pero no tan bien como usted ¡Tremendo revolcón le dio a esa chica anoche eh! Toda la pensión se enteró.

—¡Jajaja! Lo siento mucho. No volverá a pasar —dije apenado.

—Un anciano te está buscando desde hace rato, no quise molestarte porque pensé que esa chica te había dejado agotado.

—¿Un anciano, cómo se llamaba?

—No me dijo su nombre pero creo que todavía está en el umbral.

—Gracias Charles.

Caminé hasta el umbral para encontrar a alguien de mi pasado que pensé que nunca vería de nuevo.

—¡Merlín! Qué gusto verte.

—Arthur ¿Cómo has estado pequeño?

Lo abracé, mi maestro había vuelto al reino donde ya era bienvenido, fuimos hasta una taberna por una cerveza. Teníamos mucho que conversar. Lo puse al día acerca de todo lo que había pasado en este tiempo, le hablé de Elena, de Los Zorros y de cómo me enfrenté al Rey Marcus en la mascarada. Él me escuchó con atención, pero sin asombro, como si ya hubiera presenciado todo lo que le estaba contando.

—Me alegra mucho ver todo lo que has avanzado estos años Arthur.

Pero temo que tuve un presagio y no era uno bueno...

—¿A qué se refiere maestro?

—Hijo, es hora de que sepas la verdad. Si alguna vez no te conté lo que estoy a punto de contarte es porque no había llegado el momento indicado, pero ahora parece que el destino ha puesto todo en su lugar y es preciso que te sea revelado tu origen...—decía Merlín arrastrando cada palabra con su voz baja y envejecida —. Arthur, nuestro encuentro hace años no fue pura casualidad. Cuando llegaste esa tarde a mi cabaña yo ya sabía quién eras. Tú eres el verdadero Rey de Camelot.

—¿Qué quiere decir?

—Arthur, tú eres el hijo de los antiguos reyes, Martin y Charlotte de Camelot, tu madre murió unas horas después de que te concibió y te puso como nombre, Hector ¡Tú eres el heredero legítimo del trono! El Rey Marcus te secuestró cuando eras un recién nacido para dejarte tirado en una calle de Camelot, ahí fue donde tu padre te encontró.

—¿Cómo estás tan seguro de eso?

—Tienes la marca de la realeza ¡Es el lunar rojo de tu pecho!

Lo sabía, algo en mis adentros me decía que mi destino siempre había sido ser rey. Ahora iría tras el rey Marcus, ese desgraciado me condenó desde que nací, me quitó todo lo que tenía por su ambición.

Pero quizás de no haber sido así no sería la persona que soy ahora. Quizás ni siquiera me hubiera enamorado de Elena. No tenía sentido pensar en el pasado o en lo que pudo ser. Ahora debía enfrentarlo y reclamar lo que siempre me perteneció. La corona y mi princesa, Elena.

—¿Significa que Elena es mi prima?

—Sí, son primos lejanos.

—Pero la amo tanto...

—Arthur, cuando el amor es verdadero, no hay ley humana que lo detenga...

—Iré por el Rey Marcus ahora mismo.

—Debes tener cuidado muchacho, él ya te está buscando, quiere tu cabeza. Lo he visto en las runas.

Salí de la taberna y monté mi caballo hacia el castillo. Solo pensaba en Elena, derrotaría a su padre y por fin podríamos estar juntos como siempre lo habíamos querido. Apenas llegué al palacio los guardias me detuvieron con lanzas. Merlín tenía razón, me estaban buscando, me llevaron adentro con el Rey, estaba sentado en su trono rodeado de toda la corte real. A su lado

estaba Elena encadenada a una silla con una mordaza en la boca que no le permitía hablar.

—Al fin aparecer maldita rata—me dijo.

—¡Suelten a Elena!

—Mi hija debería ser lo que menos te angustie ahora... Ya que estás a punto de perder la cabeza, literalmente.

—¿De qué se me acusa?

—¡De haber ultrajado a mi hija!

—Pues yo tengo algo de qué acusarte. ¡Eres un secuestrador de infantes! Secuestraste al heredero de la corona cuando solo era un bebé y lo abandonaste para quedarte con la corona.

—¡Jajaja! ¿Qué clase de patrañas estás diciendo?

—Es la verdad ¡Yo soy ese hijo!

Me arranqué la camisa para dejar a la vista de la corte mi marca de nacimiento.

—Yo soy Hector, el hijo de Martin y Charlotte.

Todos me miraron sorprendidos. Los guardias me tomaron de los brazos para inmovilizarme. La Condesa Leah, quien era hermana de los difuntos reyes se acercó para examinarme. Una lágrima corrió de sus ojos cuando vio mi pecho.

—¡Hector... Eres tú!

Entonces la corte miró al Rey Marcus y lo comenzaron a interrogar.

—Liberen a Elena —ordenó la condesa.

Los guardias me dejaron libre y Elena saltó a abrazarme.

—¡Arthur! —dijo sollozando —te amo mi Arthur...

—Yo también te amo princesa.

—¡Esto no se queda así! —dijo Marcus —Tú quién ahora te dices llamar Hector ¡Te reto a un duelo!

—¡Marcus! Eres un criminal y no tienes honor para retar a nadie. Lo único que mereces es la guillotina —dijo la condesa.

—No Condesa Leah, yo acepto el duelo. Y como Rey de Camelot pido que respete mi decisión —me acerqué a Marcus —Te concederé el honor de pelear con un verdadero Rey.

—Cariño ¡Por favor no lo hagas! —dijo Elena.

—Lo siento Elena, es lo que tu padre quiere y es lo que tendrá. Un duelo mañana apenas el sol se asome.

Princesa Elena.

Los guardias me pusieron unos grilletes y un bozal y me devolvieron al palacio. Toda la corte estaba reunida, temía lo peor. Que ejecutaran a Arthur frente a mis ojos. Pero lo que ocurriría sería tan inverosímil que nunca lo hubiera imaginado ni en el sueño más alocado.

Arthur era el Rey legítimo de Camelot y mi padre un farsante, un criminal. Ahora lucharían en un duelo de espadas. Si Arthur perdía mi padre seguiría siendo el Rey, si ganaba, mi padre moriría en sus manos o en la guillotina. Aunque fuera la peor persona del mundo seguía siendo mi padre, no quería que muriese de esa manera.

Me instalé con Arthur en la habitación matrimonial del castillo, nos besamos mucho pero él no estaba concentrado en hacerme el amor, su vista se perdía en las esquinas de la habitación.

—Lo siento Elena, tengo demasiado en qué pensar —me dijo.

Me acosté sobre su pecho y me quedé dormida. Me despertaron unas trompetas muy ruidosas, era el sonido que anunciaba el duelo. Arthur ya no estaba en la habitación, seguro no había dormido en toda la noche. Me vestí de negro, Nadine entró en mi habitación y me abrazó. Fuimos juntas hasta la arena donde casi todo el pueblo estaba reunido en las gradas.

Mi padre salió a la arena, hubo un silencio espectral, como si todo el mundo lo detestara. Él todavía gozaba de una gran vigorosidad, cabalgaba todos los días y era un excelente espadachín. A decir verdad temía por Arthur, aunque era un hombre muy fuerte no tenía experiencia en los combates. Cuando salió a la arena todo el público se puso de pie para aplaudirlo.

—Les anuncio que hoy no usaré la espada de Excalibur —todos callaron incrédulos —los guerreros honorables deben pelear en la misma condición que su enemigo.

Cada uno se puso en su posición, el duelo terminaría cuando alguno se rindiera o cuando alguien recibiera un golpe mortal. Estaba temblando del miedo, mi tía, la condesa Leah me tomó de la mano, estaba tan nerviosa como yo. Un trombón sonó fuerte, anunciando el inicio del duelo.

Ambos empezaron cautelosamente analizando el movimiento del otro. Arthur dio la primera estocada que mi padre frenó con su espada. Este rozó su mejilla con el filo, el rostro de Arthur comenzó a sangrar. El combate fue intenso, Arthur no tenía tanta agilidad con una espada ordinaria y pesada,

necesitaba la ligereza y velocidad de la Excalibur para ganar esta batalla.

Mi padre lo estaba destrozando, él frenaba todas las estocadas con su escudo, hasta que lo perdió. Tenía heridas en los brazos y el rostro, la sangre corría por toda su cara, de repente cayó al suelo. Mi padre subió su espada para darle el golpe final.

—¡No! —grité. Salté a la arena y me interpose entre ambos.

—¡Quítate Elena! Este insolente debe morir de una vez.

El rostro de Arthur estaba rojo, las heridas estaban abiertas y sangrando. Me agaché, me eché a llorar a verlo tan derrotado.

—Te amo mi princesa. Gracias por hacerme tan feliz —acarició mi rostro.

Le di un beso en la mejilla, me llené los labios con su sangre, era el final. No había nada que pudiera hacer. Me levanté y volví a las gradas. Arthur se apoyó de su espada para ponerse de pie, lo hizo con dificultad. Mi padre no esperó a que se recuperara del todo y clavó su espada en un costado de su estómago atravesando su armadura.

Arthur lanzó un alarido de dolor, yo no pude sino llorar y gritar en seco. Mi padre clavó más su espada en el cuerpo de Arthur, este se paró firme en la tierra, el alarido se convertía en un grito de guerra. Tomó la espada de Marcus con sus manos, con toda su fuerza la sacó mientras él intentaba hundirla más. La tiró. Ambos habían quedado desarmados.

—Es hora de pelear de verdad Marcus —apretó su puño y volvió a gritar con todo su aliento.

Era una pelea a puño cerrado, Arthur golpeó su cara con furia hasta que lo derribó. Tomó su espada de nuevo y se acercó a él. Puso un pie sobre su pecho y posó la punta filosa sobre su cuello.

—¡Mátame! ¡Mátame de una vez maldito! Quítame la vida como me has quitado todo lo que pertenecía —gritó mi padre.

—¡Guardias, Llévenlo al calabozo!

Los caballeros siguieron sus órdenes y se llevaron a mi padre de los brazos mientras este maldecía. Arthur se retiró. La arena quedó vacía y llena de sangre. La gente celebraba, yo aún temblaba. Leah me abrazó, Nadine también. Bajé a ver a Arthur, estaba muy mal, tuvieron que llevarlo al médico inmediatamente, lo vendaron, cosieron sus heridas y le dieron hierbas.

—Todo terminó Elena. Ahora seremos felices —dijo Arthur acostado, acariciando mi mejilla.

—No puedo ser feliz sabiendo que mi padre es un villano.

—Tu padre pagará por sus crímenes, en vida. No podría matarlo sabiendo el sufrimiento que eso te traería.

Arthur era el hombre más noble de este reino. Le perdonó la vida a mi padre. Lo besé, su boca todavía sabía a sangre pero no me importó. Después de tantas tragedias era un nuevo comienzo para nuestro amor. Apenas se recuperó tuvimos nuestra boda y después fuimos coronados como Rey y Reina de Camelot. Todos los habitantes adoraban a Arthur, seríamos unos reyes justos y generosos con nuestro pueblo.

—Te amo mi reina. Gracias por darme la fuerza para ganar esa batalla.

Fue lo que me dijo en nuestra noche de bodas. Donde llenó nuestra cama con pétalos. Me besó con toda su ternura y pasión. Exploró cada centímetro de mi cuerpo como la primera vez que hicimos el amor en esa cueva. Le regalé todas mis cavidades esa noche, Me arrodillé, puse mi cabeza contra la cama y levanté mi cadera. Él acarició mis nalgas, las besó, las abrió para lamer mi orificio. Yo gemía, las cosquillas todavía me invadían, sentí sus dedos entrar con cuidado.

—¿Te gusta?

—Me encanta. Todo lo que me haces me fascina.

Su miembro erecto entró lentamente en mi culo. Primero dolió y me quejé un poco, Arthur acariciaba mi espalda a la vez que iba hundiendo su miembro hasta el fondo de mi recto, me fui dilatando poco a poco, el dolor se volvió placentero y sus caderas embistieron mis nalgas cada vez más rápido.

Abrió mis piernas y masajeó mi clítoris mientras me daba por detrás. Lo escuchaba jadear como una bestia, sentía un fuego recorrer toda mi piel con cada uno de sus movimientos. Una explosión de placer me invadió. Gemí tan fuerte como nunca, me corrí como una cascada para después sentir cómo el miembro de Arthur se derramaba en mis adentros.

Y cada noche fue tan mágica como esa. Arthur construyó una cabaña en el bosque donde nos escapábamos de los deberes de la corona. A veces él iba primero y me esperaba ahí, yo tocaba su puerta, o mejor dicho, Marianne Morrison tocaba su puerta, para ser el objeto de todos sus deseos, fantasías y perversiones.

Otras veces era yo quien lo esperaba de noche, desnuda sobre la alfombra de piel frente al calor chimenea, para que me hiciera el amor como él solo sabía hacerlo. En ese nido de amor podía ser su princesa, su esclava, su enmascarada.

Matrimonio de Fuego

Romance, Sexo y Fantasía con la Princesa y el Rey Medieval

I

Llamas en el reino

Ningún reinado es para siempre, y esto le quedó claro a la princesa Artemisa el día en que vio una gran porción del reino de su padre arder en llamas. Un pueblo enardecido, agotado, frustrado y con hambruna, había decidido demostrar su poderío y fiereza, revelándose contra el rey Bronn, quien había llevado a cabo un reinado terrible donde se había hecho con las riquezas más prominentes conocidas por el hombre, mientras su pueblo se revolcaba en el fango con los cerdos.

No era un hombre de dudas o temores, estaba dispuesto a afrontar las consecuencias de sus actos hasta el final, tomando represalias en contra de aquellos que tan siquiera se atrevieran a contradecir su palabra.

El poder cegó a Bronn, quien no conocía límites para su codicia y amor por el oro y las riquezas, una debilidad que, de algún modo, causaría su destrucción en algún punto de la historia.

Había dos realidades paralelas que se llevaban a cabo simultáneamente, en una, una mesa llena de los platillos más deliciosos que se pudieran probar en el reino, joyas, piedras preciosas y vestiduras refinadas.

Del otro lado de la moneda, encontramos a un pueblo completamente devastado por la necesidad y la desesperación, sus pobladores se habían vuelto unos contra otros, convirtiéndose en una batalla campal por la sobrevivencia.

Nunca habían tenido el valor de sublevarse en contra de Bronn, pero el apoyo de sus guerreros y guardias, había sido suficiente para poder derrocarlo aquella noche en la que, Artemisa descubriría el significado de la

desesperación.

Después de haber sido sacada de su cama en medio de la noche por una de las sirvientas que se había encargado de sus cuidados durante toda su vida, la chica había tenido que ser evacuada del castillo en unos pocos minutos.

—¿Qué está pasando. —Preguntó la confundida Artemisa.

—Es tu padre, está en peligro y me pidió que te protegiera.

—¿Él se encuentra bien?

—Hay una turba de gente intentando ingresar al castillo. Quieren la cabeza de tu padre. Y él no está dispuesto a huir como un cobarde.

A pesar de que las lágrimas de desesperación corrían por sus mejillas, Artemisa conocía perfectamente la personalidad de su padre, por lo que, sabía perfectamente que este no se rendía tan fácilmente ante una situación como esta.

Era un hombre imponente y aguerrido, quien había peleado en las batallas más duras de la historia. Esto le había dado la posibilidad de conquistar una gran cantidad de territorio, por lo que, comenzó a cegarse progresivamente con la gran cantidad de poder que manejaba.

Bronn había iniciado su reinado como uno de los hombres más bondadosos y comprensivos, proporcionándole acceso a todos hacia una vida de bonanza y riqueza.

Pero la avaricia y la codicia comenzaron a contaminar su mente de manera gradual, llevándolo hasta el punto de adueñarse de absolutamente todo en el pueblo. Viviendo completamente aislada de este mundo, Artemisa siempre pensó que todo en las calles era similar a como era en el castillo.

Estas eran las historias que le contaba su padre, y, había vivido los últimos ocho años de su vida encerrada completamente en el castillo sin tener acceso al exterior.

Cuando niña, corría por las calles del reino completamente feliz y libre, pero, a medida que las cosas se fueron poniendo más difíciles, Bronn tomó la determinación de que le proporcionaría absolutamente todo lo que necesitara sin necesidad de salir de allí.

Algunas de estas necesidades eran compensadas, pero Artemisa tenía un espíritu que estaba hambriento de libertad y conexión con la naturaleza, y a pesar de contar con un enorme jardín en los límites del castillo, esto no era suficiente para ella.

La tristeza y la depresión comenzaron a invadirla poco a poco, resultando en una leve depresión de la cual no había podido salir. Parecía

estar contagiada del descontento que se respiraba en las calles del reino, ya que, comenzó a sentir una gran aversión por su propio padre.

Fuertes discusiones se llevan a cabo en la gran sala donde generalmente se encontraba Bronn, dictando instrucciones y firmando acuerdos con otros reinos que generalmente prestaban su apoyo.

Aquella misma noche en la cual la chica había sido despertada de manera drástica para poder salvar su vida, había tenido una fuerte discusión con Bronn, asegurando que tarde o temprano violaría sus normas y abandonaría el castillo.

Esto, aunque parecía ser algo sencillo, pero estaba más cerca de la fantasía que la realidad, ya que, la gran seguridad que había instalado Bronn en el castillo, no permitiría jamás que la chica abandonara los límites de este edificio.

Mientras se desplaza por un corredor oscuro desconocido para ella, Artemisa pensaba únicamente en la posibilidad de no volver a ver a su padre con vida. El miedo que se podía leer en el rostro de Estella era evidente, y nunca había estado inmersa en una situación como esta.

—¿Hacia dónde vamos. —Preguntó Artemisa mientras iba tomada del brazo prácticamente arrastrada por Estella.

—Debemos refugiarnos en un lugar seguro.

—¿Qué es este pasillo? ¿A dónde lleva?

—Deja de hacer preguntas, niña. Pronto estaremos a salvo. Lamentablemente, tu padre no podrá acompañarnos. Deberás ser fuerte.

Las palabras de Estella se quedaron grabadas en la mente de la chica, quien sentía como la adrenalina corría por su cuerpo y su corazón latía de manera salvaje.

Sus pies descalzos avanzaban con torpeza en medio de la oscuridad, mientras la pequeña lámpara que llevaba en las manos Estella, les indicaba el camino hacia dónde seguir. Ambas parecían confundidas, y el sudor comenzó correr por la frente de ambas.

Se habían desplazado con mucha rapidez, y en medio de una situación llena de tensión y peligro, no había demasiado tiempo para las dudas. Era el momento de resolver la seguridad de Artemisa, quien era la princesa, y única hija de Bronn. Muchos hombres de confianza que habían formado este reino en compañía de Bronn, lo habían traicionado debido a la inconformidad existente con la forma de manejar la situación.

Se había convertido en un hombre egoísta, egocéntrico y violento, ya

que no le importaba cortar la cabeza de cualquiera en el pueblo si había un beneficio para él de por medio. Todos comenzaron a desconocerlo como rey, pero nadie se atrevía a levantar la voz.

Desde las mazmorras, comenzó a elevarse una pequeña voz que rápidamente hizo eco en el resto. Imbert, el principal aprendiz de Bronn, se había convertido en esa yesca que había encendido la llama que tenía al pueblo completamente convencido de que ese día harían caer al rey.

Bronn era conocido como “el rey de fuego”, un hombre admirable cuyo corazón y bondad ardía con mucha fuerza, pero con el tiempo, esa llama que lo caracterizaba comenzó a apagarse. La luz que iluminaba al reino, se convirtió en una oscuridad intensa, de la cual era casi imposible salir.

Muchos habían experimentado la misma frustración y habían muerto en la horca, decapitados o eran desterrados hacia el bosque de los leones. Todo el alrededor del reino estaba infestado de leones hambrientos, que eran alimentados con aquellos que mostraban signos de traición hacia el reinado de Bronn.

Todos los que vivían en los límites de aquel lugar, sabían perfectamente que no podían huir o abandonar este territorio, ya que, con facilidad, podrían ser atacados y despedazados por estos hambrientos animales.

Esto era algo completamente desconocido para la chica, quien, al llegar a una gran habitación completamente nueva para ella, comenzó hacer preguntas a Estella, quien no estaba autorizada del todo para brindarle respuestas.

—¿Qué es esta habitación? ¿Por qué no la conocía? ¿Qué está pasando?

—Has vivido en una realidad completamente falsa. Lamento decirte que tu padre te ha mentado durante muchos años.

—¿Qué dices? ¿Mentirme acerca de qué?

—No estoy completamente segura de cómo terminarán las cosas esta noche, Artemisa. Pero deberás estar preparada para lo peor. Tu padre ha hecho las cosas de una manera errada y quizás pague las consecuencias de esto.

Las lágrimas en los ojos de Estella eran un sinónimo de miedo, ya que, mientras revelaba esta información sabía que estaba traicionando completamente las instrucciones de Bronn.

Aunque lo respetaba y admiraba como su rey y amo, una parte de su corazón estaba convencida de que la mejor salida de aquella situación de hambruna y desesperación era a través del derrocamiento de este hombre.

Se había convertido en un sinónimo de desolación y caos en el reino, por lo que, todos parecían esperar ese momento en el cual, Bronn caería de manera súbita y pagara por sus consecuencias.

—Todas tus riquezas, lujos y comodidades están soportados sobre unas bases llenas de dolor y necesidad, ya que, el pueblo que una vez conociste ya ha desaparecido.

Artemisa escuchaba con atención las palabras de la sirvienta, ya que, comenzaba a atar cabos de las razones del por qué no le era permitido abandonar el castillo.

Se había convertido en una prisionera de su propio padre, pero este había aprendido a manipularla de manera eficaz para que no desarrollara una curiosidad extrema y rompiera los parámetros establecidos.

Aunque su corazón se había contaminado enormemente, Bronn tenía aún una debilidad bastante evidente, y esta la representaba Artemisa, quien era su única hija y heredera del reino.

Era la luz de sus ojos y la razón para seguir adelante cada día, y aunque hacía mucho daño, solía argumentar todas sus acciones al basarse en el hecho de que su hija lo necesitaba. Durante años, Artemisa preguntaba e indagaba en las razones del por qué no podía abandonar aquel castillo, y muchas teorías se tejieron alrededor de ella.

Se hablaba de la peste, de la inclemencia de los rayos solares que generaban enfermedades, amenazas de otros reinos y otras mentiras que eran inventadas únicamente por Bronn y todos debían seguir la corriente para que se mantuviera el engaño.

Para nadie era más doloroso mentirle a esta chica que para Estella, quien había cuidado de ella desde su nacimiento. La madre de Artemisa había muerto en el parto, por lo que, esta se había convertido prácticamente en la madre sustituta.

Aunque había tenido la intención de revelar toda la verdad en los últimos años, no era quién para pasar por encima de los mandatos del rey. Su vida corría peligro, y no sabía cuáles serían las consecuencias para Artemisa.

Este encierro la mantenía desesperada la mayoría del tiempo, y si Bronn incrementaba la intensidad de estas limitantes, posiblemente la chica viviría encerrada en una celda el resto de su existencia.

Bronn jamás imaginaría que todo aquel movimiento en su contra se había gestado en la mente de un joven guerrero que había crecido en aquel lugar como uno de los aprendices del rey. Algo que no podía negarse era la

maestría y destreza de este hombre con la espada.

Había luchado en muchas guerras y sus habilidades se habían incrementado enormemente, por lo que, no estaba dispuesto a abandonar el reino sin luchar. Pero había cometido un grave error, el rey Bronn había enseñado todos sus conocimientos a Imbert, un joven hijo de campesinos quien generalmente acudía a las muestras de los guardias, donde cientos de niños hacían acto de presencia para visualizar un gran desfile organizado anualmente por el rey.

Los guardias escogían a un niño aleatorio, con quien podían desarrollar un simulacro de combate y este era evaluado directamente por los ojos del rey. Si lograba pasar estas pruebas, era absorbido por la guardia real, convirtiéndose en uno de sus miembros después de cumplir con años de entrenamiento.

Imbert, quien admiraba a su mentor, entendía perfectamente cuál era la situación que atravesaban los pobladores de aquel reino, por lo que, había dejado atrás para siempre toda la lealtad que sentía por el rey, dirigiendo así esta rebelión que no tendría final hasta ver a Bronn finalmente derrocado y humillado, tal y como lo había hecho él con los pobladores de su propio reino.

Después de una ardua batalla entre los guardias de la rebelión y aquellos que aún creían en las palabras del rey, estos finalmente habían logrado adentrarse el castillo.

Quién era conocido como “el rey de fuego”, tuvo que ver con sus propios ojos como todo era destruido y comenzaba arder en llamas. Creían fervientemente que todo debía renacer desde las cenizas, ya que, el propio Bronn había sido quien había calcinado todas las esperanzas de los pobladores.

Aunque los superaban el número, Bronn siempre se mantuvo firme y luchó hasta su última gota de energía. Fue una gran sorpresa para él encontrarse directamente con los ojos de Imbert, quien, con espada en mano, decidió enfrentarlo.

—Has generado una gran decepción en mi corazón. Nunca pensé que tú serías capaz de hacer esto, Imbert. ¡Te maldigo!

—Este pueblo se encuentra maldito desde el día en que comenzaste a pensar solo en ti. Es hora de pagar las consecuencias.

—Siempre quisiste mi corona. Eres un gusano asqueroso y repulsivo. Yo mismo me encargaré de atravesarte con mi espada y hacerte pagar tu

traición.

El combate entre el rey y su protegido, dio inicio, desarrollándose por largos minutos que finalmente culminaron con una gran herida en el abdomen de Bronn.

—Solías llamarte rey y sentías que era superior a todos nosotros. En muchas oportunidades me lo dijiste. Pero mira, eres tan mortal como yo o cualquiera de nosotros.

Bronn se encontraba de rodillas intentando detener el flujo de sangre de la herida que le había sido infringida en el abdomen. Sabía perfectamente que iba a morir, por lo que, el miedo comenzó a invadirlo.

Todos los pobladores que habían logrado ingresar acompañando a la rebelión, veían con ojos de alegría como el causante de tanto dolor y hambruna había sido derrocado aquella noche gracias al ímpetu y valor de Imbert, quien había acabado con aquella amenaza de una vez por todas. La muerte de Bronn se tradujo como el inicio de una nueva era para el reino, la cual reposaría sobre los hombros del nuevo rey, Imbert.

La oscuridad que plagaba el reino dejó de existir en el preciso instante en el cual, Bronn cerró sus ojos y se desplomó de forma súbita sobre el suelo de su gran salón. Todos aplaudieron y gritaron eufóricos la muerte del rey, cargando en sus hombros al nuevo hombre que se encargaría de guiarlos por este nuevo camino lleno de incertidumbre y transformación.

El inicio de esta rebelión no tenía como objetivo convertir a Imbert en rey, ya que, este nunca se había sentido atraído por el poder y el dominio del que siempre le había hablado Bronn.

Pero su espíritu lo había convertido en el líder emergente en el que todos creían. Pero Imbert era un simple guerrero, no contaba con los conocimientos para ser un rey adecuado para sus pobladores, por lo que, necesitaba herramientas y conocimiento para poder hacer un buen trabajo.

Mientras unos celebran la caída de Bronn, Artemisa llora desconsoladamente al descubrir cada una de las verdades reveladas por Estella, quien no ha tenido ningún tipo de limitante al sincerarse absolutamente con la princesa.

El reino ha caído, la corona ha pasado a otras manos, y los pobladores saben perfectamente que mientras la heredera esté viva, hay una posibilidad de que el reinado de Imbert se vea anulado.

Artemisa no solo acaba de descubrir que el mundo es muy diferente a lo que ella creía, sino que se ha convertido en el objetivo de aquellos que

buscarán incansablemente erradicar cualquier existencia del linaje del rey Bronn.

II

Un secreto en el castillo

No podido pasar oculta toda su vida en aquella habitación, ya que, el hambre atacaría tarde o temprano y debería ir en busca de alimento para poder sobrevivir. Aunque Estella hacía lo posible por tratar de proporcionarle todos los alimentos que necesitaba, Artemisa no pasaría una vida en cautiverio intentando preservar su vida.

Aquellas cuatro paredes entre las cuales se encontraba encerrada, la estaban enloqueciendo, por lo que, cuando decidió explorar hacia las afueras de aquel lugar, se encontraría con alguien completamente diferente y con una forma distinta de hacer las cosas.

Mientras Estella intentaba aparentar que nada ocurría y que no conocía el paradero de Artemisa, la chica escapó de aquella habitación, desplazándose por túneles y pasillos cuyo destino desconocía completamente.

Su única intención era alejarse de aquella habitación que se había convertido en una especie de prisión, ya que, en caso de ser descubierta no tendría escapatoria. Cuando la luz del día golpeó sus ojos, la chica prácticamente quedó ciega, ya que, la oscuridad bajo la que se encontraba durante su encierro, había hecho que sus ojos se adaptaran perfectamente a la oscuridad.

Fue un absoluto error salir de aquel lugar y exponerse ante los rayos solares, ya que, al momento en que estos incidieron sobre sus retinas, prácticamente las quemaron de manera instantánea.

Un alarido de dolor, reveló la presencia de Artemisa en los jardines del castillo, donde casualmente, se encontraba muy cercano el rey Imbert. El nuevo rey se encontraba meditando por los jardines de aquel lugar, intentando encontrar respuestas acerca de la gran cantidad de preguntas que han surgido en aquella semana de reinado.

Ese territorio era codiciado por reyes de otras tierras, así que Imbert había adquirido la preparación de algunos hombres que solían ser consejeros de Bronn, había revisado las escrituras, pero en el corazón de Imbert no existía ese don necesario para poder ser rey.

Aunque el pueblo lo aclamaba con mucha euforia y confiaban plenamente en sus planes, este no contaba con la confianza necesaria para poder dirigir aquel reino de la misma manera en que lo habían hecho los

reyes posteriores.

El inicio del reinado de Bronn había sido un completo éxito, y este podría servir de referencia para poder seguir adelante y hacer las cosas de una manera similar. Algo sí estaba completamente claro, las cosas no podrían empeorar más de lo que ya estaban, ya que, Bronn había sumido a aquel pueblo en un estado bastante grave y deplorable.

Tomando esta posición de inicio, cualquier actividad, desarrollo o progreso que experimentara el reino era una ganancia para Imbert, quien, al escuchar aquellos gritos durante la mañana de aquel día, corrió rápidamente en ayuda de esta fémina.

Mientras los pobladores aseguraban que debían cazar a la princesa para poder eliminar el linaje existente de la dinastía de Bronn, para Imbert esto no era ningún problema ni prioridad.

Siempre había tenido una excelente relación con Artemisa, y jamás pasaría por su mente la idea de hacerle daño a esta joven chica de apenas 18 años de edad. Era muy hermosa, y contaba con la admiración de absoluta de todos los habitantes del castillo.

Su cabello rojizo, largo y ondulado parecía ganar más brillo con cada día, era suave y delgado, el cual lucía perfecto cuando el viento agitaba levemente sus ondas. En muchas oportunidades, la mirada de Imbert se había quedado perdida mientras visualizaba aquella hermosa chica en los jardines del castillo.

Pero, al ser uno de los hombres de confianza de Bronn, intentaba reprimir aquellos deseos increíbles que comenzaban a surgir en cada oportunidad que se encontraban juntos. Para Artemisa, este joven era simplemente inexistente, invisible e imperceptible, ya que, tenía terminantemente prohibido vincularse con la guardia real.

La princesa y los hombres del rey eran personas completamente diferentes que no debían mezclarse, y los estratos sociales estaban muy bien marcados. Imbert siempre tuvo en consideración la idea de que era un simple hijo de campesinos, por lo que, simplemente con pensar en relacionarse con esta chica, estaba cometiendo un absurdo.

Jamás, ni siquiera en sus mejores sueños, una chica como esta se fijaría en él, y ante esta premisa, Imbert simplemente reprimió constantemente el fuerte deseo que comenzaba a crecer en él hacía Artemisa.

Aunque escuchaba los mandatos de los habitantes del pueblo, quienes pedían la cabeza de la chica, este ignoraba completamente estas demandas, ya

que, jamás se le pasaría por la mente la idea de hacerle daño a esta joven.

Rogaba a los dioses que esta chica hubiese logrado escapar y se hubiese alejado cuanto pudiese de aquel reino y lograra salvar su vida. Si por casualidad, Artemisa aún se encontraba en el territorio y era encontrada por alguno de los aldeanos o guardias de la rebelión, fácilmente sería víctima de un ataque y no dudaría en asesinarla.

Era el objetivo a conseguir de cada uno de los habitantes de aquel lugar, quienes la habían convertido en una especie de trofeo sin precio. Solo el hecho de eliminar el linaje de Bronn, sería una ganancia, ya que, nadie más contaría con la sangre de este hombre que solo había llevado desgracia al reino.

Artemisa, adolorida por las quemaduras en sus ojos, llevó sus manos hacia sus párpados y los presionó con mucha fuerza. Abrió sus ojos para intentar ver, pero un gran círculo negro se encontraba frente a ella.

El desespero hizo que llorara descontroladamente y se retorciera del dolor, algo que había revelado su ubicación con mucha facilidad. Imbert, tras escuchar este escándalo, corrió rápidamente hacia la parte trasera de los jardines, justo en los arbustos, donde había una salida secreta de aquel sistema de túneles de escape que se habían construido para una situación como esta.

Cuando se encontró frente a aquel cabello rojizo y piel blanca completamente pálida, Imbert supo perfectamente que se encontraba frente a la chica de sus sueños. El rostro se encontraba cubierto, ya que, Artemisa se encontraba en el suelo retorciéndose sin decir más que improperios.

Imbert, sabiendo cuáles eran las consecuencias de ayudarla, dio un vistazo hacia los lados para asegurarse de que no había absolutamente más nadie en el lugar. Se acercó a la chica y dudó si debía hablarle o no. Prefirió guardar silencio, así que, colocó sus manos sobre el hombro de Artemisa, quien se exaltó enormemente.

—¿Quién está allí? No puedo ver...

Este comentario confundió enormemente a Imbert, quien no entendía qué era lo que ocurría. Utilizó esta deficiencia en Artemisa a su favor, ya que, al saber que la chica no podía ver quien la estaba ayudando, podría cuidarse las espaldas durante algún tiempo mientras esta sanaba, si es que lo hacía.

Acarició su cabello con mucha gentileza, lo que le generó cierta confianza a Artemisa, quien se calmó después de sacudirse un par de veces. Tomó la mano de la chica y revisó entre los arbustos la puerta de la cual

había salido.

Esto era completamente desconocido para Imbert, así que, caminó de regreso nuevamente y conoció estos túneles que llevaban nuevamente a la habitación de donde se había escapado la chica. Era una situación bastante particular para el nuevo rey, quien debía estudiar las consecuencias para determinar cuál era el provecho que podía sacarle a todo eso.

Esta no era cualquier chica, era la hija de un hombre que fue muy importante para él en su vida, ya que, le había dado la oportunidad de convertirse en alguien sin nada a cambio. Pero la manera tan errada en que había actuado Bronn, había obligado a Imbert a traicionarlo, y aunque no se sentía completamente orgulloso de esto, debía retribuirle el favor de alguna manera.

Imbert no era un hombre vengativo, violento o rencoroso, todo lo contrario, era gentil, amoroso y muy comprometido, por lo que, podría ser completamente condescendiente con la chica y perdonarle la vida a pesar de que todo el pueblo buscaba lo contrario.

A pesar de que Artemisa deseaba con todo su corazón ser libre, las condiciones en las cuales se encontraba no le permitían vagar indefensa por las calles del reino, por lo que, debía permitir que este hombre la ayudara sin ni siquiera saber quién era.

—¿A dónde me llevas? ¿Quién eres? ¿Por qué me ayudas. —Preguntaba Artemisa constantemente al no saber cuál sería su paradero.

En ese punto de aquella situación, para la chica era muchísimo más sencillo morir que seguir encerrada, y ahora con una deficiencia en su vista. No sabía cuánto tiempo duraría aquel mal, por lo que, solo tenía como único recurso orar a los dioses para que la sanaran pronto.

Para cuando volvieron a la habitación, ya Estella se había percatado de la ausencia de la princesa, sintiendo una gran desesperación al no saber cuál sería el paradero de esta chica.

—¡Artemisa! ¡Estás bien. —Exclamó Estella, ignorando completamente la presencia del nuevo rey de fuego.

Este había hecho una señal con su mano exhortándola a hacer silencio, ya que, no quería que la mujer lo expusiera como el hombre que se había encargado de salvarle la vida a la joven.

Era evidente que Estella experimentaba un terror increíble ante la posibilidad de enfrentar graves consecuencias por haber ayudado a esta joven en contra de la ley, pero, aun así, su principal prioridad seguía siendo el

bienestar de la chica.

Tomó de la mano a Artemisa, y la vio nuevamente hacia la habitación. Esto le regresó la confianza a la princesa, quien, al escuchar nuevamente la voz de Estella, supo perfectamente que estaría a salvo nuevamente. Tenía que volver nuevamente al encierro, y para Imbert, sería muchísimo más factible tenerla encerrada en aquel lugar hasta que pudiese decidir cuál era la opción correcta que debía tomar.

Todos confían ciegamente en el nuevo rey, por lo que, traicionar al pueblo, podría generar un nuevo motín donde la víctima principal sería él. Tenía que descubrir cuáles eran las ventajas de poder mantener a Artemisa con vida, pues esto le proporcionaría ciertos recursos adicionales puesto que, Artemisa podría darle ciertas indicaciones de cómo llevar el reino de una manera mucho más efectiva.

A pesar de que el reinado de su padre había sido un completo caos, la chica contaba con una educación incomparable, ya que, su padre había pagado los mejores maestros para proporcionarle una educación única en el reino.

Después de asegurarse de que todo estuviese bien, Estella e Imbert mantuvieron una conversación a las afueras de aquella habitación, donde determinaron las condiciones sobre las cuales trabajarían y se desempeñarían a partir de ese momento.

—Sé muy bien que traicioné sus mandatos, mi rey. Enfrentaré las consecuencias que sean necesarias, así sea con mi vida. Pero por favor, no le hagas daño a Artemisa.. —Dijo Estella.

—Nunca fue un mandato de mi parte buscar la cabeza de Artemisa. Es el pueblo el que se encuentra enardecido y lleno de ira en su contra. Sé perfectamente que ella no hecho nada malo.

—¿Entonces le perdonarás la vida?

—Tú te encargarás de mantenerla a salvo. Te proveeré de lo que necesites para su bienestar. Hay que iluminar este lugar. No estoy seguro de qué ocurrió con sus ojos, pero posiblemente el daño sea temporal.

Mientras el rey y la sirvienta se encontraban conversando a las afueras de aquella habitación, Artemisa se encontraba descansando, ya que, era completamente necesario que mantuviese sus ojos cerrados y reposara su agotado cuerpo.

Cada tarde durante los días siguientes, Imbert descendía de forma secreta hacia aquella habitación secreta que se había convertido en la prisión

de la princesa. A veces, ni siquiera sabía que el rey se encontraba frente a ella.

La ceguera que se había generado era bastante grave, y a pesar de que el líder de aquel reino había ordenado la iluminación de aquel lugar a Estella, aun no era digno de alguien como Artemisa.

La contemplaba mientras dormía y disfrutaba de la compañía de la hermosa princesa, quien no tenía la menor idea de que era el propio rey quien se encontraba subsidiando su sobrevivencia. Estella e Imbert se convirtieron en cómplices de aquella situación, ya que, nadie más podía enterarse de la existencia de estos túneles o de que la chica aun seguía con vida.

No era fácil para Imbert manejar una situación de tensión como esta, ya que, el más mínimo error podría ponerlo en evidencia ante los habitantes del reino. Aun muchos estaban convencidos de que la princesa se encontraba con vida en algún lugar y que había logrado escapar del reino. Otros estaban convencidos de que, si había logrado salir del reino, los leones y ya habrían cumplido con la labor de eliminarla.

Solo dos personas en el reino se preocupan por el bienestar de la princesa, quien después de un mes de descanso absoluto, había comenzado a presentar mejoría en sus ojos.

La vista era borrosa y difusa y no lograba enfocar con claridad los objetos, pero al menos podía desplazarse con un poco de autonomía y le daba un poco de esperanzas de que tarde o temprano podría valerse nuevamente por sí misma.

Una tarde, después de que el sol se ocultó, Imbert decidió hacerle una visita a la chica, quien generalmente llevaba una venda cuando este se encontraba en la sala. Este patrón había sido planificado con Estella, quien no cumplió con su labor aquel día. La vieja mujer había sufrido un drástico desgaste físico y mental en medio de aquella situación, sufriendo de un declive en su salud que la hizo caer en cama inevitablemente.

Las cosas estaban por cambiar rápidamente de panorama, ya que, cuando Imbert llegó a la habitación de Artemisa, se encontraría con sus ojos verdes descubiertos e intentando ponerse de pie.

No contaba con Estella para que la asistiera, por lo que, se vio obligado a acercarse e intentar ayudar a la joven con sus propias manos. Pero Artemisa pudo identificar una silueta diferente, no era Estella quien estaba allí, por lo que, se asustó tremendamente.

—¿Estella? ¿Eres tú?

—No, no soy quien esperas. —Dijo Imbert.

—¿Quién está allí. —Dijo Artemisa mientras retrocedía unos pasos.

Sus drásticos movimientos casi la hacen caer al suelo, así que Imbert tuvo que intervenir. Se mostró muy caballeroso y gentil con la chica, quien apenas y podía visualizar una silueta frente a ella. Las manos de Imbert rodearon el cuerpo de la chica y evitaron que cayera, un gesto que le permitió ganarse un poco de la confianza de la chica.

—¿Qué haces aquí? ¿Dónde está Estella?

—Al parecer su salud se esta deteriorando. No te preocupes, todo estará bien.

—Nadie debe saber que estoy aquí. —Dijo la chica.

—Absolutamente nadie lo sabe, más que Estella y yo.

Se veía el miedo en el rostro de la chica, pero no tenía mas alternativa que confiar en este caballero cuyo nombre aun desconocía.

—Siéntate, debes tomar las cosas con calma. No dejaré que nada malo te pase.

La serenidad en su tono de voz, hizo que la chica se calmara casi instantáneamente. Era el momento de enfrentar una realidad de la cual había estado huyendo y permanecía oculta. Artemisa estaba frente al ejecutor de su padre, pero también su salvador, ya que, de lo contrario, ya los pobladores habrían terminado con el trabajo desde el momento en que la encontró.

III

La alternativa del rey

—¿Casarnos? ¿Acaso te volviste loco. —Preguntó Artemisa al reaccionar ante una propuesta completamente demente por parte de Imbert.

—Todo el pueblo quiere tu cabeza. Quizá, la única salida sea presentarte como mi esposa.

—Esto tiene que ser una broma. Ni siquiera te conozco.

—Sabes muy bien quién soy, Artemisa. Fui la mano derecha de tu padre durante años. No hagas como que no me conoces.

El comentario dejó completamente desconcertada a Artemisa, quien había pasado la mayoría de su vida encerrada en una burbuja. Su padre le había prohibido rotundamente vincularse con otros sirvientes que no fuesen Estella, los guardias estaban completamente alejados de ella la mayoría del tiempo, y no importaba cuan cercano fuesen todos al rey, ninguno tenía permitido acercarse a la princesa.

Pero de alguna forma, siempre hubo miradas que se filtraron por parte de la chica hacia Imbert, pero su intención de mantenerse firme y no despertar demasiado la atención de este hombre, los mantuvo alejados por una barrera invisible que mantenía las relaciones completamente neutrales.

Imbert, siempre había sentido cierta atracción por esta chica, y a pesar de tener una diferencia de edad de 6 años, ahora con sus 24 años de edad, aún sentía un enorme deseo incontrolable por Artemisa.

—¿Qué dices? Es la primera vez que hablamos más de un par de minutos. Te agradezco que me hayas salvado la vida, pero eso no te da derecho a querer manipularme y controlarme.

—Te reto a que salgas de esta habitación y camines por los pasillos del castillo o caminarías del reino. Te aseguro que no durarás más de algunos minutos sin que te asesinen a pedradas.

—Lo que dices no puede ser cierto. Todos respetaban a mi padre, no entiendo por qué me odiarían a mí.

—¡Ya basta! Intentas vivir completamente engañada y no soy quién para extraerte de ese mundo fantasioso donde vives. La realidad es que para que puedas salir de aquí, necesitamos demostrar que estamos enamorados, será la única forma en que valoren tu vida.

Para Artemisa era sumamente difícil doblegarse y ceder antes los deseos

de Imbert, quien ante sus ojos parecía ser un oportunista que sólo estaba buscando la manera de aprovecharse de ella.

La situación estaba bastante complicada para la princesa, y sus opciones se están acabando. Después de recuperar la vista, había quedado bastante agradecida con este nuevo rey, quien periódicamente la visitaba y conversaba con ella sólo unos minutos, debido a que existía un gran rechazo por parte de la chica hacia este hombre.

Había traicionado a su padre, y gracias a este chico, todo se había vuelto un completo caos en el reino. Mientras para unos todo había mejorado y había comenzado a florecer nuevamente, para algunas personas como Artemisa, todo se ha convertido en un completo fracaso.

Un matrimonio por conveniencia sería beneficioso tanto para Imbert como para Artemisa, y de alguna forma, para el reino también, ya que, la figura de un matrimonio siempre resultaba mucho más confiable para ejercer un mandato.

La existencia de la figura femenina, sumaba madurez, calidez y comprensión al reinado, mientras que, los hombres podían corromperse fácilmente por el poder, como había pasado específicamente con Bronn.

—Esta sea mi oferta, permanecerá abierta hasta que pienses mejor las cosas y puedas entender que es lo mejor para todos. —Dijo Imbert antes de abandonar la habitación.

Después de dejarla completamente sola, Artemisa tendría la oportunidad de evaluar si realmente la propuesta de este chico, tenía validez. Era el nuevo rey, tenía poder, era respetado y admirado, pero la imagen de traidor no podía quitársele de la mente a la chica, ya que, había sido su propio padre quien había sido víctima mortal de la espada de Imbert. Un sentimiento de venganza crecía en el pecho Artemisa, quien había perdido toda posibilidad de volver al mundo que solía conocer en el pasado.

Ahora sólo podía contar con las opciones ofrecidas por Imbert, quien no parecía ser un hombre tan rastrero como para engañarla. Aún había algunas condiciones para discutir este extraño acuerdo que estaba presentando el rey.

Todo había surgido de manera improvisada y drástica, por lo que, aún había mucha desconfianza en el corazón de la joven princesa. Sólo tenía 18 años, y su cuerpo era casto y virgen, por lo que no podía ni siquiera pensar en la idea de entregarle su virginidad a este guerrero.

Su padre estaba convencido de que su hija se casaría con el príncipe de

algún reino aliado, y esto permitiría que las alianzas se hicieron mucho más efectivas y el poder incrementaría.

Terminar vinculada con un guardia real sería completamente desilusionador para la memoria de su padre, pero esto ya poco importaba. Pasó completamente sola el resto del día, dando vueltas en su cabeza a esta idea que se había incrustado en su mente como un parásito. No había dicho nada a Estella, ya que, al ver la forma en que esta se comportaba con el rey, sabía perfectamente que este hombre contaría con su apoyo.

Tras llegar la mañana y escuchar a lo lejos el canto de las aves que solían despertarla en la habitación que solía ocupar en sus días de princesa, decidió que la mejor opción debía ser tomada. No quería vivir encerrada el resto de su vida como una rata en la oscuridad del castillo, por lo que, en la próxima visita de Imbert, le solicitaría la posibilidad de discutir con más calma las condiciones de este matrimonio.

Una de las principales razones por las cuales sentía miedo, era entregarle su cuerpo a Imbert, quien debía respetarla totalmente y no le tocaría un solo cabello durante todo este proceso de farsa y montaje.

Esto quizá no resultaría tan atractivo para un hombre que podía tener a cualquier mujer a sus pies, ya que, Imbert era bastante apuesto y misterioso, lo que despertaba la atención de una gran cantidad de mujeres que suspiraban al verlo pasar en su caballo.

Estaban jugando con fuego, ya que, para Imbert una oportunidad de tener a su lado a la chica que siempre había deseado, pero no podía evitar sentirse mal ante la idea de que lo estaba haciendo por manipulación y no por estimular la voluntad de la chica.

No había ningún tipo de sentimiento, no había amor, no había ningún vínculo, simplemente un contrato. El boleto de salida de esta chica sería mantenerse bajo la sombra de Imbert, quien crecía cada día como un rey respetado que aseguraba el futuro de este reino.

Absolutamente nadie sería capaz de oponerse a la voluntad de Imbert, quien podía tomar la decisión que deseara sin consultárselo a absolutamente nadie. Muchos verían con mal ojo el hecho de que se relacionara con la hija del difunto Bronn, pero todos conocían el vínculo existente entre el guerrero y el antiguo rey.

Si había alguien en el reino que podía haber desarrollado cierto vínculo o nexos con esta chica era él, debido a la cercanía que tenía a la familia. Pero esto nunca pudo ocurrir debido a las limitantes establecidas por Bronn, quien

veía a su hija como una pieza de diamante intocable.

Desesperada por hablar con Imbert, la chica no veía el momento en que llegaría este rey a su habitación, sintiendo como si las horas pasaran de una forma muy lenta, mientras ella se encontraba encerrada en la oscura habitación.

Su corazón le gritaba que se acercaba la hora de poder disfrutar de la libertad otra vez, aunque tuviese que adaptarse a duras condiciones para las cuales no estaba preparada. Nunca antes se había visto en una situación similar, ya que, su padre se había encargado de protegerla y evitar que esta estuviese sometida a preocupaciones y estrés.

Le había hecho un grave daño, ya que, había dejado que desarrollara un concepto errado del mundo que la rodeaba. Mientras Bronn destruía absolutamente todo lo que sus pobladores tenían, la chica disfrutaba de deliciosos platillos, los mejores vestidos y riquezas ilimitadas.

Mientras cepillaba su cabello, la chica escuchó los pasos de las botas militares que solía utilizar Imbert. Estas pisadas se acercaban y se hacían mucho más intensas cada vez, por lo que, supo perfectamente que la visita que tanto había estado esperando había llegado.

—¿Has tenido tiempo suficiente para pensar. — Pregunto Imbert después de saludar a la chica con un suave apretón de mano y un beso sobre la superficie de la misma.

—Creo que he tomado una decisión. Espero que sea la correcta. —Dijo la chica con cierta vergüenza y caminando directamente hacia él.

—Este plan no sólo me beneficiará a mí, ambos contamos con ventajas al unirnos, Artemisa. —Dijo Imbert, estando solo a unos cuantos centímetros del rostro de la chica

Estando tan cerca, Artemisa sintió algo sin precedentes, ya que, la imponente y masculinidad que irradiaba este hombre, la intimidaba y la hacían sucumbir ante cualquier deseo que este mostrara.

—Eres una chica joven y hermosa, el mundo espera por ti. Lo último que quiero es que alguien te haga daño. Siempre estarás a mi lado y te prometo que pronto serás libre plenamente como tanto lo deseas.

Al parecer, Imbert tenía planes definidos de todo lo que iba pasar después de que finalmente, Artemisa fuese liberada. Pero ante la imposibilidad de controlar el desarrollo de los acontecimientos, no quería revelar absolutamente nada de la información que tenía.

Era una manera de cuidarse las espaldas ante la posibilidad de que se

filtrara información y todo su andamiaje para el futuro se viera afectado desde la base y se desplomara súbitamente.

—Es completamente absurdo que tomemos una decisión tan drástica como casarnos de un momento a otro. Absolutamente nadie lo creerá. —Dijo Artemisa.

—Las personas del reino creerán cualquier cosa que yo diga. Mi palabra es el credo del reino.

Esto dio algo de confianza a Artemisa, pero ni siquiera el mismo Imbert podía darle completa fidelidad a sus palabras. Se trataba de un proceso de aceptación bastante complicado por parte de los pobladores del reino, quienes visualizaban cualquier residuo del linaje de Bronn como un sinónimo de devastación que los llevaría por el mismo camino.

Existían muchos puntos en contra que no se podían ignorar, y para que todo tuviese éxito, debían hacerlo de manera casual. Imbert no podía exhibirse como un hombre que había protegido a esta chica durante todo este tiempo, ya que, con mucha facilidad lo tacharían de traidor.

Con mucha razón los pobladores podrían sublevarse y castigar al joven rey por haber mentido acerca de la ubicación de la princesa, por lo que solo existía una alternativa y era bastante arriesgada.

Artemisa debía ser liberada y rescatada posteriormente por el propio rey, quien podría sembrar sus semillas de perdón y piedad en los pobladores, algo que parecía haber sido olvidado durante el mandato de Bronn. El hambre y la desesperación durante todo ese tiempo habían convertido prácticamente en salvajes a todos, quienes no podían razonar con el estómago vacío.

—Te liberaré durante las horas de la noche. Deberás caminar hacia los límites del reino, pero tendrás cuidado de no abandonar nuestro territorio, recuerda que hay peligros desconocidos más allá de las fronteras.

—Esto no tiene ningún sentido. ¿Acaso quieres que me maten los leones? No estoy dispuesta acceder a esto.

—Dejaremos que el éxito de este plan repose en las manos del destino. Quisiera que todo fuese mucho más sencillo, pero así deben ser las cosas.

Imbert dejó habitación y despertó expectativa en Artemisa, existía una gran posibilidad de que todo saliera mal y quién pagará las consecuencias más graves fuese la princesa. Las horas avanzan lentamente, el momento de abandonar su habitación está muy cerca.

Seguía pensando en que la idea de Imbert era una locura, ya que, debía ir a los límites del reino sin ser vista. Imbert activaría las alarmas del reino,

anunciando una irregularidad, siendo él mismo quien iría en la búsqueda de la chica para poder devolverle la libertad.

Su intención nunca fue arrebatarse el trono del rey, quien, en medio de su orgullo no había cedido en medio de la batalla. La intención de Imbert era regresarle a la chica la posibilidad de poder recuperar absolutamente todas sus pertenencias, ya que, el principal objetivo de Imbert no era quedarse con absolutamente nada, si no, beneficiar al pueblo y proporcionarles lo que merecían.

Cuando la oscuridad se adueñó del reino, la visita de Imbert fue la señal para poder anunciar el inicio de aquel plan que, aunque era arriesgado, podría tener muy buenos resultados y volver a colocar a Artemisa al mando de aquel reino.

—Ya es hora. Que los dioses te acompañen. —Dijo Imbert mientras despedía a la chica.

Artemisa corrió tan fuerte como pudo hacia el horizonte, sin saber en qué momento debía detenerse. Imbert subió al punto más alto del castillo y la divisó hasta que esta prácticamente se desapareció ante su vista. Era un reino enorme, por lo que, con facilidad la chica se perdería.

No establecieron normas y reglas durante la búsqueda, todo sería completamente aleatorio. Artemisa sabía que corría el riesgo de ser encontrada por algunas hordas de asesinos, pero prefería esto antes de morir encerrada en aquel cuarto oscuro.

Después de haber transcurrido largos minutos, Artemisa se había alejado lo suficiente del castillo, escuchado las alarmas a lo lejos, lo que representaba el inicio de un despliegue de caballería para revisar los límites del reino.

Nadie sabía a qué amenaza se enfrentaban o por qué sonaban las campanas, lo cierto es que, obedeciendo órdenes de Imbert, quien magistralmente los había desviado para él ocuparse de buscar a la chica en el área que él consideraba más factible

Abandonó su castillo cabalgando su corcel negro directamente hacia la zona a donde había huido Artemisa, buscando incansablemente, prácticamente casi hasta debajo de las rocas para poder encontrar a la princesa y su futura esposa.

Por momentos, dudaba de si había hecho lo correcto al dejar que una doncella indefensa fuese liberada en un lugar que no podía garantizar su seguridad. La oscuridad de la noche podía hacer que Artemisa se perdiera con facilidad, y el lugar estaba lleno de trampas y animales salvajes que serían

una amenaza letal para la joven. Mientras Imbert recorría una zona puntual, el resto de las tropas fueron dirigidas hacia un lugar completamente diferente.

Esto le daría tiempo a Imbert de recorrer el lugar y explorar minúsculamente para encontrar a Artemisa, aunque no pudo evitar sentir algo de miedo al prolongarse la búsqueda más de lo que él esperaba y no encontrarla. No podía volver al castillo con la consciencia limpia sin encontrar a esta chica, quien estaba esperando ser rescatada por el rey.

Una mala pisada había hecho caer a Artemisa en una zanja, de donde no pudo salir por sus propios medios. Tras imaginar que este se convertiría en el lugar de su muerte, la chica simplemente se desplomó a llorar sin ninguna esperanza, pero la suerte no estaba lista para abandonar a la princesa todavía.

IV

Oro, placer y miedo

Con ojos de incredulidad veían los pobladores la reaparición de Artemisa, quien de la noche a la mañana había vuelto aparecer en el castillo con una actitud completamente renovada y dispuesta a recuperar lo que por derecho le pertenecía. No importaba cuan malvado o déspota hubiese sido su padre, el viejo Bronn había luchado por cada pieza de oro y por cada centímetro cuadrado de aquel castillo.

Como buena princesa y heredera de aquel trono, Artemisa no estaría dispuesta a dejar perder toda su riqueza. Había pasado la noche entera en aquella fría zanja completamente sola y llena de temor, pero alguien le había demostrado el absoluto compromiso con ella, ya que, Imbert no había descansado durante las horas de la madrugada para poder rescatarla.

Parecía que había un magnetismo existente entre ellos, y que lo había atraído directamente hacia ella, ya que, después de haber dejado todo por perdido Imbert asumió que la chica había muerto.

Pero, aunque estos sentidos fatalistas que habían surgido durante el proceso de búsqueda lo habían desesperado enormemente, no estaba dispuesto a rendirse, ya que, hasta que no consiguiera el cuerpo sin vida de la chica, no descansaría.

No fue sino hasta pasar cerca de aquella zanja con su caballo cuando escuchó los pequeños sollozos su una chica frágil y completamente devastada. Se detuvo rápidamente y prácticamente se lanzó de su caballo mientras este se desplazaba a una gran velocidad.

Cayó muy cerca de la chica y corrió rápidamente a levantarla, ya que, por sus propios medios, Artemisa no podía salir de aquel lugar. La llevó tan rápido como pudo a las instalaciones del castillo y pidió que se le atendiera inmediatamente con alimento, medicina y descanso.

Después de ser estabilizada y reanimada, la chica pudo contar con vestiduras, lujos y joyas, ya que, para su presentación nuevamente ante el pueblo debía lucir imponente y elegante.

Todos estaban esperando que la reaparición de Artemisa fuese en condiciones completamente diferentes, llena de temor y que estuviese dispuesta a implorar por su vida, mientras aquellos que tenían las venas llenas de sed de venganza, gozarían con el sufrimiento de la única hija del hombre

que había llevado el pueblo hasta la miseria.

El anuncio fue precedido por fanfarrias, algo completamente inesperado para los pobladores, quienes escucharon como se llamaba a los pobladores a reunirse frente a un gran balcón que era utilizado por el propio Bronn para hacer sus anuncios.

Imbert se estaba jugando mucho en ese momento, pero debía apoyar a aquella chica, quien había comenzado a transformar su manera de ver a este rey. El hecho de que Imbert hubiese arriesgado su vida y estuviese poniendo en el fuego sus propias manos para poder brindarle la oportunidad de recuperar lo que por ley le pertenecía, la hizo comprender que el hombre estaba realmente comprometido para ayudarla.

Nadie, absolutamente nadie en el pasado se había mostrado tan consecuente y dedicado con ella como lo estaba haciendo Imbert en esta oportunidad, lo que sería el momento perfecto para poder demostrarle a esta joven que sus intenciones iban más allá de un simple plan para engañar al pueblo.

Artemisa podría ver con claridad la forma en que la observaba el rey, y aquella mirada que recibió al ser vestida con aquellas ropas elegantes y refinadas, la hizo entender que el deseo que sentía Imbert llegaba más allá de lo inocente.

Su cuerpo virgen comenzaba a experimentar una gran cantidad de necesidades que no sabía cómo calmar, ya que, no conocía los placeres carnales y nunca le había pertenecido a ningún hombre.

Artemisa, joven e inexperta, necesitaba la guía de un hombre experimentado y conocedor de estos elementos fundamentales en la vida de un ser humano, pero aún pensaba que no era el tiempo.

Muchas emociones se habían mezclado simultáneamente durante este proceso de vuelta a su puesto de princesa, el cual no sólo recuperaría, sino que automáticamente se convertiría en la reina de aquel territorio.

Al casarse con Imbert, le daría la posibilidad a los pobladores de conocer la verdadera faceta de esta chica, quien siempre había estado oculta bajo la sombra del nombre de su padre.

Artemisa tenía una gran cantidad de ideas y propuestas que podrían hacer que el reino evolucionara significativamente y tomara un nuevo camino lleno de prosperidad y riqueza. Aunque todos observaron incrédulos la reaparición de Artemisa frente a ellos, nada más tangible que la decisión de Imbert de volver a darle la oportunidad a la chica de estar al mando del reino.

Las masas se dividieron, y había personas que aún seguían renuentes a la idea de aceptar que Artemisa fuese miembro de la realeza una vez más. Existía la fuerte creencia de que la sangre de Bronn estaba maldita y estaba llena de maldad, por lo que, darle la oportunidad de volver al poder a través de la chica, sólo ponía al pueblo en riesgo de atravesar nuevamente una etapa de destrucción

—Hermanos y hermanas... He venido a hacer anuncio muy importante que quiero compartir con ustedes. Juntos hemos vivido en carne viva la desolación y el abandono de nuestro rey, pero ya no más. Hay una luz nueva en el camin. —Dijo Imbert dirigiéndose a todo el pueblo.

Artemisa se encontraba justo a su lado y no podía evitar temblar al saber lo que posiblemente se avecinaba. Sujetaba la mano de Imbert con mucha fuerza mientras este le hacía sentir seguridad, apoyo y respaldo en todo momento. Hasta ahora no había dicho una sola palabra a los pobladores, Artemisa estaba completamente segura que el anuncio generaría una nueva rebelión en contra de Imbert.

—Recibimos una amenaza de ataque hace unos días, y en lugar de encontrar una amenaza, volví a descubrir lo que siento dentro de mi corazón. Un fuerte sentimiento por la mujer que me acompaña en este momento.

Aunque todo era parte de un plan y parecía ser fingido, las palabras de Imbert no podían ser más genuinas, ya que, los sentimientos que experimentaba por aquella chica eran más fuertes que cualquier cosa.

Su necesidad de declararle su amor justo frente a todos en el pueblo, superaba cualquier cosa en ese instante, por lo que, Imbert les dio rienda suelta a todas sus sensaciones y dejó que hablara su alma.

Justo a su lado, se encontraba de pie la joven princesa que en un futuro no muy lejano se convertiría en la esposa de Imbert, ya sea por conveniencia, por planificación o manipulación, pero lo cierto era que era la única salida. Artemisa tenía el don de poder ver a través de los ojos de los hombres, y determinar cuando estaban siendo sinceros y le mentían.

Aunque siempre supo que su padre de alguna u otra forma nunca fue sincero con ella, intentaba evadir esta realidad, ya que, este era su progenitor y no podía poner en duda su palabra.

El rey había jugado con los sentimientos de absolutamente todos los pobladores del reino, destruyendo sueños, planes y esfuerzos de todos aquellos que una vez confiaron en él.

El discurso de Imbert se extendió por más de una hora, explicándole

cada uno de los pobladores, que los sentimientos que solía tener por Artemisa aún permanecían vivos, y que siempre la amó sin importar las condiciones existentes en su entorno.

Nadie podía juzgarlo por haberse enamorado de la princesa, por lo que, aunque presentía que tarde o temprano estallaría una guerra interna como resultado de la inconformidad de los habitantes del reino, pronto esta tensión comenzaría a ceder, aunque no desaparecería del todo.

—Todos conocen perfectamente a Artemisa, hija de Bronn, antiguo rey de fuego y quien se encargó de enseñarme cada una de sus habilidades de combate y estrategia. Hoy, he decidido compartir con ustedes mis planes de convertirla en mi esposa.

El asombro de cada uno de los presentes se tradujo en un silencio sepulcral, muchos se quedaron sin aliento, no había nada que decir u opinar, ya que, el daño y la decisión era completamente irreversible.

Tras finalizar el anuncio, Imbert y la princesa se besaron discretamente frente a todos, demostrando que sus palabras eran completamente ciertas. Acto seguido, ingresaron al castillo y finalmente pudieron respirar nuevamente con normalidad.

—Sólo resta esperar las consecuencias de esto. Lamento que tengas que atravesar por algo así para recuperar tu vida. —Dijo Imbert.

El beso fue algo completamente improvisado e inesperado para Artemisa, quien se había quedado completamente sorprendida ante el hecho de haberse besado con Imbert. Aquel beso había sido intenso y profundo, a pesar de haber sido bastante simple.

Había activado y estimulado cada hebra del ser de la chica, quien se estremeció enormemente al sentir el contacto de los carnosos labios del rey. Mientras sentía como este la tomaba entre sus brazos, nunca había sentido una seguridad como esta, se sintió protegida y muy confiada, por lo que, quería volver a experimentar esta sensación una vez más.

—Vi mucha sinceridad en tus ojos mientras te dirigías al pueblo. Lo que dices, ¿lo hacías en serio todo fue fingido? — Preguntó la chica para intentar aclarar sus ideas.

Imbert, al verse en evidencia, sintió mucha vergüenza y no quiso continuar con la conversación. Se suponía que todo era parte de un plan maestro donde los principales engañados debían ser los pobladores, pero lo que había aflorado en medio de aquella situación habían sido los más puros sentimientos de este joven guerrero.

—No quiero complicar las cosas entre nosotros. Un hombre como yo no puede estar con alguien como tú. Eres hija de un rey, y yo tengo sangre de campesinos. No te preocupes.

Imbert abandonó la habitación y se dirigió a sus aposentos, mientras la chica se quedó completamente confundida al no saber realmente cuáles eran las intenciones de Imbert. Era innegable que sus palabras habían sido sinceras, pero estaba completamente cerrado a la idea de tener un vínculo con esta chica, más por la sangre que por las condiciones.

Artemisa había recuperado el acceso nuevamente a sus joyas, el oro y la riqueza, pero había algo mucho más intenso surgiendo en su pecho y en su abdomen que no la dejaba dormir en paz.

Había regresado nuevamente a su antigua habitación, contaba con la misma servidumbre quienes la atendían con mucha cordialidad sin vincularla con el oscuro pasado relacionado con el rey Bronn. Artemisa estaba viviendo en su propio castillo, comprometida con un hombre que le había asegurado la salvación y su completa integridad.

Imbert hasta el momento no le había dicho una sola mentira y había cumplido con absolutamente todo lo que había prometido. Su sanación, la salida de aquella oscura habitación, el regreso al castillo y un futuro prometedor donde recuperaría absolutamente todas sus pertenencias.

Todo iba encaminado hacia el momento en que Artemisa podría coronarse nuevamente como la reina de aquel territorio, y así podría dar la libertad a Imbert de descansar, ya que, este no estaba del todo preparado para hacer el nuevo rey de fuego.

Como en muchas oportunidades lo había reiterado, este joven no sentía tener linaje de monarca, por lo que, sentía que su verdadera vocación estaba en los campos de guerra y defendiendo la integridad del reino.

No estaba acostumbrado a estar sentado en un trono la mayor parte del día dando órdenes o recibiendo buenos tratos, este no era el esquema de vida al que estaba acostumbrado Imbert.

Las continuas interacciones entre la princesa y el rey se fueron haciendo mucho más habituales y espontáneas, ya que, los almuerzos, las cenas y los paseos a caballo nunca podían faltar al menos dos o tres veces a la semana. Era una actividad que adoraban compartir juntos, y mientras más tiempo compartían, más fácil se hacía acoplarse a la idea de que tarde o temprano contraerían matrimonio.

Artemisa estaba lista para entregar su vida temporalmente a Imbert, pero

este no estaba seguro de cómo podría manejar todo ese deseo que experimentaba por la chica. Quizá, para el resto del mundo todo era una farsa, pero lo que se desarrollaba dentro de su ser, era completamente genuino y sincero.

Los sentimientos que había profesado Imbert en todo momento a los ojos de los demás eran absolutamente cristalinos y auténticos. Nadie más que Artemisa sabía que esto era así, ya que, bastaba con estar frente a él y detallar sus ojos y la forma en que la miraba para poder conocer que los sentimientos de Imbert eran intensos e irrevocables.

Muchas lunas habían transcurrido en medio de una situación de negación, ya que, Imbert había crecido en el reino observando a la princesa desde lejos. Era la chica intocable e inalcanzable que se convertiría en su sueño constante a alcanzar.

La vida le había permitido conservarla cerca de él, y a través de toda esta manipulación, había conseguido que esta aceptara casarse con él. Se arriesgaba a que los resultados fueran catastróficos, ya que, si las cosas no iban bien entre ellos, lo único que conseguiría era alejarla.

Imbert no estaba preparado para arruinar las cosas con Artemisa, pues su única intención era hacerla feliz. Con el paso de los días, para Artemisa era mucho más sencillo hacerse a la idea de que tarde o temprano estaría en la misma habitación compartiendo la cama con el rey, ya que, para que la farsa fuese creíble, debían llevar una vida marital normal, ante lo que, experimenta una gran cantidad de nervios. Estos nervios surgían del hecho de que posiblemente no podría controlarse ella misma ante la tentación de sucumbir ante los encantos del rey.

Era un hombre ardiente y deseable, por lo que, estar en un mismo lugar con él durante tiempo prolongado y no querer saltar encima de este hombre y arrancarle sus vestiduras, se estaba convirtiendo en un verdadero reto difícil de afrontar.

Los juegos de palabras, el doble sentido y la picardía, se fue haciendo mucho más presente entre ellos, quienes sabían perfectamente a qué estaban jugando. Artemisa no era tan inocente como creía Imbert, y este sentía que sus muros de contención se derribaban con cada oportunidad que compartía con esta chica.

De forma inesperada, nubes de lluvia se acercaban al reino, por lo que, los pobladores debían prepararse para una tormenta que sacudiría el lugar. Nunca antes se habían visto nubes tan negras y relámpagos tan feroces, por lo

que, cualquier cosa podría pasar.

Los más ancianos del lugar se encontraban temerosos ante el hecho de que jamás habían visto algo como esto en el pasado, por lo que, le asignaban este hecho a un mal augurio que se avecinaba al reino.

La lluvia siempre había sido sinónimo de fertilidad en las tierras, pero en esta ocasión, se había convertido en un generador de miedo e incertidumbre, por lo que, todos corren a protegerse ante las fuertes brisas que se desatan en el lugar. La ventana de la habitación de Artemisa se abre abruptamente, asustándola y haciéndola gritar de la impresión.

Acto seguido, Imbert ingresa preocupado a la habitación tras haber escuchado la voz de la chica. Al encontrarla con tan poca ropa recién salida de la cama, sintió una vergüenza tremenda, pero sus ojos no pudieron apartarse del cuerpo de la chica hasta que esta se cubrió con sus sabanas.

—Lamento haber entrado de esa forma. Te escuche gritar.

—La ventana... Se abrió sola.

Imbert ayudó a Artemisa a cerrar la ventana, intentando enfocar su mirada en otro lugar, pero lo que había visto, jamás se borraría de su memoria y alimentaría ese deseo con el que lucha cada día.

V

Nubes de desgracia

Las lluvias se habían extendido por más de 30 horas, por lo que, los pobladores habían comenzado a experimentar una gran cantidad de miedo ante posibles inundaciones. Muy cercano al reino se encontraba un poderoso río que, si se desbordaba, devastaría completamente aquel territorio.

Había mucha tensión y se respiraba una gran preocupación en el pueblo, pero las grandes murallas del castillo, no permitirían que ocurriera nada grave en su interior. Artemisa e Imbert se encontraban a salvo, y todos aquellos que tenían el privilegio de habitar el castillo, no debían porqué temer, ya que, estarían protegidos en todo momento.

Pero Artemisa no podía ser egoísta, ya que, sabía perfectamente que, en caso de inundaciones, una gran cantidad de niños, mujeres y ancianos se verían afectados al no poder valerse por sí mismos y todo sería una catástrofe.

Los planes de matrimonio comenzaban a tambalearse, ya que, en caso de una tragedia, esto sería completamente irrelevante. Después de afrontar esta situación, Imbert llegó a la puerta de la habitación de Artemisa una noche con intenciones bastante claras.

—Lamento molestarte a estas horas. La lluvia no ha cesado, ¿tienes alguna idea de lo que podríamos hacer?

—Lo mejor será refugiar a los pobladores en el castillo, quizá no todos tengan la posibilidad de entrar, pero debemos salvar a la mayoría. — Respondió Artemisa.

Era una de las pocas veces que habían estado en la misma habitación durante horas de la noche, ya que, Imbert se había dedicado a respetar a la chica y no violaba su espacio personal sin que esta lo permitiese. Artemisa llevaba su ropa de dormir, la cual era holgada, nada sugerente y muy suave.

Caía sobre su cuerpo de una manera tan suave y sutil, lo que ligeramente dibujaba las líneas de su cuerpo, algo muy difícil de evadir para Imbert. Mientras conversaba con la chica, su mirada solía perderse rápidamente entre sus ojos verdes y sus labios, siendo imposible para el caballero poder mantener la concentración y escuchar atentamente lo que decía la chica.

En muchas oportunidades, Imbert dejaba de escuchar absolutamente todas las palabras pronunciadas por la joven y simplemente se perdía en

aquellos labios carnosos que no había podido olvidar desde que los besó. Todo se estaba convirtiendo en una especie de tortura para el rey, quien ya no puede contener el deseo que experimenta por la joven.

La interacción entre ellos había aumentado enormemente, y la confianza que había surgido por parte de Artemisa hacia el rey, había sido ganada a pulso. Ya no se sentía incómoda al estar con él, lo veía como un buen amigo y protector, pero esta visión comenzó a transformarse levemente con el tiempo.

Artemisa ya no podía resistir la necesidad que su cuerpo demandaba, y el deseo que la carcomía por dentro, cada vez era más difícil de controlar. Aquella noche, mientras conversaban, la lluvia podía ensordecir a cualquiera, ya que, caía de una manera tan inclemente, que parecía que los dioses querían triturar aquel reino.

—Nunca había visto llover de esta forma. Estoy comenzando a preocuparme. —Dijo Artemisa.

—Haremos lo que dices. Protegeremos a nuestros pobladores antes de que comiencen las inundaciones. Esta lluvia no parece estar lista para cesar.

Imbert se dispuso a abandonar la habitación tras conocer la propuesta de la chica, por lo que, se puso de pie y caminó hacia la puerta. Pero sentía una gran necesidad de quedarse a su lado, ya que, podía percibir la enorme preocupación y miedo que experimentaba la chica.

En ese momento, sintió un enorme impulso de quedarse a su lado, por lo que, decidió consultar para determinar si para Artemisa era lo correcto. Al llegar a la puerta de la habitación, se dio media vuelta y al observar a la chica sentada en la cama mirándolo fijamente con una sonrisa dibujada en su rostro, quedó completamente indefenso ante sus encantos.

—¿Te gustaría que pasáramos una noche juntos? Puedo sentir algo de miedo en ti.

Artemisa experimentó algo de vergüenza, ya que, a pesar de que aquel caballero tenía razón, no sabía si era lo correcto.

—No quiero que las cosas entre nosotros se arruinen por un simple error. —Dijo Artemisa al bajar la mirada hacia el suelo.

—Solo será esta noche. Claro, si es que tú lo deseas. —Dijo Imbert completamente decidido a marcharse.

Artemisa quería gritar ante la gran cantidad de desesperación que experimentaba. Quería dejar salir esa chica espontánea y libre que siempre había querido ser, pero aún se aferraba a esquemas que habían sido impuestas

por su propio padre, por lo que, no estaba lista para romper las reglas. Pero, mientras más rígidos son los edificios, más rápido se quiebran ante el estremecimiento, por lo que, cuando Imbert caminó directamente hacia ella, Artemisa supo que ya no tenía más opción.

—¿Hasta qué punto seguiremos negando lo que sentimos, Artemisa?

Imbert se acercó tanto como le permitía el espacio personal de la chica, y extendió su mano para tomar la de ella. Artemisa se encontraba sentada en el borde de su cama, por lo que, tomó la mano del caballero y se puso de pie. Estaba dispuesta a hacer cualquier cosa que le sugiriera aquel hombre, quien la había desarmado lentamente durante todo su proceso de interacción.

Conocía muchos ángulos de la personalidad de Imbert, y todas sus suposiciones acerca de una personalidad oscura y traicionera habían sido derrumbados y sustituidos por un concepto completamente diferente. Imbert le había demostrado absoluta lealtad y compromiso durante todo ese tiempo, ya que, no se había involucrado con otras mujeres y todo el tiempo libre con el que contaba, decidía pasarlo junto a esta chica.

—Tienes las manos muy frías. —Dijo Imbert mientras sostenía a la chica de una manera muy sutil.

—Debe ser el frío de las lluvias. Me encuentro bien. —Dijo la joven mientras titubeaba.

—Hay algo dentro de ti que pide a gritos lo mismo que yo. Yo tampoco quiero que esto se arruine. Pero me gustas mucho, Artemisa.

—No se suponía que esto debiera pasar. Todo debía ser neutral y sin vínculos. Pero también ha sido difícil para mí resistirme. —Dijo la joven.

—¿Resistirte a qué. —Preguntó Imbert.

La respuesta fue inmediata, pero no fueron las palabras las que definieron lo que sentía Artemisa. La chica se acercó al rey y besó nuevamente sus labios. Este contacto había formado parte de sus sueños durante las últimas noches, ya que, esperaba ansiosa el momento en que esto se repitiera nuevamente.

Se quedó enganchada completamente en los labios de este hombre, quien sostuvo a la chica de la cintura mientras degustaba los deliciosos besos de aquella joven casta. Artemisa era una chica joven, virgen y pura, por lo que, era la opción perfecta para un hombre como Imbert.

En sus días de guardia real, había sido todo un conquistador, y se había paseado por una gran cantidad de mujeres en el reino. Era conocido por sus habilidades en la cama, y siempre dejaba completamente satisfechas a sus

amantes.

Pero nunca había sentido algo tan intenso por alguien como lo experimentaba por Artemisa, ya que, iba más allá de lo carnal. Se había generado un vínculo sentimental y emocional con esta chica, quien le había demostrado que no todo se trataba de sexo y placer.

El sentimiento existente entre ellos era absolutamente puro e inofensivo, por lo que, sienten un miedo natural al no saber si esta situación podrá manejarse en el futuro.

—No quiero enamorarme de ti, Imbert. Mucho se me ha hablado sobre el amor y el dolor que genera la desilusión, es mucho más profundo que la herida de una daga en un costado.

—Para mí ya es tarde, Artemisa. Yo me he enamorado de ti completamente. No hay una célula de mi cuerpo que no te desee, que no te necesite. Ya para mí es tarde...

Las palabras de Imbert estremecieron a la chica, que experimentó un terror increíble al saber que la sinceridad del rey era absoluta. Solo necesitaba un poco de impulso para poder desinhibirse, puesto que, había estado luchando constantemente con la idea de encontrarse desarrollando sentimientos por este hombre.

Los sentimientos de Imbert afloraban con facilidad, pero los de Artemisa se encontraban reprimidos absolutamente debido a la difícil situación en medio de la cual se encuentran.

—Estamos frente a una posible tragedia en nuestro pueblo. No entiendo cómo puedes pensar en esto en medio de esta situación.

—Has sido tú quien ha incrementado mi amor por este reino. Tu abnegación y preocupación por los pobladores me ha demostrado que no eres esa chica superficial y vacía que se proyectaba durante los años bajo la sombra de tu padre.

—Creo que siempre viví dentro de una bola de cristal. También debo agradecerte que me hayas liberado de ella.

Era difícil de aceptar para Artemisa, pero este joven había sido determinante en la madurez de la princesa, quien, en un último momento, decidió que era la hora de dejar que su cuerpo decidiera y echar a un lado las ataduras que la limitaban.

Las manos de la princesa acariciaron el pecho del príncipe, mientras sus oídos simplemente escuchaban la fuerte lluvia cayendo sobre el reino. Las caricias eran suaves e inofensivas, nada sugerente, ya que, Artemisa se

encontraba en una etapa de reconocimiento, puesto que, era la primera vez que se encontraba en medio de una situación como esta.

Imbert permitió que la chica lo acariciara a su torso, sin intervenir ni interrumpir absolutamente nada. Las robustas pero delicadas manos de aquel hombre se posaron sobre la cintura de la chica mientras sus ojos observaban atónitos la forma en que Artemisa se iba desinhibiendo poco a poco. Los botones de la camisa de Imbert se fueron liberando uno a uno con mucha lentitud, hasta dejar completamente desnudo el pecho y el abdomen del rey.

Las manos de Artemisa se introdujeron en su ropa, tocando la piel de aquel hombre y paseándose directamente hacia su espalda. Lo abrazó muy fuerte y lo pegó hacia su cuerpo, experimentando aquel calor tan agradable y confortable que comenzó a despertar sus niveles de excitación. Había un calor ardiente en la zona de su vientre y en la parte baja de su cuerpo, lo que amenazaba con incendiarla si no apagaba aquellas llamas.

—Tócame, quiero sentir tus caricias. —Dijo Artemisa mientras tomaba las manos del caballero y las llevaba hacia su rostro.

Quería sentirlo, conectarse con él, y que se generará un vínculo tan fuerte entre ellos que ni siquiera los dioses fuesen capaces de romperlos. Imbert hizo caso a las demandas de la chica, acariciando levemente su rostro para después dirigirse hacia su cuello. Masajeó suavemente los hombros de la princesa, mientras esta cerraba sus ojos para disfrutar de la forma tan sensual en que la tocaba el rey.

No había forma de huir de esta situación, ya que, estaban completamente perdidos el uno en el otro. Artemisa se ocupó de quitar la camisa de aquel hombre, dejando que esta cayera al suelo y disfrutando de lo que sus ojos podían mostrarle.

Era el pecho de un guerrero, aún tenía algunas cicatrices de combate, por lo que, la chica acarició con sus dedos cada una de estas huellas que habían dejado las batallas, para posteriormente besar nuevamente sus labios.

Imbert tenía la posibilidad de hacer lo que deseara con sus manos, ya que, todas las limitantes que habían sido estructuradas y establecidas por Artemisa, ya habían desaparecido.

Sus manos acarician la espalda delicada de aquella joven inexperta, quien experimentaba espasmos y escalofríos al sentir aquellas caricias tan genuinas. Poco a poco su vestido fue subiendo, ya que, la intención de Imbert era desnudar por completo el cuerpo de la joven.

Piel suave, carne tierna, aroma penetrante y seductor, fueron los

estímulos que percibió el rey al tenerla frente a él completamente desnuda mientras su cabello rojizo cubría sus pechos.

La vergüenza que experimentaba Artemisa era increíble, pero era el momento de entregarle su cuerpo por primera vez a un hombre, y nadie más lo merecía tanto como este rey. Le había salvado la vida, le había demostrado comprensión y apoyo, y me había tratado con tanta delicadeza, que fue todo muy espontáneo y sincero desde el primer momento.

Debido a la enorme vergüenza que experimentaba, Artemisa no era capaz de deshacerse del pantalón de aquel hombre, por lo que, sería el propio Imbert que se encargaría de desnudarse frente a ella para mostrar su anatomía y disfrutar la de la chica.

Ambos estaban de pie uno frente al otro, mientras Artemisa exploraba cada milímetro del cuerpo de su compañero. Se acariciaban, se tocaban de forma inocente, pero los niveles de excitación cada vez eran más incontenibles.

—Serás el primer hombre que posea mi cuerpo. —Dijo Artemisa con cierta vergüenza.

—Lo sé, y no tienes nada de qué preocuparte. Te trataré con manos de seda. —Dijo el rey.

Ambos fueron directamente a la cama, y la lluvia pareció arreciar en ese preciso instante. Mientras estos amantes se demostraban el intenso y fuerte deseo existente entre ellos, la naturaleza parecía estar en contra del surgimiento de aquel vínculo entre estos dos personajes. Los besos eran apasionados y profundos. Se devoraban con tal intensidad, que parecía que querían arrancarse la piel del uno al otro.

Artemisa soltó un alarido al sentir como el enorme y bien dotado miembro de Imbert comenzó a entrar en ella. Era un placer fusionado con un dolor que experimentaba por primera vez, pero curiosamente, no quería que el caballero se detuviese.

—Ya estás dentro de mí, no puedo creer lo delicioso que se siente. —Dijo la chica mientras sus puños se cerraban sujetando las sábanas.

—¿Te gusta? ¿Lo estás disfrutando. —Preguntó Imbert.

—Sí, no te atrevas a detenerte. —Dijo la chica mientras se movía levemente durante las penetraciones.

Las aguas del río comenzaban a alcanzar el límite del borde, por lo que, con cada segundo que pasaba, el peligro inminente aumentaba.

—No dejes de penetrarme. Me encanta lo que haces. —Dijo Artemisa a

disfrutar de como aquel trozo de carne lubricado entraba y salía de ella de una forma lenta pero firme.

Imbert había tratado a la chica tal y cual se lo había prometido. Había sido muy cortés y caballeroso, llevándola a través de un sendero de placer que culminaría en un orgasmo intenso que prácticamente hizo que la chica se desvaneciera.

—Esto ha sido magnífico. —Dijo Artemisa después de contorsionarse como si su cuerpo estuviese poseído tras experimentar un placer sin precedentes.

Imbert había quedado muy satisfecho tras poseer el cuerpo casto y virginal de esta joven. Cada curva, cada línea y cada centímetro de su piel se había fusionado con la de él, por lo que, el vínculo que se había formado entre ellos se había fortificado de manera inmediata tras aquel encuentro.

El placer fue absoluto, y después de una ráfaga de besos posteriores al encuentro, todo sería interrumpido drásticamente por gritos y desesperación a las afueras del castillo.

Habían descuidado el desarrollo de los acontecimientos vinculados al desorden natural debido a su interés en explorar el cuerpo del otro, por lo que, esto dejó como consecuencia un abandono parcial de sus actividades como dirigentes del reino. Mientras dormían, el río amenazante cuya potencia y poder era incontenible, se desbordó, comenzando a inundar progresivamente los alrededores del pueblo.

Tal y como lo había dicho Artemisa, el único lugar seguro era el castillo, ya que, sus murallas impenetrables podrían contener el ingreso del agua y podrían albergar a los más indefensos del pueblo.

En medio de la algarabía y el caos, Artemisa se había quedado en su habitación completamente desnuda en busca de sus vestiduras, mientras Imbert había ido a encargarse de la dirección del ingreso de algunas personas hacia el castillo.

Hubo tanta premura y desesperación, que la chica y el rey no tuvieron tiempo de despedirse, separándose de manera indefinida mientras la contingencia se llevará a cabo.

VI

Nueva líder

Las lluvias torrenciales habían dejado como consecuencia, devastadoras inundaciones que arrasaron con las casas de los pobladores. Todos habían corrido hacia las puertas del gran castillo para refugiarse en el interior de esta gran edificación que podía garantizar la seguridad de los habitantes del reino.

Pero, físicamente era imposible que absolutamente todos entrarán en aquel lugar, y la desesperación haría que muchos pasarán por encima de otros y se generara un caos absoluto.

La guardia real estaba destinada a mantener la calma y la integridad de los pobladores, por lo que, generando una gran barrera en las puertas del castillo, permitirían el control del ingreso a niñas niños y ancianos.

El agua se había convertido en la peor amenaza para el reino, ya que, el río se había desbordado de una manera muy agresiva y la lluvia aún continuaba cayendo de forma intensa.

Si las cosas no mejoraban, el reino se veía amenazado a quedar completamente bajo las aguas, algo que acabaría para siempre con la existencia de este maravilloso lugar.

Por primera vez, Artemisa se encontraba en una situación en la cual el liderazgo debía ser absoluto, ya que, debía manejar el miedo y proporcionarle a sus pobladores protección y cuidado. Después de haberse separado de Imbert, la chica había quedado completamente sola y de su parte, por lo que, era el momento de tomar decisiones que la convirtieran en una nueva líder para aquellos pobladores.

Imbert tenía prioridades, y sabía perfectamente que los más necesitados serían quienes se verían afectados de una manera mucho más drástica y devastadora. Muchos ni siquiera habían podido lograr salir de sus casas en medio de la tragedia, ya que, las furiosas aguas habían arrasado con sus casas de manera inesperada durante la noche.

El río llevaba consigo una gran cantidad de ramas, piedras y escombros, los cuales descendía desde las altas montañas y se desplazan a una velocidad vertiginosa.

Toda esta cantidad de objetos contundentes, comenzaron entrar a la ciudad de manera brutal, derrumbando algunas de las pequeñas casas y acabando con los cultivos.

Imbert había abandonado el castillo en su caballo, destinado a rescatar a aquellos que no tuviesen la oportunidad de correr tan fuerte, debido a que sus piernas quizá no tenían estabilidad. Rescató a una gran cantidad de niños y mujeres, arriesgando su vida al ver como las aguas iban en crecimiento constante en medio de aquella contingencia.

Imbert era un hombre de corazón noble, y no podía permitir que los pobladores del reino muriesen de manera injusta por los embates de la naturaleza. Por su parte, en el interior del castillo, Artemisa había decidido tomar el mando del ingreso a el castillo, dejó a un lado su traje de princesa y se dedicó a asistir a todos aquellos que necesitaban su ayuda. Muchos ni siquiera la reconocían, ya que, la joven pelirroja generalmente llevaba su cabello rojo completamente suelto.

En esta oportunidad, lo había recogido en una cola y había tomado un pantalón, botas y una camisa apta para poder moverse con facilidad y destreza en medio de una situación tan complicada.

Podía ver como el llanto desesperado de los niños aturdió a los guardias, convirtiéndose en el principal filtro para aquellos que debían ingresar. Era imposible no pensar acerca de la ubicación de Imbert, a quien no había visto más desde el momento en que había abandonado la habitación.

Sin saberlo, estaban actuando como un equipo, ya que, ambos estaban haciendo algo por el pueblo sin saberlo. Mientras Imbert arriesgaba su vida a las afueras del castillo, Artemisa daba alojamiento a aquellos que habían sido invadidos por el miedo al ver la agresividad con la cual la naturaleza embestía a aquel reino.

Fueron momentos realmente difíciles para todos, y tal y como había comenzado a llover un día, cinco horas después, las lluvias cesarían y le darían un poco de esperanza a aquellos habitantes de sobrevivir. Las mujeres oraban a los dioses, mientras algunos de los hombres que habían podido ingresar, colocaban sacos de arena para contener las puertas.

El agua cada vez se hacía mucho más voluminosa y amenazaba con ingresar a los límites. No había forma de escapar, si el río lograba cubrir las puertas, sin duda alguna tarde o temprano estas cederían y muchas personas se verían afectadas.

Los niños más pequeños, habían sido dirigidos hacia la parte alta del castillo, ya que, estos eran el futuro del reino. Era necesario preservar su vida, y a pesar de que muchos hombres y mujeres desesperados, también querían correr con esta suerte, Artemisa fue estricta con estas medidas.

Los guardias no permitirían el ingreso de estas personas hacia la parte superior del reino, donde ella misma se encargaría de darle los cuidados a los niños que habían sufrido heridas y traumas durante aquel siniestro.

Nunca habían enfrentado la furia de la naturaleza de una manera como esta. Los cielos que se habían teñido de gris, poco a poco se fueron disipando, las nubes se marcharon nuevamente hacia el oeste, mientras el cielo volvía a mostrar ese hermoso azul que era sinónimo de tranquilidad y paz.

El nivel de las aguas comenzaría a descender progresivamente en los próximos días, dándole la oportunidad a los pobladores de recuperar nuevamente sus tierras.

Todo había quedado devastado y era momento de comenzar a crecer desde cero. Pero algo que sin duda alguna perturbaba a Artemisa era el hecho de que Imbert había desaparecido.

El intrépido rey había invertido todo su esfuerzo en rescatar a cuántas personas pudo, pero hubo un momento en el cual no se supo más sobre él. Muchos lloraron la desaparición de Imbert, ya que, cuando el nivel de las aguas descendió, fueron muchos los cadáveres que aparecieron en diferentes lugares.

Artemisa, convirtiéndose automáticamente en la nueva líder, había ordenado que se buscara incansablemente el cuerpo de Imbert, aunque ella, muy dentro de su corazón sentía que este se encontraba con vida.

Quizá podría ser la negación, ya que, esta no podía permitirse creer que después de haberse abierto y demostrado sus sentimientos a Imbert, la vida se lo hubiese arrancado de las manos de una manera tan drástica. Había luchado enormemente contra estos sentimientos y sensaciones, negándose al hecho de que estaba enamorándose de este rey.

Le había entregado su cuerpo y le había proporcionado uno de los tesoros mejor guardados de la princesa. Su virginidad había sido puesta a disposición de este caballero, quien había tratado a la chica, como una dama.

Ahora debía enfrentar a su ausencia, la cual era completamente incierta. Aunque lo hacía de forma oculta y escondida, Artemisa lloraba la posible muerte de Imbert, ya que, después de continuas búsquedas, habían encontrado su caballo ahogado a la orilla del río.

Esta era una clara señal de que algo le había ocurrido, pero aún su cuerpo no era encontrado. La fuerza con la que se desplazaban las aguas posiblemente lo habían trasladado río abajo, y esto debía ser considerado como una muerte inminente. Nadie era capaz de sobrevivir a semejante

violencia del agua, la cual se convirtió en uno de los peores miedos de los pobladores del reino.

Mientras los días pasaban y el sol los premiaba con sus cálidos rayos, el reino intentaba recuperarse de aquel duro golpe, pero si había alguien que no podía recuperarse con facilidad de todo esto era Artemisa. Muchos habían sido los que habían perdido a sus familiares, amigos y conocidos, pero Artemisa había perdido al amor de su vida, que apenas llegaba a su lado.

Pasaba horas en la ventana de su habitación esperando a que los miembros de la guardia real regresaran con noticias de Imbert, algunas noches las pasaba en vela intentando determinar una razón lógica para que esto hubiese ocurrido.

Simplemente debía ser fuerte y tener comprensión acerca de que el destino a veces tenía planes inesperados para todos. Se había convertido en la Nueva reina, ya que, la forma en que se había comportado y la entrega que había demostrado a todos los habitantes del pueblo, le permitió ganarse la confianza de estos.

Todos sabían el profundo amor que sentía Imbert hacia ella, y si un hombre como el rey de fuego podía confiar en ella, todos podían darle una oportunidad de demostrar que no estaba hecha de la misma calaña que su padre.

Artemisa había asumido el cargo de dirigir el reino, aunque su prioridad principal era encontrar a Imbert, desempeñó sus actividades de la mejor manera en que pudo.

Los rumores acerca del surgimiento de una reina de fuego se extendieron por todas las tierras, viajando cientos de kilómetros por diferentes reinos, quienes enviaron su apoyo incondicional hacia este territorio. Alimentos, oro y recursos llegaban desde todas partes para ayudar al reino de fuego a crecer nuevamente bajo la dirección de Artemisa.

Posiblemente, habría hecho sentir muy orgulloso a su padre si este hubiese tenido la posibilidad de ver la forma en que actuaba la chica, pero esto era lo que menos le importaba a Artemisa, quien había perdido una parte de su corazón en medio de aquel diluvio que casi borra del mapa a su reino.

Después de un par de meses de búsqueda exhaustiva, las esperanzas de Artemisa ya estaban prácticamente secas, ya que, no había encontrado ni siquiera una prenda de ropa perteneciente a Imbert.

Lo único que les daba señales de que se encontraba afuera del castillo para el momento del desastre había sido su caballo. Ni siquiera habían podido

darle sepultura al cuerpo del rey, por lo que esto había destrozado enormemente el corazón de la nueva reina de fuego.

Se encontraba sola al mando reino en surgimiento, tenían que construir todo desde el inicio, mientras aún el castillo se encontraba intacto después de recibir semejante golpe de la naturaleza.

Artemisa había madurado tras recibir duros golpes de la vida, y había crecido enormemente como ser humano tras conectarse con cada uno de los pobladores que confiaban en ella, una simple chica de 18 años de edad que se había convertido en la nueva reina, haciendo un trabajo excepcional al reconstruir lentamente al pueblo.

Pero era imposible borrar de su corazón la necesidad y esperanza de volver a encontrar a Imbert, ya que, lo extrañaba enormemente, y las lágrimas brotaban de sus ojos con el simple hecho de recordar la sonrisa de este hombre.

Fue entonces, cuando una noche, Artemisa tomó la determinación mientras se encontraba recostada en su cama. No estaba dispuesta a vivir con la ausencia de Imbert y la posibilidad de que este se encontrara con vida.

Se había prometido a sí misma que encontraría a este hombre, vivo o muerto. Vivir con la incertidumbre de no saber cuál había sido su paradero era algo que no podía manejar, por lo que, era momento de comenzar una búsqueda hecha por ella misma.

El río que casi había acabado con el reino, pasaba por los límites del territorio, y se dirigía hacia el sur, directamente hacia reinos vecinos que no habían sufrido daño alguno debido a las precauciones que habían tomado.

Si Imbert había sido arrastrado hasta las afueras del territorio, posiblemente estaría a la intemperie y a merced de los leones y criaturas del bosque. Si existía una mínima posibilidad de que se encontrara con vida, este debía estar temeroso e indefenso, por lo que, no había nadie más en el mundo que se preocupara tanto por este caballero más que Artemisa.

Dispuesta a encontrarlo y no volver hasta hacerlo, la chica mandaría a ensillar su caballo a primera hora de la mañana y bordearía el río hasta conseguir noticias de Imbert.

Era una decisión bastante delicada y peligrosa, pero Artemisa tenía perfectamente claro el concepto de que, si quería hacer algo bien, debía hacerlo ella misma. Abandonar el reino en medio de una situación como esta no era la decisión más inteligente, ya que, quedarían completamente vulnerables y expuestos ante invasiones o ataques de algunos enemigos.

Aunque el reino no era atractivo en ese momento debido a la destrucción masiva que había sufrido, siempre había habido intereses puestos sobre este territorio. La fertilidad de sus tierras y la gran cantidad de oro que podía encontrarse bajo la superficie, lo hacía un punto clave para muchos reyes de otras tierras.

Quizá Artemisa estaba cometiendo un grave error al actuar de manera tan impulsiva, pero su vida había perdido completamente el sentido desde el momento en que Imbert se había separado de su lado.

Este había sido el principal generador de felicidad y seguridad en la vida de la princesa, por lo que, lo menos que podía hacer era regresarme el favor y salvarle la vida al rey.

La chica no estaba dispuesta a portar una corona que no le perteneciera, ya que, después de su padre, si había alguien que había luchado con mucho esfuerzo para poder merecer la corona de diamantes, era Imbert.

Era el momento de explorar tierras completamente nuevas, ya que, jamás había alcanzado tal distancia alejándose del castillo. Artemisa había tomado su caballo y había abandonado su reino sin contar con ningún apoyo.

A toda velocidad y solo llevando un arco y flecha en su espalda, la chica estaba dispuesta a encontrar respuestas acerca del paradero de Imbert. El único combustible que impulsaba a la chica a actuar de esta manera era el amor.

Su corazón le hablaba acerca de la posibilidad de que el rey se encontrara con vida, por lo que, con los primeros rayos del sol, su caballo se desplaza a una velocidad increíble por los caminos que dirigen hacia el sur. En el horizonte se muestra un camino lleno de incertidumbre y peligros, pero alguien debe afrontarlos para poder comprobar si realmente Imbert no ha podido resistir esta prueba.

Era algo que debía hacer por cuenta propia, A pesar de que contaba con un ejército entero que podía brindarle apoyo y respaldo. Artemisa siente que es una misión personal, y el éxito de la misma dependerá de la convicción que tenga para llegar hasta el final.

El reino había amanecido con un vacío de poder, y mientras todos se preguntaban acerca de la desaparición de Artemisa, esta se encontraba cabalgando hacia el sur buscando una señal del amor de su vida.

De esta forma era que Artemisa había conocido el poder de un sentimiento, el cual era capaz de llevarla a tomar las decisiones más drásticas. El vínculo y conexión existente con Imbert superaba lo racional y la había

llevado a exponer su propia vida para poder salvarla del hombre que le había mostrado el mundo desde otra perspectiva.

Un simple guerrero e hijo de campesinos había sido el hombre que se había adueñado de los sentimientos de una princesa abnegada que estaba dispuesta a dar cada gota de sangre de su ser para recuperar al hombre que podía sacar lo mejor de esta chica, quien tuvo que atravesar por noches frías y sin lunas, completamente expuesta ante los peligros del bosque.

VII

El regreso del guerrero

Tras descubrir que el reino estaba completamente vulnerable, invasores enemigos se dieron a la tarea de generar un ataque masivo hacia las escasas defensas del reino de fuego.

Con la ausencia de Imbert y la falta de diligencia por parte de Artemisa, no existía absolutamente nadie que fuese capaz de gestionar órdenes o instrucciones en medio de un ataque. Estaban completamente expuestos a ser devastados ante un posible ataque enemigo, y esto no había sido contemplado en lo absoluto por parte de Artemisa.

Nunca se imaginó que tantos ojos estuviesen puestos sobre el reino, por lo que, tras abandonar aquella responsabilidad para ir en busca de su amor, las consecuencias serían graves para los habitantes del reino.

Tropas armadas se dirigían hacia los límites el reino de fuego, ya que, la mayoría de sus soldados se encontraban en medio de labores de reconstrucción de algunas de las casas que habían sufrido daño durante las inundaciones. Exponerse de esta forma había sido uno de los peores errores cometidos por parte de la monarquía del reino de fuego, ya que, si los conquistaban, difícilmente podrían recuperar su territorio.

Desde el oeste se movilizaban cientos de soldados armados con lanzas y espadas, mientras que, una caballería los respaldaba llevando una gran cantidad de guerreros con arcos y flechas.

Artemisa, dirigiéndose hacia el sur, no tenía la menor idea de lo que se avecinaba hacia el reino, por lo que, sólo se enfoca en una sola misión, encontrar a Imbert. Había abandonado los límites del reino de fuego, adentrándose hacia un oscuro bosque, el cual contaba con una gran cantidad de misterios y anécdotas que eran compartidas por algunos que habían tenido la posibilidad de entrar a este lugar.

Esta sección que rodeaba al reino era conocido como “el bosque de las siete brujas”, ya que, se decía que era habitado por siete hechiceras que practicaban la magia negra y mantenían a los enemigos alejados de este lugar.

Artemisa siempre había escuchado historias vinculadas a esto, pero siempre pensó que se trataba de fantasía. Muchas historias se contaban acerca de esta zona tan peligrosa, pero no tenía otra opción.

Si el río había arrastrado a Imbert hacia el sur, la única manera que tenía

de comprobarlo era atravesando esta zona. Aunque había visto una gran cantidad de animales durante el recorrido, al ingresar a este bosque le pareció bastante curioso el hecho de que no volvió a ver una sola especie ni por casualidad.

Ni siquiera las aves cantaban en este bosque, por lo que, sólo podía escuchar las hojas de los árboles sacudiéndose de un lado al otro debido a la intensa brisa que sacudía las copas.

La temperatura había bajado rápidamente, y Artemisa experimentaba una gran cantidad de escalofríos en su cuerpo que la hacían temblar ante la posibilidad de que fuese cierto todo lo que se decía acerca de estas brujas.

Para prevenir ser ubicada, la chica había decidido amarrar su caballo a un árbol, siguiendo parte del camino caminando. Había sido un error garrafal, pero si no quería que la descubrieran, debían moverse de manera sigilosa.

Fue entonces cuando pisó en falso, y una soga ató sus tobillos y la jaló con tanta fuerza que la derribó instantáneamente. Artemisa quedó colgada de cabeza tras haber caído en una trampa, quedando completamente aturdida y confundida, perdiendo su cuchillo, su arco y flechas, los cuales cayeron al suelo. Se encontraba suspendida moviéndose de forma pendular de un lado al otro cuando vio algunas figuras acercándose a ella.

Pudo contabilizarlas rápidamente, asociándolas con aquellas historias que había escuchado tantas veces de niña. Se trataba de siete siluetas que caminaban lentamente hacia ella cuidando sus pasos, por lo que, instantáneamente supo que se trataba de las siete brujas.

—Por favor, ayúdenme a bajar de aquí. No vengo con malas intenciones.

Los personajes venían caminando con mucha precaución directamente hacia ella, cubriendo sus rostros y cabezas con túnicas de color negro que las hacían lucir bastante tenebrosas.

—Sabemos perfectamente quién eres, lo que buscas y cuál será tu destino. —Dijo una voz femenina.

Artemisa no pudo identificar cuál de ellas fue la que se dirigió hacia ella, pero, al escuchar esto, sintió algo de miedo. La sangre había comenzado a irse hacia su cabeza y experimentó algo de mareos, por lo que, en ese preciso instante, una de las mujeres decidió cortar la soga.

Cayó abruptamente al suelo, golpeando su cabeza contra la tierra, ante lo cual, las mujeres extrajeron grandes espadas para protegerse ante un posible ataque de princesa.

—Será mejor que no intentes hacer nada estúpido. Estás en desventaja numérica contamos con habilidades bastante desarrolladas en combate. — Dijo una de las hechiceras descubrir su rostro.

Era muy hermosa, algo completamente diferente a las historias que había escuchado en el pasado. Se decía que eran horribles y con formas de animales. La leyenda decía que cada una había sido poseída por el espíritu de un animal, por lo que, tenían cabezas de cabra, sapo, caballos, toro, águila, serpiente y búho.

—No tengo intenciones de enfrentarlas. Quisiera un poco de ayuda para encontrar a Imbert. El rey de fuego.

—Las mujeres bajaron instantáneamente sus espadas y se mostraron abiertas al diálogo.

—Sabíamos que vendrías, por lo que, tenemos algo para ti. —Dijo la tercera de las mujeres en intervenir.

Entregó en las manos de Artemisa, la espada de Imbert, la cual pudo identificar debido a la empuñadura diseñada especialmente en el reino de fuego. El acero, incrustaciones de oro y el diseño puntiagudo, característico, por lo que, Artemisa supo perfectamente que esta le pertenecía al caballero que buscaba.

—¿Lo han visto? ¿Está vivo. —Preguntó la nerviosa chica ante la posibilidad de que este hubiese tenido algún enfrentamiento con las mujeres y todo hubiese terminado con resultados fatales.

—Tranquila, él se encuentra bien. Lo encontramos hace un par de días a las orillas del río. Sabemos que su corazón es puro. No hay nada que temer.

Artemisa se desplomó en el suelo comenzó a llorar, ya que, pudo respirar nuevamente con tranquilidad al saber que el hombre de sus sueños aún se encontraba bien.

—No sé qué hubiese hecho si lo hubiese perdido. —Dijo Artemisa entre lágrimas.

—Te llevaremos con él. Pero deberás abandonar estas tierras cuanto antes. Hay energías muy negativas moviéndose hacia el reino de fuego. Sus pobladores los necesitan.

No recibió demasiados detalles acerca de lo que estaba a punto de acontecer, pero estas palabras fueron más que suficientes para Artemisa, así poder determinar que estas mujeres sabían que algo estaba por ocurrir y la gravedad era bastante elevada.

—Deseo verlo ahora mismo. Llévenme con él, por favor. —Dijo

Artemisa.

Dispuestas a colaborar con la chica, las mujeres accedieron rápidamente y caminaron en dirección hacia lo más interno del bosque. Artemisa las sigue con cierta precaución, ya que, no sabía si se trataba de una trampa.

Al llegar a una enorme choza, supuso que esta era la guarida y escondite de las siete hechiceras, quienes no la habían engañado, ya que, al ingresar al lugar, vio a Imbert descansando sobre unas mantas ubicadas en el suelo.

Estaba completamente inconsciente, había recibido un fuerte golpe en la frente. Sólo era cuestión de tiempo para que despertara, ya que, las hechiceras le habían suministrado medicamentos suficientes para que sanara lo más pronto posible.

—¿Se pondrá bien. —Preguntó Artemisa.

—Este hombre posee el corazón más puro que hayamos visto jamás. Debes sentirte afortunada de habitar en su corazón. Te ama profundamente. Y sí, despertará en un par de horas.

Artemisa cayó de rodillas justo al lado de este hombre, acariciando su cabeza con mucha suavidad y derramando un par de lágrimas sobre su pecho. Se sentía completamente satisfecha de haberse encontrado nuevamente con el rey de fuego, quien se había ganado su amor y su corazón sin mucho esfuerzo.

Fue la sinceridad y la transparencia que había mostrado Imbert, lo que le había dado la posibilidad de enamorar a Artemisa, ahora estaba completamente segura de que no volvería a separarse de este hombre mientras tuviese la posibilidad.

Las hechiceras se dedicaron a proporcionarle alimento a la princesa, quien se encontraba agotada tras el largo viaje que había emprendido para el encuentro con Imbert. Había sido una muestra del más puro amor lo que había hecho, ya que, nadie era capaz de arriesgar su vida de una forma así si no experimentaba un empuje tan puro y sincero generado por el más genuino y verdadero amor.

Después de descansar un poco y alimentarse, Artemisa comprendió que aquellas mujeres eran hostiles con aquellos que representaban una amenaza para sus tierras.

Artemisa era solo una jovencita en busca del hombre que amaba, así que se habían comportado como unas anfitrionas espectaculares. Cuando Imbert abrió sus ojos, encontró a Artemisa durmiendo a su lado, por lo que, pensó que se trataba de una fantasía.

Encontrarse con ese rostro perfecto y sutil fue completamente mágico, ya que, la principal razón para haber sobrevivido a aquel golpe de la naturaleza era el hecho de poder volver a encontrarse con Artemisa.

La dulzura de su rostro dormido fue algo que le regresó las ganas de vivir al rey, quien pensó que no volvería a encontrarse con esta chica mientras era arrastrado por la furia de las aguas. La naturaleza tenía un poder increíble, y se ganó el respeto absoluto de Imbert, quien había sido perdonado por la misma había sido expulsado del río justo en las tierras de las siete brujas.

Aquellas hechiceras sabían perfectamente cuáles eran las intenciones de este hombre y cuan puro era su corazón, por lo que, debían hacer lo posible por ayudarlo y regresarlo nuevamente a sus tierras, aunque no debían esforzarse demasiado, ya que, la aparición de Artemisa sólo era cuestión de tiempo.

El amor y perseverancia se vieron de manifiesto en medio de esta situación tan crítica, donde la conexión existente entre Imbert y la chica fue la principal herramienta para volverlos a unir.

Otra persona se hubiese rendido con mucha facilidad, pero Artemisa tenía la absoluta convicción de que Imbert se encontraba con vida. Finalmente estaban juntos otra vez, y mientras Imbert la contemplaba y no quería interrumpir su sueño, esta abrió sus ojos lentamente para salir de su trance de descanso. Así que, de manera instantánea, Artemisa saltó en los brazos del rey, quien respondió al gesto con un abrazo lleno de emotividad y amor.

—No tienes idea de lo mucho que me alegro de tenerte entre mis brazos, Artemisa. —Dijo Imbert entre lágrimas.

—Sabía que estabas vivo, siempre supe que te encontraría de nuevo. Mi corazón no me mintió. —Dijo la joven mientras se encontraba aferrada al príncipe.

Ambos habían confiado en sus instintos, y con la ayuda de las hechiceras, tendrían la posibilidad de volver a el reino para convertirse en la pareja real que llevaría a estas tierras hacia el éxito.

—Lamento interrumpir su momento de reencuentro. Pero creo que será mejor que se marchen cuanto antes. Han llegado graves noticias acerca del reino de fuego. —Dijo una de las hechiceras.

—¿Qué está pasando. —Preguntó Artemisa con el corazón en la boca.

—Una invasión inminente por parte de los rebeldes del oeste se ha

llevado a cabo. En ese momento se encuentran bajo ataque, y las tropas no podrán salir adelante sin alguien que los dirija.

—No puede ser posible. Parece que una maldición ha caído sobre el reino de fuego. Pero no nos rendiremos. Tenemos que volver cuanto antes. — Dijo Imbert mientras intentaba ponerse de pie.

Aún se encontraba bastante débil, pero esto no le impidió tomar sus cosas y alistarse para regresar.

—Les proporcionaremos nuestro caballo más veloz, así llegarán tan pronto como puedan y regresarán la tranquilidad al reino. Su futuro está escrito, pero son ustedes quienes deben descubrirlo.

Sólo unos minutos más tarde, ya estaban preparados para abandonar las tierras de las siete brujas, listos para emprender un viaje de regreso que definiría el futuro de su pueblo. El caballo blanco que se le había proporcionado a la pareja, se movía con una velocidad completamente paranormal, parecía tener el espíritu de un dragón, por lo que, pudieron avanzar con mucha rapidez.

Mientras se encontraban en camino, el reino aún permanecía de pie, pero muy cercano a caer. Los atacantes habían devastado una gran parte de las defensas de este, y están dispuestos a acabar definitivamente con la integridad de aquel lugar. Las tropas estaban completamente desorganizadas y con una coordinación terrible, ya que, no contaban con la lógica y maestría en combate que podía brindarles Imbert.

Los rebeldes del oeste estaban convencidos de que la victoria y estaba en sus manos, ya que, las tropas habían comenzado a retroceder y todos habían perdido las esperanzas de poder lidiar con aquella amenaza. Parecía que el reino se encontraba en una de las peores etapas de su historia, pero es sabido que estos procesos eran necesarios para poder resurgir desde lo más bajo.

Muchos habían caído intentando defender la integridad y seguridad del reino, mientras otros habían intentado escapar siendo víctimas del ataque feroz de los leones. Sólo era cuestión de tiempo para que finalmente el reino cayera y el poder lo asumieran los rebeldes.

Pero el caballo blanco en el horizonte representó la esperanza absoluta de los habitantes del reino de fuego. Las hechiceras habían hecho su participación para apoyarlos, creando la ilusión de una incontable caballería que respaldaba a la pareja real. Artemisa se aferraba al torso del rey, mientras este cabalgaba tan rápido como un trueno en su caballo blanco.

Aunque estos no podían percibirlo, ante los ojos del enemigo, podía verse claramente un centenar de caballos respaldando al rey, quien se creía muerto. Esta imagen intimidante había generado un terror increíble en aquellos hombres, quienes, al ser superados en número, no tenían oportunidad contra aquella avalancha de hombres armados que se acercaba hacia ellos.

—¡Retírense. —Gritó el líder rebelde, quien, en medio de su frustración, maldijo una y otra vez al reino de fuego.

—Miren, han regresado. El rey Imbert está vivo. —Dijo el jefe de la caballería del reino.

Todos los que aún sobrevivían, celebraron enormemente la llegada triunfal de Imbert y Artemisa, quienes vieron como las tropas enemigas retrocedían, sumando valor a aquellos guerreros que habían dejado caer sus espadas al suelo en señal de rendición.

—¡Jamás verán caer a nuestro reino! ¡Salgan de aquí y no vuelvan jamás. —Gritó Imbert tras arribar al castillo y ver como muchos huían tras intentar saquear el lugar.

La pareja fue recibida con júbilo y celebración, ya que, la paz podía respirarse de manera instantánea desde el momento en que el rey de fuego había vuelto a sus tierras. Artemisa había demostrado su absoluto compromiso con sus pobladores, por lo que, no pasaría demasiado tiempo para que finalmente decidieran llevar a cabo la boda real.

El futuro de esta pareja estaba destinado a ser inquebrantable, pero aun había una duda en el corazón de Imbert que no lo dejaba tomar una decisión.

VIII

Un amanecer distinto

Hasta el agua que bebía sabía completamente diferente tras haber atravesado las etapas más difíciles de sus vidas. Artemisa había tenido que aprender a lidiar con sus responsabilidades como princesa, mientras que, Imbert estuvo a punto de morir en medio de una vaguada.

La naturaleza y el destino se habían encargado de ponerlos a prueba para determinar si realmente estaban hechos el uno para el otro. Por fortuna, habían contado con el apoyo de las hechiceras para poder superar aquella amenaza, la cual garantizaba la destrucción del reino.

Había planes específicos ya preestablecidos antes de que todo comenzará a volverse un completo caos, por lo que, era el momento de determinar si los planes que habían establecido debían ejecutarse o los olvidarían para siempre.

Imbert no quería presionar a la princesa para que se llevara a cabo el matrimonio, ya que, después de todo lo que habían pasado, lo último que quería era hacerla sentir mal. Había intereses de ambas partes, pero quien estaba más desprendido de la idea de ser rey era Imbert.

Había tenido que manejar una gran cantidad de responsabilidades y había comprometido la seguridad de aquel lugar con su ausencia. Quería brindarles lo mejor, pero no tenía conocimiento de cómo hacerlo.

Artemisa, por su parte, tampoco estaba demasiado aferrada a la idea de convertirse en una líder para aquel territorio. Estaba a disposición de cualquiera que necesitara su ayuda, pero no quería tener responsabilidades obligatorias con el pueblo.

Su única prioridad en ese momento era definir sus verdaderos sentimientos hacia Imbert, por quien había arriesgado su vida y había sobrepasado sus propios límites para poder demostrarle su verdadero amor.

Mientras más tiempo pasaban juntos, mayores eran las ganas de quedarse con él para siempre. Todos se habían quedado esperando el anuncio de la boda, pero los días siguiente transcurrieron y Artemisa e Imbert seguían trabajando como equipo, pero el matrimonio parecía no ser una opción.

El rey de fuego estaba pensando en abandonar el trono, dejando a un lado su responsabilidad y dándole la posibilidad a alguien más que ocupara este cargo. Su verdadero lugar estaba en el campo de batalla, y con tantas

amenazas surgiendo a los alrededores del reino, debía estar atento y preparado para cualquier inconveniente que surgiera y comprometiera la integridad de los habitantes del reino que había gobernado durante los últimos tiempos. Sabía perfectamente lo que sentía por Artemisa, y estos sentimientos no podrían ser evadidos con facilidad.

Con solo tenerla cerca, sabía perfectamente que sucumbiría ante cualquier deseo que esta expresara. Pero en vez de unirse y compenetrarse después de todo lo que había pasado, cierta distancia se había generado entre ellos, ya que, sentía cierto temor a abrirse completamente ante la intensidad de sus sentimientos.

Pero uno de los dos tenía que ceder por el bien de aquella relación, ya que, su futuro era estar juntos, no podían negarse a la idea de que todo parecía haber confabulado para que las condiciones se dieran de la mejor manera para que pudiesen crecer como pareja.

Las amenazas se habían alejado del reino, y ya habían tomado las previsiones para protegerse. Las propias manos de Imbert levantaron decenas de casas, en colaboración con los pobladores, quienes veían en él una figura admirable que era capaz de guiarlos por los mejores caminos en el futuro. Pero los planes de Imbert distaban mucho de permanecer en aquel reino para siempre, ya que, sentía que su labor en aquel lugar ya había sido cumplida.

Era el momento de poner en manos de Artemisa el destino del reino, dándole la posibilidad de que gobernara a sus habitantes de la mejor manera y asegurara futuro del reino de fuego y sus riquezas. Artemisa había notado el cambio de actitud de este hombre durante los últimos días, notándolo disperso y un poco lejano, por lo que, sería ella quien se encargaría de romper el hielo que los separaba.

Durante el transcurso de una noche cualquiera, Artemisa simplemente no podía conciliar el sueño. Se encontraba inquieta y bastante ansiosa, por lo que, decidió salir de la cama y caminar un rato por el jardín.

Todo estaba completamente oscuro, y el frío de la noche había permitido que la neblina bajara tanto que, apenas y podía observar algunos metros delante de ella. Bajó abrigada y caminó por el jardín intentando despejar su mente para volver a la cama, escuchando algunos sonidos provenientes del establo.

Se acercó con cuidado, ya que, no sabía si se trataba de algún animal que se había colado en aquel lugar. Sus pasos eran completamente silenciosos, por lo que, si había alguien o algo en aquel sitio, prácticamente

no podría escucharla sino hasta encontrarse frente a ella.

Artemisa fue sumamente cuidadosa, pero cuál sería su sorpresa al encontrar a Imbert en aquel lugar ensillando su caballo. Parecía estar decidido a ir a algún lugar, y por la cantidad de equipaje que llevaba, parecía no estar dispuesto a volver en mucho tiempo.

—¿Qué se supone que estás haciendo. —Dijo Artemisa al sorprender a Imbert.

El actual rey dio un salto ante el temor de haber sido sorprendido, desenfundando su espada de manera instantánea. La dirigió directamente hacia Artemisa, quien se quedó sorprendida ante las intenciones de aquel caballero.

—¿Acaso piensas abandonarme. —Dijo Artemisa.

—Nuestro destino ha sido bastante curioso, Artemisa. Jamás mi deseo ha sido alejarme de ti, pero creo que el futuro estará más seguro en tus manos.

—¿Entonces estás decidido a irte. —Preguntó Artemisa con sus ojos a punto de inundarse en lágrimas.

—Te amo con la intensidad del sol, y sé perfectamente que nunca encontraré a alguien tan especial como tú. Pero solo soy un hombre corriente de sangre plebeya. Tú eres una princesa, y mereces a alguien mejor.

Imbert continuaba ensillando su caballo y no tenía intenciones de detenerse, por lo que, Artemisa entendió que posiblemente esta sería la última vez que estaría frente a aquel hombre, a quien amaba también con mucha intensidad. Los silencios, el miedo y la información no compartida, habían hecho un grave daño a la pareja, la cual experimentaba un miedo evidente que no los llevaría a ninguna parte.

Artemisa estaba decidida a no dejarlo ir, ya que, también había conocido a un hombre único que le había demostrado cuán intenso podía llegar a ser el amor dentro de su corazón.

Las cosas que había experimentado Artemisa no podría haberlas vivido de otra forma si no hubiese sido al lado de Imbert, por lo que, se encuentra enormemente agradecida del hecho de haber puesto en sus manos la posibilidad de acariciar estos sentimientos tan intensos que le hacían sentir viva.

—¿Realmente quieres irte? Te reto a ignorar esto. —Dijo Artemisa mientras dejó caer sus vestiduras.

La temperatura en el establo era un poco más alta, ya que, la madera se

encargaba de absorber el calor durante el día y mantener a los animales a la temperatura adecuada durante la noche.

Imbert no pudo evitar quedarse contemplando el cuerpo desnudo de la chica, quien caminó con pie descalzo directamente hacia él. Era imposible negarse ante tal tentación, ya que, la principal debilidad de Imbert siempre había sido esta chica.

—Te ruego que por favor no me hagas esto. Ya ha sido bastante difícil para mí tomar esta decisión, por lo que, si insistes no podré marcharme.

—Es precisamente lo que quiero que hagas, que te quedes. Toma mi cuerpo, sírvete de él y hazme tuya como aquella primera vez. Sé que no podrás irte después de esto.

Artemisa abrazó al rey, aferrándose a su cintura con mucha fuerza mientras Imbert la rodeaba con sus brazos. Tocaba su espalda desnuda, mientras el aroma de su cabello parecía hipnotizarlo y llevarlo hacia un estado mental del cual no podría salir airoso. El cuerpo de Artemisa era tentación, algo prohibido durante tantos años y ahora estaba completamente a su disposición.

Era una verdadera prueba de resistencia evadir lo que sus instintos les pedían a gritos que hiciera. En ese momento, tenía dos opciones, una de ellas era sucumbir ante las demandas de esta chica ardiente de deseo y loca por recibir dosis de placer. La otra era el horizonte, dirigirse hacia donde su caballo lo llevara y comenzar una vida en otro reino.

—Tómame, hazme el amor justo ahora y las veces que lo desees. Después tomarás tu decisión y la respetaré. —Dijo Artemisa.

Fueron las palabras finales para ese momento, ya que, Imbert se desvistió rápidamente para encontrarse en condiciones similares a las de la chica. Se besaron durante minutos que parecieron eternos, ya que, no había nada que les importase más en esos instantes que demostrarse absoluto y puro amor.

Sus cuerpos se necesitaban, el deseo era incontenible, y mientras más se habían tardado en sucumbir nuevamente, mayor había sido la pasión acumulada que durante tantas fantasías había sido representada.

En la mente de Artemisa había permanecido intacto el recuerdo de aquel primer encuentro, por lo que, ahora era el momento de revivir aquella pasión que nunca volvería a experimentar con nadie más. Artemisa ya había tomado su decisión, pero solo era cuestión de que Imbert aceptara que la mujer de su vida era esta chica.

Quizá ambos no tenían el mismo linaje, pero estaban diseñados el uno para el otro. Hicieron el amor de manera apasionada y muy romántica en el suelo de aquel establo. Imbert trataba con mucha delicadeza a la princesa, a quien no le importaba cuán duro podía ser el suelo o si las temperaturas eran bajas.

Mientras tuviese el cuerpo del rey poseyéndola y amándola de una manera tan genuina, nada más importaría y esta estaría completamente feliz. Sus piernas se encuentran completamente abiertas, mientras el cuerpo de Imbert se encuentra posado sobre ella sujetando sus muñecas sobre su cabeza y penetrándola suavemente.

La chica puede sentir como el hombre llega hasta lo más profundo de su ser, experimentando una satisfacción tan espectacular, que su boca se hace agua al disfrutar de ese calor característico del miembro de Imbert dentro de ella.

La fricción genera placer, y el calor la hace sentir completamente plena. La manera en que se sincronizaban para los movimientos parecía ser de mentira, ya que, se entendían de una manera tan espectacular durante el sexo que parecía que habían hecho el amor durante muchos años. Sus almas eran viejas y al parecer se habían reencontrado desde otra vida. Imbert supo perfectamente en ese momento que era imposible evadir lo que por ley le correspondía.

A Artemisa le correspondía un trono, el cual debía dirigir de la manera en que solo ella sabía, mientras que, él debía hacer su parte. Su única labor y responsabilidad era amar a Artemisa de una forma sincera y absoluta, ya que, esta se había ganado su completa admiración, respeto y fidelidad. No había que ser demasiado inteligente para saber que no había oportunidad de escapar de las sensaciones que despertaba Artemisa en el interior del rey Imbert.

Aquella silla que había sido instalada sobre aquel caballo para partir sin rumbo fijo por fortuna no había sido utilizada aquella noche. Imbert y su princesa habían hecho el amor en múltiples oportunidades durante la madrugada, demostrándose el absoluto deseo que los definía.

A la mañana siguiente, amanecieron completamente desnudos tendidos en el suelo de aquel establo, listos para emprender una nueva aventura juntos donde enfrentarían todos sus miedos y demostrarían a aquel reino que, como pareja, podían hacer cosas imposibles.

—Ese temor a saltar al abismo fue desapareciendo progresivamente con el tiempo. No había ninguna duda acerca de la fortaleza de los sentimientos

existentes entre Imbert y Artemisa.

La boda real se llevaría a cabo unos meses después en una ceremonia que recordarían cada uno de los habitantes del reino. Todos estaban seguros de que el futuro de aquellas tierras estaba destinadas al éxito mientras todo se encontrara bajo la responsabilidad de esta pareja.

Artemisa fue la novia mas hermosa que cualquiera hubiese llevado al altar, y mientras muchos pasaban toda su vida en busca del amor verdadero, Imbert y Artemisa habían estado el uno frente al otro en todo momento sin saber que el destino los juntaría tarde o temprano.

—No puedo creer que esto esté pasando. —Dijo Artemisa al encontrarse a un lado de su rey.

—En estas tierras no existe hombre mas afortunado que yo. Tenerte a mi lado todo este tiempo ha sido lo mejor que me ha pasado.

La ceremonia se desarrolló con fluidez y finalmente el matrimonio se materializó. El amor había triunfado por encima de la guerra, el miedo y las dudas. Artemisa se encargó de borrar la mancha que había dejado su padre en la historia del reino.

Aquella creencia de que la sangre de Bronn estaba, maldita quedó completamente desmentida durante el reinado de la pareja, quienes se dedicaron a crear una hermosa familia con 5 pequeños que crecieron en los mismos jardines que su madre.

La vida se había tornado gentil con ellos, proporcionándoles riquezas que no todos pueden alcanzar durante la vida. No solo el dinero era lo mas importante, sino el haber conseguido a alguien tan especial como para poder afrontar los momentos mas difíciles y duros. Estaban absolutamente compenetrados, unidos por un lazo irrompible que era capaz de resistir una gran cantidad de pruebas que otros no podrían soportar.

“*Bonus Track*”

— Preview de [“*La Mujer Trofeo*”](#) —

Capítulo 1

Cuando era adolescente no me imaginé que mi vida sería así, eso por descontado.

Mi madre, que es una crack, me metió en la cabeza desde niña que tenía que ser independiente y hacer lo que yo quisiera. “*Estudia lo que quieras, aprende a valerte por ti misma y nunca mires atrás, Belén*”, me decía.

Mis abuelos, a los que no llegué a conocer hasta que eran muy viejitos, fueron siempre muy estrictos con ella. En estos casos, lo más normal es que la chavala salga por donde menos te lo esperas, así que siguiendo esa lógica mi madre apareció a los dieciocho con un bombo de padre desconocido y la echaron de casa.

Del bombo, por si no te lo imaginabas, salí yo. Y así, durante la mayor parte de mi vida seguí el consejo de mi madre para vivir igual que ella había vivido: libre, independiente... y pobre como una rata.

Aceleramos la película, nos saltamos unas cuantas escenas y aparezco en una tumbona blanca junto a una piscina más grande que la casa en la que me crié. Llevo puestas gafas de sol de Dolce & Gabbana, un bikini exclusivo de Carolina Herrera y, a pesar de que no han sonado todavía las doce del mediodía, me estoy tomando el medio gin-tonic que me ha preparado el servicio.

Pese al ligero regusto amargo que me deja en la boca, cada sorbo me sabe a triunfo. Un triunfo que no he alcanzado gracias a mi trabajo (a ver cómo se hace una rica siendo psicóloga cuando el empleo mejor pagado que he tenido ha sido en el Mercadona), pero que no por ello es menos meritorio.

Sí, he pegado un braguetazo.

Sí, soy una esposa trofeo.

Y no, no me arrepiento de ello. Ni lo más mínimo.

Mi madre no está demasiado orgullosa de mí. Supongo que habría preferido que siguiera escaldándome las manos de lavaplatos en un restaurante, o las rodillas como fregona en una empresa de limpieza que hacía malabarismos con mi contrato para pagarme lo menos posible y tener la capacidad de echarme sin que pudiese decir esta boca es mía.

Si habéis escuchado lo primero que he dicho, sabréis por qué. Mi madre cree que una mujer no debería buscar un esposo (o esposa, que es muy moderna) que la mantenga. A pesar de todo, mi infancia y adolescencia fueron estupendas, y ella se dejó los cuernos para que yo fuese a la universidad. “*¿Por qué has tenido que optar por el camino fácil, Belén?*”, me dijo desolada cuando le expliqué el arreglo.

Pues porque estaba hasta el moño, por eso. Hasta el moño de esforzarme y que no diera frutos, de pelearme con el mundo para encontrar el pequeño espacio en el que se me permitiera ser feliz. Hasta el moño de seguir convenciones sociales, buscar el amor, creer en el mérito del trabajo, ser una mujer diez y actuar siempre como si la siguiente generación de chicas jóvenes fuese a tenerme a mí como ejemplo.

Porque la vida está para vivirla, y si encuentras un atajo... Bueno, pues habrá que ver a dónde conduce, ¿no? Con todo, mi madre debería estar orgullosa de una cosa. Aunque el arreglo haya sido más bien decimonónico, he llegado hasta aquí de la manera más racional, práctica y moderna posible.

Estoy bebiendo un trago del gin-tonic cuando veo aparecer a Vanessa Schumacher al otro lado de la piscina. Los hielos tintinean cuando los dejo a la sombra de la tumbona. Viene con un vestido de

noche largo y con los zapatos de tacón en la mano. Al menos se ha dado una ducha y el pelo largo y rubio le gotea sobre los hombros. Parece como si no se esperase encontrarme aquí.

Tímida, levanta la mirada y sonríe. Hace un gesto de saludo con la mano libre y yo la imito. No hemos hablado mucho, pero me cae bien, así que le indico que se acerque. Si se acaba de despertar, seguro que tiene hambre.

Vanessa cruza el espacio que nos separa franqueando la piscina. Deja los zapatos en el suelo antes de sentarse en la tumbona que le señalo. Está algo inquieta, pero siempre he sido cordial con ella, así que no tarda en obedecer y relajarse.

—¿Quieres desayunar algo? —pregunto mientras se sienta en la tumbona con un crujido.

—Vale —dice con un leve acento alemán. Tiene unos ojos grises muy bonitos que hacen que su rostro resplandezca. Es joven; debe de rondar los veintipocos y le ha sabido sacar todo el jugo a su tipazo germánico. La he visto posando en portadas de revistas de moda y corazón desde antes de que yo misma apareciera. De cerca, sorprende su aparente candidez. Cualquiera diría que es una mujer casada y curtida en este mundo de apariencias.

Le pido a una de las mujeres del servicio que le traiga el desayuno a Vanessa. Aparece con una bandeja de platos variados mientras Vanessa y yo hablamos del tiempo, de la playa y de la fiesta en la que estuvo anoche. Cuando le da el primer mordisco a una tostada con mantequilla light y mermelada de naranja amarga, aparece mi marido por la misma puerta de la que ha salido ella.

¿Veis? Os había dicho que, pese a lo anticuado del planteamiento, lo habíamos llevado a cabo con estilo y practicidad.

Javier ronda los treinta y cinco y lleva un año retirado, pero conserva la buena forma de un futbolista. Alto y fibroso, con la piel bronceada por las horas de entrenamiento al aire libre, tiene unos pectorales bien formados y una tableta de chocolate con sus ocho onzas y todo.

Aunque tiene el pecho y el abdomen cubiertos por una ligera mata de vello, parece suave al tacto y no se extiende, como en otros hombres, por los hombros y la espalda. En este caso, mi maridito se ha encargado de decorárselos con tatuajes tribales y nombres de gente que le importa. Ninguno es el mío. Y digo que su vello debe de ser suave porque nunca se lo he tocado. A decir verdad, nuestro contacto se ha limitado a ponernos las alianzas, a darnos algún que otro casto beso y a tomarnos de la mano frente a las cámaras.

El resto se lo dejo a Vanessa y a las decenas de chicas que se debe de tirar aquí y allá. Nuestro acuerdo no precisaba ningún contacto más íntimo que ese, después de todo.

Así descrito suena de lo más atractivo, ¿verdad? Un macho alfa en todo su esplendor, de los que te ponen mirando a Cuenca antes de que se te pase por la cabeza que no te ha dado ni los buenos días. Eso es porque todavía no os he dicho cómo habla.

Pero esperad, que se nos acerca. Trae una sonrisa de suficiencia en los labios bajo la barba de varios días. Ni se ha puesto pantalones, el tío, pero supongo que ni Vanessa, ni el servicio, ni yo nos vamos a escandalizar por verle en calzoncillos.

Se aproxima a Vanessa, gruñe un saludo, le roba una tostada y le pega un mordisco. Y después de mirarnos a las dos, que hasta hace un segundo estábamos charlando tan ricamente, dice con la boca llena:

—Qué bien que seáis amigas, qué bien. El próximo día te llamo y nos hacemos un trío, ¿eh, Belén?

Le falta una sobada de paquete para ganar el premio a machote bocazas del año, pero parece que está demasiado ocupado echando mano del desayuno de Vanessa como para regalarnos un gesto tan español.

Vanessa sonríe con nerviosismo, como si no supiera qué decir. Yo le doy un trago al gin-tonic para ahorrarme una lindeza. No es que el comentario me escandalice (después de todo, he tenido mi ración de desenfreno sexual y los tríos no me disgustan precisamente), pero siempre me ha parecido curioso que haya hombres que crean que esa es la mejor manera de proponer uno.

Como conozco a Javier, sé que está bastante seguro de que el universo gira en torno a su pene y

que tanto Vanessa como yo tenemos que usar toda nuestra voluntad para evitar arrojarnos sobre su cuerpo semidesnudo y adorar su miembro como el motivo y fin de nuestra existencia.

A veces no puedo evitar dejarle caer que no es así, pero no quiero ridiculizarle delante de su amante. Ya lo hace él solito.

—Qué cosas dices, Javier —responde ella, y le da un manotazo cuando trata de cogerle el vaso de zumo—. ¡Vale ya, que es mi desayuno!

—¿Por qué no pides tú algo de comer? —pregunto mirándole por encima de las gafas de sol.

—Porque en la cocina no hay de lo que yo quiero —dice Javier.

Me guiña el ojo y se quita los calzoncillos sin ningún pudor. No tiene marca de bronceado; en el sótano tenemos una cama de rayos UVA a la que suele darle uso semanal. Nos deleita con una muestra rápida de su culo esculpido en piedra antes de saltar de cabeza a la piscina. Unas gotas me salpican en el tobillo y me obligan a encoger los pies.

Suspiro y me vuelvo hacia Vanessa. Ella aún le mira con cierta lujuria, pero niega con la cabeza con una sonrisa secreta. A veces me pregunto por qué, de entre todos los tíos a los que podría tirarse, ha elegido al idiota de Javier.

—Debería irme ya —dice dejando a un lado la bandeja—. Gracias por el desayuno, Belén.

—No hay de qué, mujer. Ya que eres una invitada y este zopenco no se porta como un verdadero anfitrión, algo tengo que hacer yo.

Vanessa se levanta y recoge sus zapatos.

—No seas mala. Tienes suerte de tenerle, ¿sabes?

Bufo una carcajada.

—Sí, no lo dudo.

—Lo digo en serio. Al menos le gustas. A veces me gustaría que Michel se sintiera atraído por mí.

No hay verdadera tristeza en su voz, sino quizá cierta curiosidad. Michel St. Dennis, jugador del Deportivo Chamartín y antiguo compañero de Javier, es su marido. Al igual que Javier y yo, Vanessa y Michel tienen un arreglo matrimonial muy moderno.

Vanessa, que es modelo profesional, cuenta con el apoyo económico y publicitario que necesita para continuar con su carrera. Michel, que está dentro del armario, necesitaba una fachada heterosexual que le permita seguir jugando en un equipo de Primera sin que los rumores le fastidien los contratos publicitarios ni los directivos del club se le echen encima.

Como dicen los ingleses: una situación *win-win*.

—Michel es un cielo —le respondo. Alguna vez hemos quedado los cuatro a cenar en algún restaurante para que nos saquen fotos juntos, y me cae bien—. Javier sólo me pretende porque sabe que no me interesa. Es así de narcisista. No se puede creer que no haya caído rendida a sus encantos.

Vanessa sonrío y se encoge de hombros.

—No es tan malo como crees. Además, es sincero.

—Mira, en eso te doy la razón. Es raro encontrar hombres así. —Doy un sorbo a mi cubata—. ¿Quieres que le diga a Pedro que te lleve a casa?

—No, gracias. Prefiero pedirme un taxi.

—Vale, pues hasta la próxima.

—Adiós, guapa.

Vanessa se va y me deja sola con mis gafas, mi bikini y mi gin-tonic. Y mi maridito, que está haciendo largos en la piscina en modo Michael Phelps mientras bufa y ruge como un dragón. No tengo muy claro de si se está pavoneando o sólo ejercitando, pero corta el agua con sus brazadas de nadador como si quisiera desbordarla.

A veces me pregunto si sería tan entusiasta en la cama, y me imagino debajo de él en medio de una follada vikinga. ¿Vanessa grita tan alto por darle emoción, o porque Javier es así de bueno?

Y en todo caso, ¿qué más me da? Esto es un arreglo moderno y práctico, y yo tengo una varita Hitachi que vale por cien machos ibéricos de medio pelo.

Una mujer con la cabeza bien amueblada no necesita mucho más que eso.

Javier

Disfruto de la atención de Belén durante unos largos. Después se levanta como si nada, recoge el gin-tonic y la revista insulsa que debe de haber estado leyendo y se larga.

Se larga.

Me detengo en mitad de la piscina y me paso la mano por la cara para enjuagarme el agua. Apenas puedo creer lo que veo. Estoy a cien, con el pulso como un tambor y los músculos hinchados por el ejercicio, y ella se va. ¡Se va!

A veces me pregunto si no me he casado con una lesbiana. O con una frígida. Pues anda que sería buena puntería. Yo, que he ganado todos los títulos que se puedan ganar en un club europeo (la Liga, la Copa, la Súper Copa, la Champions... Ya me entiendes) y que marqué el gol que nos dio la victoria en aquella final en Milán (bueno, en realidad fue de penalti y Jáuregui ya había marcado uno antes, pero ese fue el que nos aseguró que ganábamos).

La Mujer Trofeo

Romance Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario

— Comedia Erótica y Humor —

Ah, y...

¿Has dejado ya una Review de esta colección?

Gracias.

NOTA DE LA AUTORA

Espero que hayas disfrutado de la colección. MUCHÍSIMAS GRACIAS por leerla, de verdad. Significa mucho para nosotros como editorial. Con sinceridad, me gustaría pedirte que, si has disfrutado de la lectura y llegado hasta aquí, le dediques 15 segundos a dejar una **review en Amazon**.

¿Porqué te lo pido? Si te ha gustado el libro, ayudarás a a que otros también lo lean y disfruten. Los comentarios en Amazon son la mejor y casi única publicidad que tenemos, y ayuda a que sigamos publicando libros. Por supuesto, una review honesta: El tiempo decidirá si esta colección merece la pena o no. Nosotros simplemente seguiremos haciendo todo lo posible por hacer disfrutar a nuestras lectoras y seguir escribiendo.

A continuación te dejo un enlace para entrar en mi lista de correo si quieres enterarte de obras gratuitas o nuevas que salgan al mercado. Además, entrando en la lista de correo o [haciendo click en este enlace](#), podrás disfrutar de dos audiolibros 100% gratis (gracias a la prueba de Audible). Finalmente, te dejo también otras obra. —mías o de otras persona. —que creo serán de tu interés. Por si quieres seguir leyendo. Gracias por disfrutar de nuestras obras. Eres lo mejor.

Ah, y si dejas una review del libro, no sólo me harías un gran favor... envíanos un email (editorial.extasis@gmail.com) con la captura de pantalla de la review (o el enlace) y te haremos otro regalo ;)

[Haz click aquí](#)

para suscribirte a mi boletín informativo y conseguir libros gratis recibirás gratis “La Bestia Cazada” para empezar a leer :)

www.extasiseditorial.com/unete

www.extasiseditorial.com/audiolibros

www.extasiseditorial.com/reviewers

¿Quieres seguir leyendo?

Otras Obras:

[La Mujer Trofeo – Laura Lago](#)

*Romance, Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario
(Gratis en Audiolibro con la Prueba de Audible)*

[Esclava Marcada – Alba Duro](#)

*Sumisión, Placer y Matrimonio de Conveniencia con el Amo Millonario y Mafioso
(Gratis en Audiolibro con la Prueba de Audible)*

[Sumisión Total – Alba Duro](#)

10 Novelas Románticas y Eróticas con BDSM para Acabar Contigo

(¡10 Libros GRATIS con Kindle Unlimited o al precio de 3x1!)